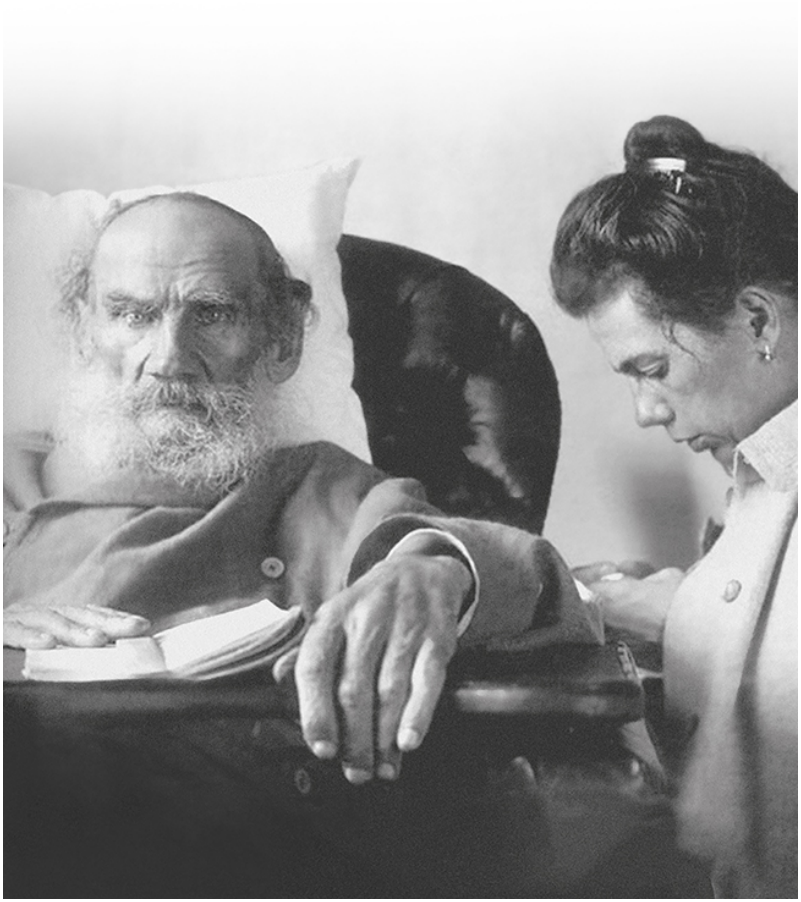
Seix Barral

Vladimir Pozner

Tolstói ha muerto

Prólogo de Adolfo García Ortega



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Prólogo, por Adolfo García Ortega
Aviso al lector
Personajes
El drama. Los tres primeros días: del 1 al 3 de noviembre de 1910
Historia de un matrimonio. Los inicios
El drama. 4 de noviembre
Historia de un matrimonio. Hasta el «renacer moral»
El drama. Del 4 al 5 de noviembre
Historia de un matrimonio. Trece hijos
El drama. 5 de noviembre
Historia de un matrimonio. Los amigos
El drama. 5 de noviembre por la tarde
Historia de un matrimonio. La vida de familia
El drama. 6 de noviembre por la mañana
Historia de un matrimonio. La sonata a Kreutzer
El drama. 6 de noviembre por la tarde
Historia de un matrimonio. El pinzón
El drama. Noche del 6 al 7 de noviembre
Historia de un matrimonio. «Esa divergencia tan estridente…»
El drama. Noche del 6 al 7 de noviembre (continuación)
Historia de un matrimonio. La vejez
El drama. Noche del 6 al 7 de noviembre (final)
Historia de un matrimonio. «Guardar silencio…»
El drama. Amanecer del 7 de noviembre
Historia de un matrimonio. «Esta casa de locos…»

El drama. 7 de noviembre
Historia de un matrimonio. La partida
El drama. 7 de noviembre (continuación)
En torno a una excomunión
El drama. Fin
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

En la noche del 27 al 28 de octubre de 1910, Tolstói, de ochenta y dos años, abandona a su esposa e hijos y parte de incógnito en un vagón de tren de segunda clase. Desafortunadamente una enfermedad obligará al gigante de las letras rusas a detenerse en la pequeña estación de Astapovo, un diminuto pueblo perdido en el inmenso imperio ruso que en pocas horas se convertirá en el centro del mundo. Bajo la atenta mirada de las fuerzas policiales (preocupadas de que la muerte del "amigo del pueblo" pueda ser un pretexto para el desorden) y la mirada "maternal" de la Iglesia ortodoxa (que no pierde la esperanza de ver regresar al gran excomulgado a ella), a Astapovo acudirán periodistas, fotógrafos y camarógrafos, así como amigos, discípulos y familiares de Tolstói. Durante seis días -seis días que mantienen al mundo en vilo- la prensa dará a conocer los más mínimos detalles de la historia: por primera vez un hecho privado pasa a convertirse en un acontecimiento público.

Tolstói ha muerto

Vladimir Pozner

Traducción y prólogo de Adolfo García Ortega

Seix Barral

PRÓLOGO

Puede que Vladimir Pozner pase, hoy en día, por ser un escritor más bien desconocido para el gran público, pero su figura llenó el siglo XX. Lo hizo de la mano de los nombres más relevantes de las letras rusas y francesas de su tiempo, ya que él era franco-ruso, y, en la estela de esos nombres, creó obras literarias de destacada originalidad formal, incluso de llamativa osadía. Una osadía que lo mantiene actual.

Bien mirado, la osadía (es decir, la *perspectiva*) podría ser la característica de la mejor literatura del siglo anterior, desde Proust, Joyce y Kafka —quienes, a su manera, la heredan de Flaubert—, las tres «vacas sagradas» de las letras, hasta un mosaico de otros muchos escritores y de otras muchas escritoras que han escrito sus obras desde la indagación, cuando no subversión, formal. Podría citar aquí a centenares, de quienes la búsqueda de la aventura formal es la impronta de su literatura. ¿No es la forma lo que caracteriza a Faulkner, a Borges, a García Lorca, a García Márquez, a Anne Carson, a Bábel, a Pasternak o, en fin, por llegar a nuestros días, a Eco, a Ishiguro o a Tokarczuk?

Vladimir Pozner fue un escritor que se arriesgó con la forma en sus novelas. O habría que llamarlas, más bien, «novelas híbridas», en las que conviven la ficción y la no ficción, algo que ha devenido tan moderno y que confirma, ya sin ambages, la enorme influencia del periodismo en la literatura contemporánea. Me refiero a la narración que «imagina» los hechos reales sin abandonar la condición «real» de esos hechos imaginados. Y es esa puerta abierta a la imaginación lo que vuelve literarias las historias verdaderas: el modo de contar, el ángulo de mira, el modo de avance por las sombras de los obstáculos invisibles, esto es la literatura. Algo que un periodista no haría, pero sí un periodista

que fuese, además, escritor. O viceversa. Es el caso de Pozner.

Hombre de izquierdas, militante activo, cosmopolita, universal, antinacionalista comprometido contra todo lo que pudiera tiranizar al ser humano, contradictorio muchas veces en el plano ideológico, creyente en una mejora de la humanidad a través de la igualdad, sin advertir las trampas que el comunismo puso a esa igualdad cercenando la libertad del individuo, Pozner fue un espíritu crítico, incómodo e irreductible. Pero también un hombre realista, capaz de evolucionar y de matizar sus posturas sin renunciar a los principios. Un escritor, pues, conveniente en tiempos de zozobra.

Vladimir Pozner nació en 1905 en París, donde se habían refugiado sus padres, Salomon Posener y Esther Siderski, judíos rusos, militantes antizaristas. Con la Revolución rusa, tras el golpe de Estado de Lenin, vuelve con sus padres a Rusia y allí pasa su adolescencia. De entonces data su cercanía a Gorki, amigo de sus padres, y a los escritores Shklovski, Maiakovski, Ajmátova y Blok. Regresa a Francia en 1921 y estudia en la Sorbona. Se hace amigo de Irène Némirovsky. Gracias a su dominio del francés y del ruso, empieza a traducir a Tolstói y a Dostoievski y a introducir la literatura soviética del momento: Bulgákov, Bábel, Pasternak..., entre otros. A partir de 1925, inicia su actividad periodística escribiendo reportajes para la prensa de izquierda, al mismo tiempo que aparece su nombre en revistas literarias, como la prestigiosa *NRF*. En 1929 opta definitivamente por la lengua francesa.

1933 será un año clave para él. Es nombrado secretario de redacción de la revista *Commune*, que dirige Paul Vaillant-Couturier y en la que colaboran nombres como Louis Aragon, Paul Nizan, André Malraux, Philippe Soupault, Jean Giono o Henri Cartier-Bresson. Pozner se hace amigo de todos ellos y su figura se asocia a la mejor intelectualidad naciente en Francia. Se hace militante antinazi y conoce a Ida Liebmann, refugiada antifascista alemana con la que vivirá toda su vida. Gorki, en tanto que amigo familiar, le induce a entrar en el Partido Comunista, del que será expulsado en 1936.

En 1935 publica su primera obra con voluntad novelesca, *Tolstói ha muerto*, con la que alcanza un notable eco por el asunto tan concreto que trata y por la forma narrativa que adopta. Tras su expulsión, hace un viaje por Estados Unidos y toma notas para el que será su mayor éxito en esos convulsos años: *Les États-Désunis*, que verá la luz en 1938. Previamente, en 1937, aparece *Le Mors aux dents*, novela innovadora y apasionante. Involucrado en la guerra civil española y volcado en la ayuda a los derrotados republicanos, escribe una novela conmovedora y testimonial: *Espagne premier amour*, que no verá la luz hasta 1965.

Exiliado en Estados Unidos cuando la Alemania nazi invade Francia y sacude Europa, encuentra algo parecido a un hogar en Hollywood. Se hace guionista y trabaja con escritores y artistas de izquierdas en el exilio: Bertolt Brecht, Joris Ivens, George Sklar, Salka Viertel, Lillian Hellman, Luis Buñuel. Tuvo una nominación a los Oscar por el argumento original de *The Dark Mirror*, de Robert Siodmak. En 1945 vuelve a París. Sigue trabajando en el mundo del cine, se reintegra en el Partido Comunista y alterna su actividad periodística con la militancia en causas de la izquierda. Fruto de sus escritos críticos sobre la guerra de Argelia (plasmados en *Le Lieu du supplice*), el 7 de febrero de 1962 la OAS hace explotar una bomba en su domicilio. Es el mismo día en que Malraux sufre otro atentado con bomba. Pozner, tras salir de un prolongado coma, queda afásico, lo cual no le impide escribir artículos y libros de enorme carga social y política hasta el fin de sus días. Muere el 19 de febrero de 1992. Para entonces, ya goza de un gran reconocimiento.

En *Tolstói ha muerto* Pozner plasma el contexto de una huida que transformó una pequeña aldea rusa en la capital del imperio por unos días. Todo empezó la noche del 31 de octubre (en el calendario juliano ruso) de 1910. Esa noche, Lev Nikoláyevich Tolstói se baja de un tren en la pequeña estación de Astapovo. Tiene ochenta y dos años y una infección pulmonar. Es un hombre vital a punto de derrumbarse. Ha abandonado su casa de Yásnaia

Poliana dejando una dura carta de despedida a Sofía Andréyevna, su esposa. Primero se ha dirigido en tren al monasterio de Óptina. Allí le llega la noticia de un extraño intento de suicidio de Sofía. Reemprende la huida con su hija Alexandra y su médico, el doctor Dušan Pétrovich Makovický. Su empeoramiento los obliga a bajar del tren en Astapovo, pequeño apeadero que, a partir de ese instante, va a entrar en la Historia. El 7 de noviembre (20 de noviembre para el gregoriano), Tolstói fallece allí mismo.

Durante los días en que yace en Astapovo, en la pequeña casa del jefe de estación, se concitan allí todos los espectros de sus conflictos. «Santón de muchas causas», como lo ha descrito Eduardo Mendoza, el primero de esos conflictos es la obsesión por la pureza material que lo lleva a enfrentarse severamente con su mujer, la condesa Sofía Andréyevna, quien quería vivir en la riqueza y él abominaba del lujo y lo superfluo.

Por otra parte, hay un enfrentamiento de Sofía con su hija Alexandra y Vladímir Grigoriévich Chertkov a raíz de las correcciones hechas por Tolstói en el testamento. En este, lega a su esposa los derechos de autor de sus obras anteriores a 1880, pero es voluntad suya que las publicadas a partir de ese año, en el que él ha datado su «segundo nacimiento espiritual», pasen a dominio público para que sean accesibles a todo el mundo. Sofía llega a escribir en su diario: «Chertkov es la causa de nuestra separación, por eso le odio».

Asimismo, Sofía se enfrenta a los seguidores de las ideas, casi sectarias, de su esposo, propaladas y organizadas por Chertkov como un sumo sacerdote. En todo momento, mientras Tolstói agoniza en Astapovo, Chertkov y Alexandra rechazan a Sofía, que se había trasladado a esa aldea desde Yásnaia Poliana, y no la dejan acercarse a la casita del jefe de estación. En la gran finca familiar de Yásnaia Poliana las cosas habían llegado a un extremo insostenible en el matrimonio. Esta había sido la razón de la huida.

A todo este caos familiar se suma la Iglesia ortodoxa rusa, que lo había excomulgado en 1901 por un capítulo sacrílego en *Resurrección*. Tratarán de hacerle volver al seno de la Iglesia por todos los medios, algunos ridículamente enrevesados, con el fin de

que confiese y comulgue, y así poder decir que el gran escritor dio su brazo a torcer en el instante supremo.

Y, en fin, el gobierno zarista también se personará en Astapovo para controlar la situación. El gobierno, que siempre vio en Tolstói un elemento capaz de generar una subversión popular, envía espías, policías y gendarmes para mantener el orden y preparar la represión, caso de que fuera necesaria. El pueblo acudirá peregrinando a Astapovo y pasará, en gran número y devotamente, delante del cadáver, una vez fallecido. Será una demostración a las autoridades de su rechazo de un régimen que desaparecerá unos pocos años más tarde.

Durante siete días llegarán a Astapovo todo tipo de personajes: periodistas, camarógrafos, frailes, amigos, familiares, curiosos y viajeros de paso. El modo de comunicación es el telegrama, y ante tal cantidad de requerimientos y de despachos por enviar, haciendo un enorme esfuerzo en tan poco tiempo, se llevará a cabo una red de conexiones telegráficas específicas. Este clima vertiginoso y tenso es lo que registra Pozner en *Tolstói ha muerto*, un libro admirable y tan apasionante como un *thriller*, pese a su final sabido.

Pozner, en su momento, aportó la documentación inédita y abrumadora de todos los telegramas y artículos que se escribieron esos días. Con dicho material construyó un puzle, innovador narrativamente, al que se unieron las voces de los protagonistas y allegados. El libro combina las situaciones causadas en Astapovo por el alud de visitantes interesados en la enfermedad de Tolstói con fragmentos escogidos de los diarios y cartas de los protagonistas más directos, sobre todo de Lev Nikoláyevich y de Sofía Andréyevna, con el contrapunto de lo que decían o testimoniaban los médicos, los allegados y los amigos. Se recrea un contexto cuya temperatura sube hasta provocar un incendio en el que todos los Tolstói arderán en la hoguera de sus propias contradicciones.

A Pozner lo han llamado «inventor de formas». Unido en su

origen a los movimientos vanguardistas de la literatura rusa, en los que es frecuente el sentido de mosaico, de «cubismo» literario, afronta la curiosa y extravagante circunstancia del final de Tolstói con una exhibición de dramatismo e ironía a la hora de mostrar los hechos tal cual se sucedieron, hora a hora, en su momento. Por eso la estructura de este libro se explica sola. Así lo dice el propio Pozner: «Durante esos días, el telégrafo sirvió de único lazo entre Astapovo y el mundo. Las copias de los telegramas conservadas en los archivos constituyen el esqueleto de este libro. Todos los hechos relatados son auténticos; todas las citas, literales; todos los detalles, conformes con la realidad». La periodista italiana Lara Crinò definió el libro de Pozner como «el primer *reality show* de la historia».

Tal vez no exista en este libro ni un gramo de ficción, pero el conjunto, el modo de montar cinematográficamente los fragmentos de todo este material, tiene la estructura de una novela moderna absorbente y literaria. Una tragicomedia, en realidad, porque hay momentos divertidos, hasta ridículos, por parte de las autoridades políticas y eclesiásticas, así como de los periodistas sensacionalistas de la época. También es el fresco en miniatura de una sociedad estratificada y sumisa, contra cuya esclerotización siempre reaccionó, en sus obras y sus gestos, el gran escritor ruso. Con esta audaz propuesta narrativa sobre la agonía mítica de Tolstói, Vladimir Pozner logra hacer la crónica de un país, de un tiempo y de unas figuras insólitas del siglo XIX iluminando sus sombras con la luz del siglo XX.

ADOLFO GARCÍA ORTEGA

AVISO AL LECTOR

Cuando huía de su casa y de los suyos, Tolstói cayó enfermo en la lejana estación de Astapovo. Moriría allí una semana más tarde, el 7 de noviembre de 1910, veinticinco años antes de la redacción de este libro.[1]Durante siete días, el telégrafo fue el único nexo entre Astapovo y el mundo. Las copias de los telegramas se hallaron conservadas en los archivos y se reunieron en un volumen.[2]Constituyen el esqueleto de este libro. Todos los hechos relatados son auténticos; todas las citas, literales; todos los detalles, conformes con la realidad. Algunas réplicas o comentarios, añadidos por aquí o por allá, se han escrito para completar los testimonios telegráficos, necesariamente breves.

Para comprender bien los acontecimientos de Astapovo, es preciso conocer la personalidad de Tolstói, personalidad de la que sería superfluo hablar a los lectores de este libro, así como sus relaciones con los poderes establecidos, que se encuentran perfectamente ilustradas en las páginas que vienen a continuación, y, en fin, sus relaciones con su familia. En un cuarto de siglo, tantas leyendas han oscurecido el drama familiar del escritor, que se imponía ya abordar una explicación; asimismo, se han intercalado en el relato del drama de la enfermedad y muerte de Tolstói los testimonios contradictorios y complementarios del propio Tolstói, de su mujer y de sus allegados, agrupados bajo el título «Historia de un matrimonio». Dichos testimonios explican la tragedia final por los malentendidos acumulados durante los cuarenta y ocho años de un matrimonio tan célebre como infeliz.

PERSONAJES

TOLSTÓI, LEV NIKOLÁYEVICH

SU FAMILIA

SOFÍA ANDRÉYEVNA, su mujer
MARÍA NIKOLÁYEVNA, su hermana

Las hijas

TATIANA LVOVNA SUJÓTINA (Tania)
ALEXANDRA LVOVNA (Sasha)

Los hijos

ANDRÉI LVOVICH
ILIA LVOVICH
LEV LVOVICH
MIJAÍL LVOVICH
SERGUÉI LVOVICH

Otros familiares

ELIZABETA VALERIANOVNA OBOLÉNSKAYA, su sobrina, hija de María Nikoláyevna
TATIANA ANDRÉYEVNA KUZMÍNSKAYA, su cuñada, hermana de Sofía Andréyevna

AMIGOS Y DISCÍPULOS

Pável Ivánovich Birukov
Pável Alexándrovich Boulanger
Alexandr Borísovich Goldenweiser
Iván Ivánovich Gorbunov-Posadov
Vladímir Grigoriévich Chertkov

LOS MÉDICOS

Médicos y amigos de la familia

G. M. Berkenheim
Dušan Pétrovich Makovický
Dmitri Vasiliévich Nikitin

Otros médicos

P. S. Úsov, profesor de la Facultad de Medicina de Moscú
V. A. Churovski, médico interno residente de Moscú
A. P. Semenovski, médico jefe del hospital municipal de Dankov
L. I. Stokovski, médico de la Compañía Ferroviaria en Astapovo

LOS PERIODISTAS

A. F. Avrej, corresponsal de la Agencia Telegráfica Petersburguesa y de *El Alba*
N. E. Efros, corresponsal de *La Palabra*, de *La Gaceta Rusa* y de *Noticias de Odessa*
N. M. Ejov, corresponsal de *Tiempo Nuevo*
C. V. Orlov, corresponsal de *La Palabra Rusa*

LOS EMPLEADOS DEL FERROCARRIL

D. A. Matreninski, director de la Compañía Ferroviaria de Riazán-Ural en Sarátov

IVÁN IVÁNOVICH OZOLIN, jefe de estación de Astapovo

LAS AUTORIDADES

P. P. GLOBA, general-mayor, jefe del departamento de gendarmería del gobierno de Riazán
N. P. JARLÁMOV, subdirector del departamento de policía
P. G. KURLOV, teniente general, subsecretario del Ministerio del Interior, comandante del cuerpo de gendarmería
N. N. LVOV, general-mayor, jefe de la gendarmería ferroviaria de Moscú-Kamishin
A. N. OBOLENSKI, conde, gobernador de Riazán
M. N. SAVITSKI, capitán, jefe de la gendarmería ferroviaria de Yelets

LOS REPRESENTANTES DE LA IGLESIA

ANTONI, metropolita de Petersburgo y de Ladoga
CYRIL, obispo de Tambov
N. I. GRATSIANSKI, pope de Astapovo
IOSSIF, superior del monasterio de Óptina Pústyn
VARSÓNOFI, también superior del monasterio de Óptina Pústyn
NIKODIM, obispo de Riazán
PARFENI, arzobispo de Tula y de Bélev
VENIAMIN, obispo de Kaluga
XÉNOFON, archimandrita de Óptina Pústyn

LOS EMPLEADOS DEL TELÉGRAFO

E. F. IVÁNOV, jefe de la circunscripción postal de Tambov
POLIANSKI, viceinspector del telégrafo ferroviario
A. P. RUDNEV, director del telégrafo ferroviario en Sarátov
VROTCHINSKI, inspector del telégrafo ferroviario

Y otros parientes, amigos, discípulos, ferroviarios, viajeros, empleados de correos, telegrafistas, periodistas, fotógrafos,

operadores cinematográficos, obreros, campesinos, comerciantes, curiosos, policías, gendarmes, prelados, damas nobles, funcionarios, estudiantes, soldados, desconocidos, etcétera, etcétera.

EL DRAMA

Los tres primeros días: del 1 al 3 de noviembre de 1910

1. NIKOLÁYEV

El 1 de noviembre de 1910, a las diez y diez de la mañana, se envió un telegrama desde la ventanilla de la pequeña estación de Astapovo, situada en la línea férrea Riazán-Ural.

> Ayer caí enfermo. Viajeros me han visto bajar del tren muy débil. Temo que la noticia se propague. Hoy, mejoría. Proseguimos viaje. Tomad medidas. Tenednos al corriente.

Veinte minutos más tarde, un nuevo telegrama es expedido a la misma dirección por una de las dos mujeres que acompañan al enfermo.

> Ayer bajamos en Astapovo. Fiebre alta, estado inconsciente. Esta mañana, temperatura normal; actualmente, de nuevo fiebre. Imposible viajar. Ha expresado su deseo de veros.

El primer telegrama está firmado «Nikoláyev»; el segundo, «Frolova». (El destinatario se llama Chertkov.)

2. UN VIEJO

Tres días antes, en la noche del 27 al 28 de octubre, un viejo del que, dos años atrás, el mundo entero había celebrado el ochenta aniversario, había abandonado su hacienda, sus libros, a sus allegados y a su mujer, sobre todo a su mujer. Se proponía ir a reunirse con unos pretendidos discípulos que estaban muy lejos.

Por otro lado, el destino le importaba menos que el hecho de marcharse. Ya había tratado de huir en otra ocasión, pero su mujer se lo había impedido. Esta vez, viajaría con un nombre falso. En un país donde la censura había prohibido la versión íntegra de *Resurrección*, Tolstói llevaría el nombre de Nikoláyev y su hija se llamaría Frolova.

Nadie sospecharía nada. Sería uno más de los viejos que van sentados en el banco del vagón.

3. LA POLICÍA SIEMPRE ESTÁ BIEN INFORMADA

Tolstói había partido en la noche del 27 al 28. El 30, la policía ya estaba informada de ello. Yásnaia Poliana, propiedad del escritor, se encontraba en territorio bajo la administración de Tula; el recorrido del fugitivo pasaba por territorio de la administración de Kaluga; Astapovo estaba situado en el de Riazán. Tres administraciones dieron prueba de celo. Se le encargó la investigación a un oficial de la policía secreta. Y mientras que un vagón de segunda clase llevaba a Nikoláyev y a sus acompañantes, seguros de su anonimato, los telegramas policiales se cruzaban a lo largo de la vía.

> En cuanto llegue el tren número 12, confirme inmediatamente si el escritor Lev Tolstói está entre los viajeros; si sí, ¿en qué estación ha bajado? Telegrafíeme.

Dos horas más tarde, la respuesta:

> Viaja en el tren número 12 con un billete de segunda clase para Rostov del Don.

Y al cabo de otras dos horas:

> El escritor conde Tolstói se ha puesto enfermo en el tren número 12. El jefe de estación Ozolin lo ha hospedado en su casa.

4. LA PRENSA ENTRA EN ESCENA

Tolstói ha desaparecido. Tolstói ha sido hallado. Tolstói está

enfermo. Esto merece un titular, incluso dos; titulares en negrita y cuerpo 64, llamadas de teléfono, telegramas. ¿Dónde está Astapovo exactamente? Buscan en el mapa que hay clavado en la pared de la redacción. No viene Astapovo. Rápido, un atlas. Aquí está. Es ese punto negro minúsculo donde nunca jamás ha pasado nada, donde nunca jamás, por lo que parece, nadie ha bajado del tren.

La Palabra Rusa, el periódico de más tirada de Moscú, después de haberse informado en la dirección general de los ferrocarriles, envía un telegrama al jefe de estación de Astapovo, Iván Ivánovich Ozolin:

> Tenga la bondad de telegrafiar los detalles de la estancia en su casa, del estado de Lev Nikoláyevich, así como del itinerario ulterior. Enviaremos inmediatamente honorarios.

Son las tres menos cuarto. A las cinco, no hay respuesta. ¿Es que Ozolin no se fía? Nuevo telegrama:

> El telégrafo no acepta más que una respuesta pagada de treinta palabras. Rogamos encarecidamente no se preocupe por las dimensiones de su telegrama, transferiremos el dinero de inmediato.

Las ocho. Aún nada.

> Nuevo ruego apremiante de telegrafiar los menores detalles concernientes a la llegada de Lev Nikoláyevich Tolstói, su estancia en su casa, su conversación con él, su hija y el doctor Makovický, su estado de salud, el lugar donde se encuentra actualmente. No se preocupe por los gastos: cuanto más largo sea el telegrama, más valdrá. Mañana enviaremos, por un telegrama detallado, honorario de cien rublos más los gastos. Mantendremos su nombre en secreto.

A las nueve y cuarto, una respuesta:

> Lev Nikoláyevich pide que no se publique ninguna información sobre él. JEFE DE ESTACIÓN OZOLIN.

5. ELLA

Tolstói guarda cama en las dependencias del jefe de estación. Las

paredes del cuarto están decoradas con grandes ramos de flores entrelazadas con hojas y zarcillos. Tiene fiebre. El mundo entero ignora su escondite. ¿Y si *ella* se enterara?

Su hija, Alexandra Lvovna, telegrafía a Chertkov, el viejo amigo de la familia:

> Temperatura 39,8. Teme *su* llegada.

¿Cómo podría enterarse *ella*? Porque los periódicos guardan silencio...

Por la noche, Alexandra Lvovna informa a su hermano Serguéi, en Moscú:

> Situación grave. Trae enseguida al doctor Nikitin. Él quería tenerte al corriente, a ti y a la hermana, pero teme la llegada de los *otros*.

Pasa la noche. Siempre la misma obsesión.

> La mayor inquietud de padre: le espanta la posibilidad de que llegue *la enferma*. Tomad todas las medidas que podáis, si no, la indisposición puede tener un desenlace fatal. Padre te ruega que permanezcas junto a *la enferma*, la cuides, la retengas. Es indispensable absoluta calma. ALEXANDRA.

Sin embargo, el subjefe del servicio de mantenimiento de la red Riazán-Ural, Derjanski-Dektérev, informa a los jefes del servicio de circulación y de locomotoras:

> Por una petición particular, un tren especial, compuesto por un vagón de primera clase y un vagón de tercera, parte hoy de Moscú en dirección a Astapovo vía Gorbachovo. Garanticen locomotora y personal para este tren y establezcan su horario entre Gorbachovo y Volovo. Velocidad máxima cincuenta verstas por hora, paradas únicamente en caso de necesidad técnica.

Delante de los gráficos, los empleados se ponen a la tarea. Salida de Gorbachovo, el 2 de noviembre a las 6.00 de la tarde; Pletnevo, 6.11; Baburino, 6.51; Ogariovo, 7.21...; llegada a Astapovo, 11.44 de la noche.

La Palabra Rusa, el periódico mejor informado, telegrafía a su

corresponsal, quien, de un momento a otro, debe llegar al lugar de los hechos:

> La condesa ha salido para Astapovo en tren especial.

6. EL TELÉGRAFO

Todos conocen Moscú, Petersburgo, Kiev, Odessa... Cierto día gris de noviembre, el mundo entero va a saber de la existencia de Astapovo. Esta estación minúscula, flanqueada por una aldea, se ha convertido en la capital de Rusia, una capital unida al país, a todos los países, por hilos telegráficos. Los trenes son demasiado lentos. Una carta tarda un día en llegar a Moscú. Cada segundo cuenta. El telégrafo registrará las aflicciones, las curiosidades, las bajezas, las desesperaciones, las traiciones. Lo hará con brevedad y precisión. Será mortalmente elocuente y trágico. A pesar de la falta de signos de exclamación. A pesar de los periodistas.

7. LOS PERIODISTAS LLEGAN AL LUGAR

Tolstói está muy malo; su mujer, que se recupera de una enfermedad, ha acudido a Astapovo, seguida de toda la familia; se percibe el drama en el aire; los corresponsales de los periódicos cierran sus maletas: «Telegrafíe hasta los menores detalles, trate de ser el primero». «¿Y el dinero?» «Le daremos lo que nos pida.» «¿Y dónde me alojo en Astapovo?» «Apáñeselas.»

Constantin Orlov, de *La Palabra Rusa*, es el primero en llegar. Le siguen después Avrej, de la Agencia Telegráfica Petersburguesa, Ejov, de *Tiempo Nuevo*, y los corresponsales de *La Mañana de Rusia*, *El Alba*, *La Gaceta Rusa* y otros más.

Primera precaución:

> Los corresponsales de los periódicos moscovitas y petersburgueses, reunidos en la estación de Astapovo, solicitan de su excelencia autorización para disponer de un vagón de segunda clase en el que alojarse.

No se trata de dormir, sino de trabajar. Por otra parte, nadie

va a dormir.

En las redacciones, los directores están en vilo. *La Palabra Rusa* telegrafía a Orlov:

> Sus telegramas de hoy le han sacado a la competencia varios largos. Esta noche enviamos refuerzos, seguramente al joven Brio. No hay trenes antes; resista. En caso de que le falten hechos, amplíe las descripciones.

La Mañana de Rusia toma sus medidas:

> Telegrafíe de la manera más detallada dos veces al día. Si catástrofe, doscientas palabras para edición especial.

8. RELATOS DE LA ENFERMEDAD

Henos en el 3 de noviembre. Los periodistas, llegados la víspera, se ponen al trabajo. Visitan los edificios de la estación, espían las idas y venidas, ponen nombres a las caras y mendigan detalles. A las diez de la mañana, sus primeros telegramas son transmitidos a Petersburgo y a Moscú.

N. M. Ejov a la redacción de *Tiempo Nuevo*:

> Tolstói se encuentra en la estación de Astapovo desde el 31 de octubre. Cogió frío en el trayecto y se sintió tan mal que, por consejo del doctor Makovický y de su hija Alexandra Lvovna, tuvo que bajarse en Astapovo e instalarse en la vivienda del jefe de estación Ozolin. Durante la noche, la enfermedad fue a peor. La temperatura alcanzó 39,6 grados, pero no 40, como han comunicado los periódicos. Tolstói se encuentra muy débil. Se pasa la mayor parte del tiempo en un estado de semiinconsciencia. El doctor Makovický y Alexandra Lvovna lo vigilan continuamente. Desde mi llegada, esta mañana del 3 de noviembre, me han ido informando de que el conde mejora sensiblemente. La temperatura esta mañana es de 37 grados. Anoche, los médicos mantuvieron una breve reunión. Se decidió que, mientras dure la enfermedad, Lev Nikoláyevich no podrá dejar la dependencia en la que se encuentra actualmente. Los médicos piensan que la enfermedad del conde —una inflamación catarral que afecta a la base de los pulmones— durará bastante tiempo; es imposible una curación completa antes de seis semanas. Dada la perspectiva de complicaciones, el doctor Makovický ha mandado traer oxígeno de Moscú. Afortunadamente,

hoy se ha podido constatar una mejora. Lev Nikoláyevich da muestras de cordialidad con quienes lo rodean. No tiene apetito, sin embargo, como de costumbre, su moral es buena y se interesa por lo que está pasando. Ha pedido que se le lean los periódicos. La llegada de Chertkov ha contentado mucho a Tolstói y ha hablado animosamente con él. La pequeña estación de Astapovo empieza a llenarse de gente. Afluyen varias familias amigas de los Tolstói, admiradores del talento del escritor, corresponsales de diversos periódicos. Se esperan llegadas más numerosas, pese a que el lugar carece de alojamientos.

N. E. Efros, en *La Palabra*:

He llegado esta mañana a Astapovo. En la misma estación me han dado la buena noticia: el venerable anciano está mejor. La temperatura, ayer aún amenazadora, empieza a bajar regularmente. Hace una hora tuvo lugar una reunión de consulta. Makovický, Nikitin, que ha llegado hoy de Moscú, y el médico del ferrocarril han diagnosticado los tres una neumonía. Por lo general enormemente debilitado, el enfermo está dormido, y a veces cae en un estado de inconsciencia. Si la temperatura permanece estacionaria hasta esta noche, cabría esperar una mejoría sostenida. No obstante, los médicos siguen considerando la situación como muy grave. Serguéi Lvovich, llegado anoche, me ha confiado que su padre cayó enfermo en el trayecto; fiebre alta; lo acostaron y arroparon; le tomaron entonces la temperatura: 38,3, y Makovický consideró imposible proseguir el viaje. Querían bajarse en Dankovo, pero su estación es demasiado pequeña y la ciudad se encuentra a dos verstas. Decidieron ir hasta Astapovo, aldea en la que viven algunos ferroviarios. Tolstói estaba débil y no podía caminar. Dos personas lo sostenían. La gente que había en la estación lo reconoció enseguida y se formó un corrillo. El 1 de noviembre, la temperatura fue muy elevada y a menudo el enfermo caía en un estado de inconsciencia. Al volver en sí, dictaba a Alexandra fragmentos de un texto religioso y filosófico. Así, varias veces.

Ayer, Serguéi, nada más llegar al anochecer, fue a visitar a su padre. El enfermo lo reconoció y le preguntó: «¿Por qué has venido? ¿Quién te ha avisado?». Serguéi respondió, para disimular la verdad: «Un empleado de Gorbachovo conocido mío». Su padre repuso: «¿Y cómo lo sabía ese empleado?». Hoy, Serguéi no lo ha visto.

Junto a Tolstói se encuentran: Makovický todo el tiempo; desde la última noche, el médico municipal de Dankov, Semenovski; casi continuamente Alexandra y Chertkov. Ayer, a medianoche, un tren especial trajo de Tula a la condesa, a Tatiana y

a Andréi. No han salido del vagón. Serguéi y Makovický han acudido a ponerlos al corriente de la situación. Hoy, la condesa permanece casi todo el tiempo en su compartimento. A ninguno de los recién llegados se le ha permitido acercarse al enfermo por temor a una emoción demasiado fuerte. La condesa, transformada, irreconocible, acusa sin cesar a ciertos amigos íntimos. El jefe de estación Ozolin ha cedido su vivienda; él, su mujer y sus tres hijos se han ido a vivir a otra parte. La estación entera da muestras de una atención y de una deferencia extremas. Se cuenta que ayer los empleados querían hacer decir una misa por el restablecimiento de la salud del enfermo: han chocado con la negativa del clero.

9. LOS RUMORES

Millones de personas esperan las noticias de Astapovo. Las ediciones se suceden unas a otras. En las redacciones, el teléfono suena sin parar. Se lee, se escruta, se sopesa, se busca entre líneas. Los rumores se abaten a ráfagas sobre las ciudades.

La Mañana de Rusia a Alexandra Lvovna:

> En Moscú, rumores alarmantes; tenga la amabilidad de comunicar el estado del enfermo.

Tiempo Nuevo no se dirige a su corresponsal. Suplica al jefe de estación:

> Telegrafíe si la noticia de la muerte de Tolstói es exacta.

La respuesta está pagada: diez palabras.

10. EN ASTAPOVO NO SE ENCUENTRA NADA

Alexandra Lvovna había pedido a su hermana María que le enviara una botella de agua de colonia. El doctor Nikitin se encargaría de ello; telegrafía a un colega de Moscú:

> Envíe por tren digitalina y algunas botellas de kéfir.

A medida que surgen las necesidades, se pone más de manifiesto la carencia en Astapovo de los más elementales objetos.

Envíe también un barreño y papel. NIKITIN.

11. LA CONDESA

El corresponsal de *La Palabra* está orgulloso de sí mismo, no ha parado en ningún momento. Hace dos horas que no hay ninguna noticia de la casita del jefe de estación. Pero el periodista ha logrado informarse acerca de algunas circunstancias relativas a la marcha de Tolstói.

Por lo visto, al abandonar Yásnaia Poliana, el escritor se había dirigido a la casa de su hermana, en Chamardino; tenía la intención de quedarse allí dos semanas antes de proseguir su viaje. Tuvo que cambiar de planes después de encontrarse con un conocido, ya que creía que lo espiaban.

> Desde Chamardino escribió una carta amable a su esposa. La condesa, estupefacta por la lectura de esa carta, sin llegar al final del mensaje, se precipitó hacia el estanque; el cocinero, que la había visto, se apresuró a informar de ello a los de la casa. Al llegar al pilón, la condesa se lanzó al agua en el mismo lugar donde, el año anterior, dos muchachas se habían ahogado. Fue rescatada por Alexandra Lvovna, el estudiante Bulgákov, el lacayo Vania y la cocinera. Ahora está un poco mejor, pero en cuanto habla de estos acontecimientos, sobre todo de las causas que han llevado a la huida a su marido, se excita terriblemente, se irrita y se echa a llorar.

La condesa se aloja en el vagón del tren especial que la ha llevado a Astapovo. No ha sido admitida junto al enfermo. Lo había pedido la víspera, nada más llegar. Ha renovado su ruego hoy. El médico y su propia hija, Alexandra, se han negado. Sin embargo, sus enemigos, los enemigos de su marido, los que son responsables de su huida, de su enfermedad y mañana, tal vez, de su muerte, están ahí y van y vienen libremente. Chertkov ha sido recibido por Lev Nikoláyevich. Y también esos periódicos que escriben cualquier cosa y que siempre mienten.

En la cantina, todo el mundo coincide a la hora de cenar. La familia Tolstói y los médicos en una mesa, los periodistas en otra apartada. Toca explicarles cómo han sucedido las cosas, decirles la

simple verdad, que es un hombre con quien han vivido cuarenta y ocho años, eso lo dice todo...

Lo que hay que hacer es contenerse. Esperar a que se vaya la familia.

—Los periódicos dan informaciones erróneas, las causas de la partida de Lev Nikoláyevich están explicadas con falsedades. Cuento con ustedes, señores...

Los periodistas están al acecho.

—En efecto, la compañía de los intelectuales era una carga para mi marido, ya conocen ustedes su gusto por la vida sencilla. Es igualmente cierto que él, a veces, expresaba el deseo de ir a vivir... en otro medio, de romper definitivamente con su antigua existencia. Sin embargo, la marcha súbita y secreta de Lev Nikoláyevich, su deseo de ocultarse incluso de sus más próximos, todas estas cosas, en fin, son el resultado de la influencia nefasta que... ciertas personas han ejercido sobre él. Influencia detestable. Esas personas se inmiscuyen en la vida familiar. Nosotros hemos vivido cuarenta y ocho años en plena armonía, ahora la tranquilidad ha desaparecido. ¿Para qué vivir?

La condesa llora. Su dama de compañía se acerca a ella, le habla, se la lleva.

El corresponsal de *La Mañana de Rusia* anota:

> Lentamente, como si cargara un fardo muy pesado, la condesa se encamina, apoyándose en otros brazos, hacia la casa donde reposa su querido enfermo.

Ejov, de *Tiempo Nuevo*, exagera:

> La esposa de Lev Nikoláyevich da la impresión de una mujer enferma. Cuando habla, se agita, se emociona, le tiembla la voz y rompe a llorar. Provoca una sincera compasión. Se pasea cerca de la casa donde descansa Lev Nikoláyevich y se estremece como un pajarillo deseando acceder al nido donde se halla su ser amado.

A las siete de la tarde, un telegrama sale hacia Moscú:

> Urge la presencia de la enfermera de Sofía Andréyevna. Enviadla a Astapovo. FAMILIA TOLSTÓI.

12. LOS DESCONOCIDOS

Un telegrama llega a Astapovo. Es el primero dirigido a Lev Tolstói. Lo escriben dos discípulos:

> Ven con nosotros; ofrecemos nuestra casa, trabajo y amor.

Otros se alarman: una persona cuyo nombre nunca conoceremos por haber sido mutilado por el telégrafo pregunta al jefe de estación (respuesta pagada de diez palabras):

> ¿Cómo está Lev Nikoláyevich? Responder a Petersburgo, calle Glinka, 6.

Desde Stávropol, otro desconocido pregunta a su vez (respuesta pagada de cinco palabras solamente):

> Sírvase telegrafiar noticias salud Lev Nikoláyevich fecha partida.

No falta quien se pone a dar consejos:

> El sentido de la vida: hacer feliz a todo el mundo y por descontado a la familia; no se debe abandonar la propia casa. ¡Vuelva! Con todo amor. SIMÓNOVICH.

¿Quién es Simónovich?

> Que el Dios de amor dispense a su alma una paz profunda, una calma profunda, querido Lev Nikoláyevich. Que la paz sea con usted, que sea con todos, así sea.

Este telegrama ni siquiera lleva firma.

13. LA RAZÓN DE ESTADO

Al general Lvov, uno de los jefes de la gendarmería ferroviaria, parece desagradarle la perturbación causada por la huida y la enfermedad de las que tanto se habla. Estas cosas crean desorden y todo desorden es peligroso. Ante todo, hay que determinar responsabilidades.

Telegrafíe quién ha autorizado a Lev Tolstói a permanecer en Astapovo, en las dependencias de la estación, no destinadas a hospitalizar enfermos. El gobernador estima que es indispensable tomar medidas para trasladar al enfermo a un hospital o a su propio domicilio.

Uno se muere en su casa, en un hospital, como mucho en una cárcel, pero bajo ningún concepto en una estación.

Pasan veinticuatro horas. Los partes médicos se suceden, alarmantes. El asunto adquiere proporciones inconvenientes. Transportar al enfermo en el estado en que se encuentra parece delicado.

Suspenda la ejecución de la orden del gobernador. Recibirá instrucciones más adelante. Lvov.

Mientras tanto, el capitán de gendarmería Savitski procede a hacer una investigación para averiguar quién ha autorizado a Lev Tolstói a quedarse en unas instalaciones no previstas a tal efecto.

Después del segundo silbido del tren número 12, la hija de Tolstói, dada la opinión del médico, que juzgaba muy grave el estado de su padre, pidió al jefe de estación que le diera algún tipo de acogida. Esta le fue ofrecida por el interesado en su propia vivienda, en razón de que no había allí ningún otro cuarto.

Al caer la tarde, el general-mayor Lvov recibe instrucciones. A continuación envía un telegrama cifrado al capitán Savitski:

Conforme a las órdenes del jefe de estado mayor, permanezca en Astapovo. Envíe allí a cinco gendarmes. Haga un informe sobre el enfermo para el estado mayor.

En espera de la llegada de Savitski a Astapovo, el brigadier Filippov es quien se encarga de lo necesario:

Han llegado: los corresponsales de *La Mañana*, de *La Palabra Rusa*, de *La Gaceta*, de *La Palabra*, de *La Voz de Moscú*, de *Tiempo Nuevo*, de la Agencia Telegráfica Petersburguesa. El gobernador de Riazán llega mañana a Astapovo en el tren número 11.

Decididamente, este incidente les está ocupando más de la

cuenta... Savitski envía instrucciones al brigadier Filippov:

> Ningún recién llegado debe albergarse en la estación. Yo llegaré mañana por la tarde. Prohíba a todos, excepto al jefe de estación, permanecer en las dependencias ferroviarias. Únicamente las cuatro personas que llegaron primero pueden residir en la vivienda de Ozolin.

Órdenes son órdenes.

> El director de la Compañía ha autorizado a los corresponsales a albergarse durante dos días en un vagón de segunda clase; una casa nueva, aún sin habitar, ha sido acondicionada para el resto de los recién llegados. He prohibido hasta nueva orden el acceso al vagón y a la casa. BRIGADIER FILIPPOV.

La fuerza debe seguir a la ley. Cinco gendarmes aparecen en Astapovo.

14. ASTAPOVO, A VUELO DE PÁJARO

El telégrafo funciona sin parar. Las solicitudes de información provienen del Ministerio de Transportes, de la dirección de la Compañía Ferroviaria, de los gobernadores de Kaluga, de Riazán, de Tambov y de Tula. Un funcionario de la administración de Tula a cargo de las misiones especiales ha llegado para hacer una investigación. La familia Tolstói está inundada de telegramas provenientes de todos los rincones de Rusia y del mundo entero.

15. LA ENFERMEDAD

El corresponsal de *La Mañana de Rusia* ha entrevistado al médico adjunto de la Compañía Ferroviaria.

> El doctor Stokovski dice que el corazón de Tolstói está muy débil. El pulso era ayer de 104, previamente de 120. Es un fenómeno muy propio de los viejos. El enfermo se mantiene consciente; ha expectorado sangre, pero ya ha dejado de hacerlo. El tratamiento ahora consiste en mantener la actividad cardiaca. Se le han administrado una dosis de *strophantus* y unos expectorantes. No ha dado la menor señal de una actitud crítica hacia la medicina, y

él mismo nos recuerda la hora de dársela cuando llega el momento de tomarle la temperatura.

A las cinco, los médicos publican un parte del estado de salud:

> Inflamación de la base del pulmón; bronquitis difusa. Temperatura: por la mañana 36,7; por la tarde 37,3. Considerable debilitamiento de la actividad cardiaca. Pulso rápido con intermitencias. Hinchazón del hígado, dolores. Ausencia de apetito. FIRMADO: DOCTORES NIKITIN, MAKOVICKÝ.

16. EL ENFERMO

La casita de madera del jefe de estación está pintada de rojo. Tolstói descansa en la habitación más grande. Se han habilitado dos camas y el enfermo ha sido trasladado de una a otra. Una doble ventana da a un jardincillo; una gruesa cortina tupe la ventana.

El enfermo conserva la lucidez. Se interesa por todo, pide que le lean los periódicos, dicta aforismos, se entretiene con los pocos amigos y allegados que son admitidos en su presencia.

Cree que su escondite permanece secreto y que el mundo entero desconoce su suerte.

17. LA FAMILIA

En esos momentos, casi toda la familia está reunida en Astapovo. Su mujer, Sofía Andréyevna; sus hijas, Alexandra y Tatiana; sus hijos, Serguéi, Andréi, Ilia y Mijaíl. Hay que velar al padre, cuidar de la madre, tranquilizar a los amigos, apartar a los inoportunos y a los curiosos.

Andréi Lvovich telegrafía al conde Olsufiev, viejo amigo de la familia:

> Temperatura 36,8. Neumonía. Moral satisfactoria. El peligro existe, pero la situación no es desesperada. Madre terriblemente afectada, no ve a padre. Harías mejor en no venir, yo te mantendré al corriente.

Envía a su esposa un breve telegrama:

> El peligro es serio. Por el momento no vengas, te avisaré por telegrama, querida.

Su hermano Mijaíl tranquiliza a los parientes lejanos:

> No hay cambios...

Y Alexandra Lvovna escribe a su viejo amigo Kiriakov en los mismos términos:

> Gracias, inútil venir.

18. ENFERMO, PERO NO MORIBUNDO

El corresponsal de *La Palabra* y de *La Gaceta Rusa* ha logrado hablar con dos amigos de Tolstói llegados a Astapovo. Uno de ellos ha permanecido ocho minutos junto al enfermo. Este le ha dado la impresión de un hombre gravemente afectado, pero no moribundo. Había visto a Tolstói la última vez que estuvo malo, en Crimea. En aquella ocasión el efecto que le produjo había sido mucho más trágico.

—¿Y qué dicen los médicos?

—El doctor Nikitin afirma que mantiene una inquebrantable esperanza en un desenlace feliz.

—¿De qué ha hablado usted con Lev Nikoláyevich?

—Hemos hablado de diversas cosas. Se acuerda de todo, entra en los más pequeños detalles.

—Yo le escribí una carta hace quince días. Hoy me ha respondido punto por punto. Se acordaba de todo.

—Ha bromeado.

—Incluso hoy mismo ha escrito su diario.

El periodista corre al telégrafo. Ordena cuidadosamente las informaciones en dos montoncitos: uno será expedido a *La Palabra*, el otro a *La Gaceta Rusa*.

19. LA ESTACIÓN

Cae la noche. Orlov, de *La Palabra Rusa*, cruza lentamente la cantina de la estación. La familia Tolstói al completo está allí reunida, salvo Alexandra Lvovna. Todos parecen animados. El periodista deduce que las últimas noticias son tranquilizadoras. Se informa con prudencia. Los médicos creen que Tolstói deberá permanecer en Astapovo alrededor de seis semanas, hasta su completo restablecimiento. De pasada, Orlov anota que a las dos de la tarde el pulso del enfermo marcaba 90.

Son suficientes elementos como para un telegrama. Orlov conoce su oficio. Hechos, nada más que hechos.

Ahora le toca a Raetski, de *La Mañana de Rusia*. Tiene un escaso botín. Qué se le va a hacer. Siempre se puede echar mano de un buen puñado de epítetos.

> El estrecho habitáculo de la sala de espera de la primera clase ha cobrado, al anochecer, un aspecto insólito. En torno a la mesa, Tatiana, Andréi y la mecanógrafa del escritor redactan la correspondencia y los telegramas que llevarán a los amigos y allegados la feliz noticia de la mejoría. En otro rincón está reunida la familia al completo. Se hallan ahí Gorbunov, Goldenweiser, el doctor Nikitin. La conversación tranquila gravita alrededor de quien, detrás de la estación, lucha con valentía contra su cuerpo decrépito. Alexandra Lvovna, Makovický y Chertkov nunca vienen hasta aquí. Una franja de frialdad y distanciamiento los separa del resto de la familia.
>
> Las dependencias de la estación están a rebosar: toda la población de Astapovo se encuentra allí agrupada. No hay ni un alma en los alrededores de la casa del enfermo, donde reina el silencio. La oscura noche otoñal se armoniza de manera tediosamente melancólica con la angustiosa pregunta que todo el mundo se hace: ¿vivirá el sol de Rusia?
>
> P. S.: Los médicos han recetado fármacos contra la pirosis y el hipo.

20. NOCHE DEL 3 DE NOVIEMBRE

Son las nueve. Desde hace hora y media, el enfermo escucha la lectura de los periódicos. Él mismo lo ha pedido. La mecanógrafa estaba demasiado emocionada; el doctor Makovický, que es de origen checo, tiene un acento insoportable; ha habido que

despertar a Chertkov.

Este lee los artículos uno tras otro, desde el principio hasta el final. Tolstói escucha atentamente. Ha prohibido que le lean ni una línea sobre él. Ese tema no le interesa. Guarda silencio. De vez en cuando pronuncia alguna palabra.

La estación duerme.

21. EL TELÉGRAFO

El director del telégrafo ferroviario, Rudnev, llama, por hilo directo, a Vrotchinski, que trabaja bajo sus órdenes.

—Aquí Rudnev. Informen al señor Vrotchinski de que se ha notado una demora considerable en la transmisión de telegramas de Astapovo. En previsión de una gran acumulación de telegramas privados, autorizo a efectuar el enlace de líneas que sea necesario; en caso de que la transmisión por la línea de enlace presentara dificultades, hagan que nuestros ciclistas lleven los telegramas a Bogoiavlensk, al telégrafo estatal, y no transmitan más que una parte por nuestras líneas.

—Aquí Vrotchinski. He dado la orden a Astapovo de que transmita los telegramas a Bogoiavlensk por la línea 21 y desde allí los retransmitan por el telégrafo estatal número 11. Envío tres operarios, trabajadores competentes. Además, yo mismo llegaré a Astapovo en el tren número 11. Me las apañaré en el lugar de los hechos.

Cae la noche…

HISTORIA DE UN MATRIMONIO

Los inicios

«Todas las familias felices se parecen; cada familia desgraciada es desgraciada a su manera.»

L. TOLSTÓI, *Anna Karénina*

«Me he declarado. Ella: sí. Ella: como un pájaro herido. Inútil escribir nada al respecto. Es imposible olvidar o anotar cosas así.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 16-IX-1862

«Una semana más tarde —el 23 de septiembre— se celebra la boda.»

T. SUJÓTINA-TOLSTÓI, *Sobre la muerte de mi padre*

«Inmensa felicidad... No puede ser que todo esto termine con la vida.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 25-IX-1862

«Son tan repugnantes las manifestaciones físicas...»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 9-X-1862

«Me he puesto a escribir porque soy tan feliz que me impide respirar.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 2/14-X-1862

«Me harta con tanto hablar del pueblo. Siento que se ve obligado a elegir entre la familia que yo personifico y el pueblo al que se entrega con un amor tan ardiente. Es puro egoísmo. Qué le vamos a hacer. Vivo para él, por él, y quiero que mi marido haga lo mismo conmigo.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 23-XI-1862

«Lo que me sorprende es que no tengo necesidad de nadie. Esta soledad me consterna, pero no me incomoda; pero *ella* considera esto una pérdida de tiempo.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 3-I-1863

«Si pudiera matarlo y crear otro ser exactamente igual que él, ya lo habría hecho con sumo gusto.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 15-XII-1862

«He crecido extraordinariamente. *No la envidio. ¿Cómo no envejecer?*»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 30-XII-1862

«Ella se separará de mí. *Estoy casi seguro*.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 8-I-1863

«Ay, Señor, ¿podría pasar que se separara de mí? Ahora todo depende de él.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 9-I-1863

«No recuerdo haber sentido desde hace mucho tiempo un deseo de escribir semejante, tan fuerte, tan seguro y firme.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 23-I-1863

«Habría pagado lo que fuera con tal de echar un vistazo dentro de su alma.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 14-II-1863

«De vez en cuando, aunque ahora especialmente, tengo un temor: ella es joven, hay muchas cosas de mí que no entiende, que no le gustan, muchas cosas que, por agradarme, ella se esfuerza en reprimir en su interior, y al final son sacrificios que termina por reprocharme a mí.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 23-I-1863

«¿Es posible que no le interese nada, salvo los asuntos económicos, la administración de la finca y la destilería? Cuando no está ocupado comiendo, durmiendo o en silencio, va de un lado a otro haciendo cosas, corre que te corre, siempre solo. Y yo me aburro, porque también estoy sola, absolutamente sola.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 24-IV-1863

«Donde creemos ver debilidad, puede que haya un surtidor de fortaleza. Leo a Goethe y las ideas se arremolinan en manada.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 2-VI-1863

«... Soy pequeño e insignificante. Y lo peor es que me he vuelto así desde que estoy casado con una mujer a la que amo.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 18-V-1863

«Me siento incapaz de entenderlo bien y esta es la razón por la que lo espío tan celosamente.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 17-X-1863

«Es espantoso, terrible, insano, decir que tu felicidad se basa en circunstancias todas de tipo material, una mujer, unos hijos, la salud, la riqueza. El pobre loco que deambula por las calles tiene razón. Se puede tener una mujer, unos hijos, salud y todo lo demás, pero la felicidad no es nada de eso.»

L. TOLSTÓI, Diario íntimo, 18-VI-1863

«Hace tiempo presentí que llegaría un día en que Liova tendría contra mí sentimientos hostiles, hoy creo que me tiene un odio silencioso.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 3-XI-1864

«Vida mía, ojalá me amaras como te amo yo y nada más me importara y todo fuera perfecto.»

L. Tolstói, Carta a su mujer, 7-XII-1864

«Mis relaciones con Sonia se han enfriado y no sé por qué. Espero tranquilamente que pase.»

L. Tolstói, Diario íntimo, 9-III-1865

«Siempre la misma frialdad por parte de Liovochka... Qué daño me hace Liovochka con su completa indiferencia hacia todo lo que yo siento.»

S. A. Tolstaya, Diario íntimo, 9-III-1865

«Todo bien con Sonia de nuevo.»

L. Tolstói, Diario íntimo, 11-III-1865

«Me parece imposible una unión moral más estrecha que esta en la que vivimos.»

S. A. Tolstaya, Diario íntimo, 12-XI-1866

«Siento a mi hijo muy poco cercano.»

L. Tolstói, Diario íntimo, 16-XI-1864

«Estoy metida de lleno en las enfermedades de los críos, los pañales, las diarreas, haciendo de *nursery* con los revoltosos...»

S. A. Tolstaya, Carta a su marido, 28-XI-1864

«Me he olvidado de todo al leer la historia de Napoleón y de Alejandro. Me he sentido transido de gozo por la sola idea de poder crear una gran obra...»

L. Tolstói, Diario íntimo, 19-III-1865

«Amo a mis hijos con pasión, hasta el dolor.»

S. A. Tolstaya, Diario íntimo, 27-VIII-1866

«Leído a Ragusa...»

L. Tolstói, Diario íntimo, 25-III-1865

«Leído a Trollope...»

L. Tolstói, Diario íntimo, 29-IX-1865

«Leído a Guizot...»

L. Tolstói, Diario íntimo, 16-X-1865

«... Unas veces desteto, otras veces doy el pecho, otras cicatrizo, otras me pongo una venda. Y además están los niños, las mermeladas, las salazones, las golosinas, la copia para Liova; a duras penas encuentro un momento para las bellas artes, y solo es

cuando llueve...»

S. A. TOLSTAYA, CARTA A T. A. KUZMÍNSKAYA, 27-VII-1866

«... Esos embarazos y la lactancia de los niños eran lo único que me salvaba del tormento de los celos, sin ellos todo habría ocurrido antes. Los hijos nos salvaban, tanto a mí como a ella. En ocho años tuvimos cinco.»

L. TOLSTÓI, *La sonata a Kreutzer*

«Da la casualidad de que en nuestra existencia no hemos tenido necesidad de casa, nos ha bastado con el cuarto de los niños.»

L. TOLSTÓI, CARTA A SU MUJER, 1-XII-1864

«Hablamos a menudo de su novela y, no sé por qué (lo cual me llena de orgullo), confía mucho en mí y escucha mis opiniones.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 12-XI-1866

«Somos terriblemente felices en todo. En nuestras relaciones, con nuestros hijos, en la vida.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 27-VIII-1866

«... No puedo describirte toda la ternura, ternura hasta las lágrimas, que siento por ti, y no solo ahora, sino a cada instante del día. Amor mío, cariño mío, la mejor del mundo... Sin ti, tan solo siento tristeza, pavor, y, cuando sucede, esencialmente soy un hombre muerto, sin vida. Te quiero exageradamente cuando no

estás, ya ves qué tontería...»

L. TOLSTÓI, CARTA A SU MUJER, VI-1867

«Raramente sucede que hablemos de algo. Yo vivo por y para los niños, encerrada en mi insignificante persona.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 16-IX-1867

«Me río cuando releo mi diario. ¡Cuántas incoherencias! Ni que yo fuera una mujer desdichada. ¿Acaso hay mujer más feliz que yo? ¿Existen parejas más unidas y más felices que nosotros?»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 31-VII-1868

«Me parece que estoy otra vez embarazada. Con cada embarazo, una se obliga a renunciar más a su vida personal y se curva un poco más bajo el peso de las preocupaciones, de las inquietudes, de las enfermedades y de los años.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 5-VI-1870

«El 12 de febrero de 1871, los Tolstói tuvieron su quinto hijo: una niña, María. El parto fue muy penoso y la madre, aquejada de fiebre puerperal, había estado a punto de morir. Esta enfermedad tuvo una gran influencia en Sofía Andréyevna, quien, espantada por la idea de que sus padecimientos físicos pudieran repetirse durante un nuevo parto, tuvo la intención de evitar otro embarazo. Esta decisión de su mujer era absolutamente inaceptable para Lev Nikoláyevich. El matrimonio sin hijos le parecía un fenómeno monstruoso, vicioso; llegó incluso a pensar en una separación. Mucho más tarde, en su vejez, Lev Nikoláyevich y Sofía

Andréyevna contaban esto a sus amigos relatando precisamente las discusiones que tuvieron aquel año en que nació María Lvovna.»

V. JDANOV, *El amor en la vida de Lev Tolstói*

«... Todo empezó en aquel momento de hace catorce años, cuando la cuerda se rompió y yo me volví un solitario.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 7-VI-1885

«De nuevo, la soledad. Heme aquí con mi interlocutor silencioso, mi diario.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 15-IX-1876

«No notaba yo entonces que esos periodos de hostilidad me ocurrían con regularidad, alternados con otros periodos consecutivos de lo que llamábamos amor. Un periodo de amor, un periodo de animosidad; un periodo intenso de amor, un periodo largo de odio; una manifestación más débil de amor, un periodo breve de odio. En aquella época no comprendíamos que ese amor y ese odio constituían un mismo y único sentimiento animal, pero bajo diversos aspectos.»

L. TOLSTÓI, *La sonata a Kreutzer*

EL DRAMA

4 de noviembre

22. LA NOCHE

En la mañana del 4 de noviembre, el jefe de estación Ozolin recibe un telegrama. La redacción de *El Mensajero de Sarátov* inquiere:

> ¿Tolstói sigue vivo?

Tolstói sigue vivo.

Se ha dormido a eso de las diez de la noche. El sueño, al principio apacible, no tarda en volverse agitado. El enfermo se ha despertado varias veces, ha llamado a Chertkov para que acudiese a su lado. A las cuatro de la mañana, la temperatura ha subido a 38,3; el corazón ha dado signos de debilidad. A las ocho, el termómetro ha marcado 38, el pulso alrededor de 100. Los médicos han notado una ligera mejoría.

Un nuevo día acaba de empezar.

23. LA CONDESA

Sofía Andréyevna no ha pegado ojo en toda la noche. Al alba, cuando la casita del jefe de estación ha comenzado a animarse, ha intentado reunirse con su marido. Por cuatro veces ha tratado de salir de su vagón y por cuatro veces se lo han impedido.

Sus hijas entran y salen libremente de donde él se encuentra. Chertkov puede visitarlo cuando quiera. Únicamente ella... Si al menos pudiera verlo, hablarle, todo se arreglaría. Tras cuarenta y

ocho años de vida en común, ella ni siquiera tendría necesidad de hablar.

Está segura de que él piensa en ella todo el tiempo. Es lo que les ha dicho a los periodistas esa mañana. Lev Nikoláyevich no hace más que recordarla, se refiere a ella con lágrimas en los ojos. Cuando Tatiana ha entrado, este le ha suplicado que cuide a «mamá», que por nada del mundo le diga lo mucho que está sufriendo. Cree que se halla todavía en Yásnaia Poliana.

«Ignoro —dice la condesa— qué es más peligroso para Lev Nikoláyevich, si esta incesante inquietud por mi persona o si una repentina aparición mía que, según dicen, pudiera ser dañina para su salud. En mi opinión, si él me viera, su inquietud cesaría. Me dicen que cuando se acuerda de mí solloza y dice: "¿Qué será de nuestra *mamá*, ay? Sobre todo no le digáis nada, no la alarméis, procurad que no sepa nada de lo que me pasa". Esto me altera y me tortura igualmente. He pasado cuarenta y ocho años con mi marido. ¡Y ahora no me dejan estar a su lado!»

Los miembros de la familia Tolstói hacen una declaración a la prensa. Han decidido no ver al enfermo para que su presencia no sea motivo de agitación para él y así no causarle, con su inesperada llegada, más preocupación sobre su estado. Las únicas personas que se encuentran con él desde el principio son: Alexandra, Tatiana, Makovický y Chertkov, las únicas que aún tienen potestad para verlo.

24. UN VIAJERO ILUSTRE

Por la noche, el inspector Galkovski avisa al comisario Tolvinski:

> El general Globa ha telegrafiado desde Bogoiavlensk que el gobernador tomará el tren de mercancías y estará en Ranenburg alrededor de las cuatro de la mañana; suba al vagón para acompañarlo.

De madrugada, el comisario Tolvinski telegrafía al inspector Galkovski:

> Acompáñelo.

La buena noticia se propaga de estación en estación, de comisaría en comisaría. Por la mañana, su excelencia el conde Obolenski, gobernador de Riazán, desembarca en Astapovo.

Desde el primer aviso de la enfermedad de Tolstói, el gobernador ha comprendido que esta historia le causaría muchos quebraderos de cabeza. De inmediato ha dado instrucciones al comisario de policía del distrito de Dankov, del que depende Astapovo:

> Tome medidas para impedir cualquier demostración por parte de los habitantes, así como cualquier veleidad por parte de las autoridades locales, de rendir honores al enfermo. Organice la vigilancia. Téngame al corriente.

El comisario ha respondido que no hay nada que haga presagiar manifestaciones populares, pero el gobernador ha debido de sonreír ante la ingenuidad de su subordinado. La imaginación de su excelencia le hacía figurarse escenas de pillaje y asesinato. Una vez más, ha atosigado al comisario:

> Tome medidas para impedir que haya aglomeraciones de la población en los alrededores de Astapovo, donde se encuentra *el enfermo Tolstói*. Envíe patrullas de agentes a las carreteras para impedir el paso a las personas que se dirijan a Astapovo.

Al cabo de un respiro relativo de cuarenta y ocho horas, el gobernador ha recibido un largo telegrama del teniente general Kurlov, subsecretario del Interior.

> Ruego a vuestra excelencia adopte desde ahora medidas preventivas con el fin de impedir las manifestaciones, así como los desmanes antigubernamentales o antirreligiosos de los partidarios del enfermo, los cuales podrían alcanzar un número considerable. Para ello, tenga a bien dirigirse personalmente a Astapovo y entable allí discretamente conversaciones con la familia del conde acerca del carácter indeseable de semejantes demostraciones. Tenga preparados en las poblaciones vecinas destacamentos de policía montada suficientemente numerosos, sin dirigirlos a Astapovo antes de la muerte de Tolstói.

Unas horas más tarde, el gobernador ha tomado el tren,

llevándose consigo al general-mayor Globa, jefe del departamento de gendarmería de Riazán.

25. LA PRENSA EXIGE DETALLES

Los directores de los periódicos son insaciables. Los corresponsales son demasiado «blandengues», creen que basta con copiar el parte médico y añadirle unas pocas frases cogidas al vuelo. Hacen falta hechos, detalles o, en su defecto, algo de picante.

La Mañana de Rusia pide:

> Mande retratos de médicos y de empleados, así como vistas del lugar.

El Alba ordena:

> Telegrafíe urgentemente los detalles. Publicamos una edición especial.

¿Detalles?

> El enfermo ha pasado la noche agitado. En el día de ayer ha comido dos huevos y bebido agua de Narzan con leche. La familia expresa públicamente su gratitud al jefe de estación Ozolin, quien ha demostrado una atención y una solicitud extraordinarias. El tren especial de Sofía Andréyevna ha costado 500 rublos. Ruego encarecidamente me envíe fondos, he gastado ayer 40 rublos. En caso de catástrofe avisaré de inmediato.

26. EN CASO DE CATÁSTROFE...

A las diez de la mañana, el estado del enfermo empeora. Los médicos insisten en decir que hay esperanzas, pero lo dicen solo para los periodistas y sus lectores. La familia toma ya sus medidas.

Tatiana Lvovna avisa a su marido, que se había quedado en la finca con su hija:

> Agravamiento. Pensamos que es cosa de dos o tres días. Ven si sientes deseos de hacerlo, aunque te lo desaconsejo por compasión hacia ti. Aquí hay una multitud y han acudido dos gobernadores.

No hay ninguna comodidad. Nuestra pequeña necesita de los dos. Soy fuerte. Sigue habiendo esperanzas.

Mijaíl Lvovich telegrafía a su mujer:

Se ha producido esta noche un agravamiento. Si lo deseas, ven por Ogariovo a las dos de la tarde. Han llegado todos.

Sin embargo, los médicos no se rinden.

«Tráiganme solución fisiológica de sal, una jeringuilla y digitalina», reclama el doctor Nikitin.

27. PATHÉ HERMANOS

S. M. Davydov, propietario de la cantina de la primera clase en la estación de Astapovo, nunca ha tenido tanto que hacer. Decididamente, toda esta historia le reporta beneficios. Ha mandado traer más provisiones, ha triplicado las comandas. En otro tiempo, apenas si servía a un terrateniente de los alrededores, a algún comisario de policía o a un empleado de los ferrocarriles rezagado. Ahora, la cantina nunca está vacía. Y además recibe un telegrama, un telegrama de Moscú:

Le mandamos a su nombre un despacho para nuestro camarógrafo Meyer, rogándole se lo remita a su destinatario. Se lo agradecemos de antemano. FIRMADO: PATHÉ HERMANOS.

Un segundo telegrama llega una hora más tarde. El dueño lo guarda cuidadosamente en la caja para entregárselo, un poco después, a un hombre indiferente y atareado, cargado de aparatos.

Meyer quita la tapa de goma.

Fotografíe la estación, trate de obtener un primer plano con el nombre de la estación. Grabe a la familia, a las personalidades conocidas, así como el vagón donde pasan la noche. Envíelo todo a Tula para que nos lo hagan llegar desde allí. Confirme telegráficamente la recepción de nuestro despacho.

Meyer va a echar un vistazo a esos lugares.

28. SU EXCELENCIA

El conde Obolenski, acompañado del general-mayor Globa, jefe de la gendarmería del gobierno de Riazán, adopta las medidas que la situación requiere. Dado que el lamentable suceso se ha producido en territorio bajo su administración, hará todo lo necesario para que no haya alteraciones del orden en ningún momento. El general Globa está ahí para apoyarlo.

Ante todo, hay que sacar de la estación a los periodistas. ¿Se reunían en la cantina? Pues se cierra la cantina. ¿La dirección de la Compañía había puesto un vagón a su disposición? Pues se prohíbe el acceso al vagón. ¿Dónde dormirán entonces? Eso es cosa suya. ¿Que no hay dónde alojarse en Astapovo? Pues mejor. Se verán obligados a marcharse, lo cual sería perfecto. Envían gendarmes para ejecutar las órdenes.

¿Que un fotógrafo quiere tomar fotos de la estación? Está prohibido fotografiar estaciones. ¿Que ha llegado con sus cámaras un cineasta, un tal Meyer (¿un alemán?), representante de la casa Pathé Hermanos (¿franceses?)? Están prohibidas las tomas de vistas. ¿Es que los gendarmes no hacen bien su trabajo?

29. A MEDIODÍA

> Según el último parte médico, el caso no es desesperado. El enfermo ha dormido dos horas, se ha despertado y descansa, a menudo con los ojos cerrados. La familia al completo está reunida en la cantina de la estación; no parece alarmada y mantiene una conversación apacible. Han llegado más parientes. Cada poco tiempo, un miembro de la familia se dirige a la casa donde reposa el enfermo para obtener noticias. Sofía Andréyevna continúa quejándose de determinados amigos. «Esperamos —dice Tatiana Lvovna— que el sólido organismo del enfermo resista. En Yalta, estuvimos seguros de que lo perdíamos y, sin embargo, se curó. De eso hace precisamente diez años hoy.»

El Alba, que es un diario importante de Moscú, cuenta con información de buena tinta. *El Mensajero de Sarátov*, que no es más que un periódico de provincias, deberá contentarse con menos:

Vive, temperatura 38,3, estado grave.

30. LA IGLESIA INTERVIENE

La Iglesia ortodoxa había excomulgado a Tolstói. El anatema fue pronunciado en todas las iglesias que hay en las ciudades y pueblos de la Santa Rusia. Tolstói es el enemigo de la cristiandad, el enemigo de Dios.

Cuando los ferroviarios de Astapovo han pedido al pope Gratsianski que diga una misa por la curación del enfermo, chocaron con su negativa. Dicho rechazo ha alegrado mucho al gobernador Obolenski, quien ha enviado un despacho cifrado a su sustituto en Riazán:

> Le ruego me informe, una vez lo haya consultado con el arzobispo, si el pope local puede celebrar una misa por el restablecimiento de Tolstói. Le fue solicitada ayer, pero él no está dispuesto a concederla. Sugiera rechazar la autorización.

Obolenski tan solo es un pequeño diplomático de provincias. Once minutos después del envío de su telegrama, un mensaje llega de Petersburgo, a nombre del conde Lev Nikoláyevich Tolstói:

> Desde el primer instante de su ruptura con la Iglesia he rezado sin cesar y sigo rezando a Dios para que lo encauce de nuevo hacia la Iglesia. Tal vez lo llame pronto ante su tribunal. Le conjuro a usted a que, estando enfermo, se reconcilie con la Iglesia y con el pueblo ruso ortodoxo. Que el Señor le bendiga y le proteja. METROPOLITA ANTONI.

Su eminencia Antoni, metropolita de San Petersburgo y de Ladoga, arriesga mucho. ¿Quién sabe si ganará?

31. LA PRENSA SE DEFIENDE

Los periodistas, echados de su vagón, echados de la cantina, echados de la estación, hablan entre ellos. Unos son reaccionarios, otros liberales, pero todos coinciden en que deben permanecer en Astapovo y no dormir al raso. Envían una delegación al conde

Obolenski. El gobernador afirma que la orden proviene de la gendarmería.

Un telegrama sale para Moscú, a la dirección del general Lvov.

> Solicitamos de vuestra excelencia la autorización para poder permanecer en la estación la jornada completa y pernoctar en el vagón puesto a nuestra disposición por la dirección de la Compañía Ferroviaria. Nos hallamos en una situación sin salida, ya que no existe ningún otro local disponible.

Siguen las firmas.

Finalmente, los titulares de un pasaporte son admitidos en terreno de la estación. Un gendarme anota los nombres. Por lo que respecta a los demás, el capitán Savitski, cuya llegada se espera de un momento a otro, tomará una decisión *in situ* esa misma noche.

32. ¿UN MÉDICO MÁS?

> A mediodía, mientras Tolstói dormía, sus parientes y los médicos han convenido sobre la oportunidad de hacer venir a un especialista. Se ha mencionado al doctor Churovski, médico muy conocido en Moscú. «Conocemos perfectamente el mal que aqueja al conde Tolstói —ha dicho el doctor Nikitin—. Tratamos a nuestro paciente como lo exige la naturaleza de su enfermedad. No nos oponemos a la invitación a Churovski, si bien esta visita es peligrosa por inesperada. Al notar la presencia de un nuevo médico, Lev Nikoláyevich puede alarmarse, lo cual, insistimos, es extremadamente perjudicial para él.» Como consecuencia de esta declaración de Nikitin, se ha decidido no invitar a Churovski.

El corresponsal de *Tiempo Nuevo* moja su pluma en el tintero y traza a continuación, con vigorosa escritura:

> En mi opinión, los doctores Nikitin y Makovický asumen una enorme responsabilidad al afirmar la infalibilidad de sus métodos médicos y la exactitud de su diagnóstico. No se puede considerar tan solo el temor a lo inesperado; la llegada de Chertkov también fue imprevista y, sin embargo, Tolstói se alegró por ella y no se sintió peor. La llegada de Churovski, que ya atendió a Tolstói en Crimea hace ocho años, no debería, desde todo punto de vista, impresionar negativamente al enfermo.

El periodista se dirige a la oficina del telégrafo. Por la ventana de la cantina ve a Serguéi Lvovich completamente solo. Se pone a su lado, carraspea un poco y se entabla la conversación.

—Señor conde, ¿puedo hacerle una pregunta?

> Me he dirigido a Serguéi Lvovich para informarme sobre este grave asunto. Él me ha confirmado que los propios doctores Nikitin y Makovický han sugerido invitar a Churovski o a otro médico conocido, ya que el estado del enfermo es muy grave. Sin embargo, han prevenido que la aparición de una nueva persona, un nuevo examen, etcétera, podrían tener repercusiones peligrosas. Ante esto, la familia Tolstói ha decidido abstenerse por el momento de hacer cualquier nueva invitación.

Contradicciones y repeticiones. Qué importa. Ya lo arreglarán en la redacción.

33. EN MOSCÚ

El estado mayor se inquieta. El estado mayor amonesta severamente al general Lvov. A su vez, el general reprende al capitán Savitski:

> Hasta ahora no he recibido ninguna información de las que usted debería enviar cada día por correo y, en caso de urgencia, por telégrafo, acerca de lo que sucede en Astapovo. Me pone usted en una situación difícil frente al estado mayor.

Con las prisas, el general ha olvidado un punto importante:

> Es preciso que me haga llegar urgentemente la copia de sus reportes al estado mayor.

34. ¿POR QUÉ ASTAPOVO?

> Hoy, durante la cena en la sala de la primera clase, la condesa Tolstaya ha contado a los periodistas las causas de la marcha precipitada de Lev Nikoláyevich del monasterio de Chamardino, donde en un principio se había refugiado junto a su hermana. Según Sofía Andréyevna, Tolstói, fatigado del viaje, tenía la intención de pasar unos quince días en el convento, donde su hermana está de

religiosa, para poder descansar y trabajar allí. Habría llevado a cabo su proyecto si no le hubiera inquietado un desconocido que, desde su llegada, pasaba frecuentemente por las ventanas del aposento que ocupaba el escritor. Cada vez que lo hacía, aquel hombre echaba un vistazo dentro. «¡Es un espía!», pensó Lev Nikoláyevich. Poco tiempo después, vio llegar inesperadamente al señor Sergueenko, secretario de Chertkov. Esa visita afectó a Tolstói, que concluyó que era muy fácil dar con él, algo que nunca habría imaginado. Entonces preparó precipitadamente su partida. Pero no llegó más lejos de Astapovo.

A la una de la tarde, Chertkov ha salido de la habitación del conde Tolstói y ha dicho que este se sentía un poco mejor.

35. EL PROBLEMA DEL ALOJAMIENTO

La dirección de la Compañía Ferroviaria de Riazán-Ural ha puesto unos vagones a disposición de la familia Tolstói y de los periodistas. Recientemente se había terminado de construir un gran edificio en Astapovo. Se está pensando en transformarlo temporalmente en hotel, dado que, de un momento a otro, el vehículo donde pernoctan los corresponsales puede necesitarse para otros menesteres, como servir de transporte de tropas, algo que estaba previsto desde hace tiempo y que ya ha empezado a hacerse.

Se manda calentar la nueva casa. El jefe de distrito recibe la orden de pedir al jefe de locomotoras unas camas y las sábanas y mantas necesarias. Cuatro habitaciones están disponibles ya para recibir a los viajeros, con ocho camas en total. Muy pocas, en realidad. Mientras tanto, se suceden los telegramas del servicio.

Es indispensable abastecer provisionalmente Astapovo de una cantidad considerable de camas con colchón y demás accesorios.

Se ruega envíen urgentemente a Astapovo diez o quince lámparas de mesa sólidas, bien embaladas, a fin de evitar cualquier accidente durante el transporte.

Se ruega envíen en el furgón de equipajes, desde la estación de Ogariovo, colchones, mantas y almohadas a nombre del jefe de distrito de locomotoras de Astapovo.

Se ruega telegrafíen qué cantidad de camas, colchones, mantas y almohadas pueden enviar a Astapovo.

Organicen un tránsito cómodo entre la nueva casa y la estación, instalen alumbrado provisional.

36. LOS ASUNTOS COTIDIANOS

¡Cuánta gente en Astapovo! Unos están allí por amistad; otros, por obligaciones profesionales; otros, en fin, por orden del gobierno. Por lo demás, la vida continúa. Hay que aplazar las citas, tranquilizar a la familia, enviarles dinero.

Serguéi y Mijaíl Tolstói telegrafían a un amigo:

Estamos retenidos aquí por la enfermedad de padre. Ruega a Krétov y a Razbiráyev que suspendan el asunto, iremos en cuanto nos sea posible.

El pianista Goldenweiser, amigo del escritor, informa al compositor Ippolitov-Ivanov, director del Conservatorio de Moscú, del que él mismo es profesor:

Soy necesario aquí. Permaneceré algunos días.

Avrej, de la Agencia Telegráfica Petersburguesa, tranquiliza a su familia:

Todo va bien. Besos para todos. Mis señas: estación de Astapovo. Pasa el sábado por donde Poliákov para cobrar.

37. EL TELÉGRAFO

No da abasto. Un telegrama cada cinco minutos. La línea está congestionada. El telegrafista tiene un calambre en el brazo. Daría lo que fuera por unas horas de sueño en esa estación en la que nadie duerme. Empieza a odiar a los periodistas que no hacen más que decir idioteces.

La saturación y el cansancio se extienden por las oficinas de

telégrafos de los alrededores.

> ¿Puedo aumentar el personal de Lebedián con dos empleados en conformidad con el telegrama del inspector-mecánico del primer sector?
>
> Envíe al operario Samojválov a Lebedián. Haremos llegar a otro empleado del primer distrito para que esté allí todo el tiempo que dure el trabajo suplementario. Los empleados se turnarán de 9.00 de la mañana a 9.00 de la noche, y de 9.00 de la noche a 3.00 de la mañana. El estanquero deberá ayudar a los operarios durante la jornada.

Doce horas de trabajo por el día, seis por la noche.

38. 15426119 HAN SIDO TOMADAS

El conde Obolenski, gobernador de Riazán, lo ha previsto y dispuesto todo. Ha terminado su informe. Un informe cifrado dirigido al teniente general Kurlov, subsecretario del Ministerio del Interior y comandante del cuerpo de gendarmería.

> Llegué a Astapovo, donde he encontrado una calma absoluta. Además de la familia Tolstói, están aquí Chertkov y algunos corresponsales de prensa. Hasta ahora, estos últimos se han instalado en la cantina de la estación. Hoy, el director de la Compañía ha dado instrucciones para adaptar unos locales del ferrocarril y convertirlos en hotel. Semejante medida corre el riesgo de atraer a los curiosos, lo que, en mi opinión, no es nada conveniente. El edificio no está aún acondicionado. La población local no da muestra del menor interés. El pope ha recibido instrucciones en caso de fallecimiento del conde Tolstói.

Por su parte, el general Globa informa al director del departamento de la policía, N. P. Zuyev:

> 1418282725 4540425486 5121453731 54863512 6531786374 60385001860 9773217460 se comporta 2037177146 2731782112 4136714627 3184701061 1468272845 513128451012 estación 3160153226 4381276850 46376128 411240 cinco 3586619237 1825862116 91288679 463761284145 2586312812 61 21606554 no 712051704185 se han tomado 15426119. General-mayor GLOBA.

Es decir:

> La calma completa reina en Astapovo. La población se comporta con indiferencia con respecto al conde Tolstói. Se hallan en la estación la familia del conde, Chertkov, cinco corresponsales. No hay público extranjero. Se han tomado medidas.

Así pues, 15426119 significa «medidas».

Tolstói puede morir. Las 15426119 han sido tomadas.

No hay más que hacer allí. El gobernador y el general deciden dormir en Urusovo, en casa del señor Semionov, terrateniente y juez de paz honorario. Si hace falta, volverán al día siguiente, pero al menos habrán pasado una buena noche.

El comisario Tolvinski avisa al anfitrión:

> Se ruega, por favor, envíe hoy dos pares de caballos a Urusovo, a la llegada del tren número 7, para el gobernador y Globa.

Y alerta al brigadier de guardia:

> El gobernador pasa esta noche en casa de Semionov, en Urusovo.

El brigadier hace lo necesario:

Al brigadier Rogatchov, en Troyekúrovo:

> Vaya inmediatamente a la estación de Urusovo para esperar allí la llegada del gobernador.

Al suboficial Solomaji, en Urusovo:

> Vaya inmediatamente a la estación de Urusovo para esperar allí la llegada del gobernador.

En casa de Semionov, que es muy hospitalario, descansarán de las fatigas de la jornada.

Una última precaución:

Al brigadier Gritsinin, en Lebedián:

> Vaya hoy en el tren número 4 a Astapovo y póngase a disposición del suboficial Filippov. Traiga armas y municiones.

Aunque la calma sea total, la población pierda interés en la suerte de Tolstói y el pope haya recibido las instrucciones necesarias, nunca se sabe. Armas y municiones. Las 15426119 han sido tomadas.

39. 4 DE NOVIEMBRE, A LAS CUATRO DE LA TARDE

Los médicos publican un nuevo parte.

> El enfermo ha dormido mal durante la noche. Temperatura por la mañana 38,1; a las cuatro de la tarde 38,3. Pulso 100 y 120 con intermitencias. Respiración 32 a 36. Ausencia de apetito. El enfermo ha pasado el día en un estado de somnolencia. FIRMADO: MAKOVICKÝ, NIKITIN.

El capitán Savitski se decide a informar a su superior:

> Estado de salud sin cambios. Creen posible que pueda marcharse dentro de alrededor de cinco días.

Creen, creen...

El corresponsal de *La Mañana de Rusia* se hace con los detalles. La situación es grave, escribe, aunque Makovický afirma que no existe ningún indicio que permita sospechar que el estado de salud sea totalmente desesperado. Una llamada en la noche, el menú de Tolstói, unas pocas líneas sobre los terribles sufrimientos de Sofía Andréyevna, una frase sobre los gendarmes. Hay que darle al público su ración de noticias.

> ... Stop. Para conocimiento de la redacción: en realidad, situación desesperada, casi perdida toda esperanza.

HISTORIA DE UN MATRIMONIO

Hasta el «renacer moral»

«En esa época me sucedía una cosa extraña. Tenía momentos de duda y momentos de suspensión en la vida: no sabía cómo continuar viviendo y no me daba cuenta de lo que debía hacer...

»Sentí que no había nada firme bajo mis pies y que aquello en lo que había consistido mi vida hasta entonces había dejado de existir...»

L. TOLSTÓI, *Confesión*

«Yo mismo ignoraba lo que deseaba; tenía miedo de la vida, aspiraba a alejarme de ella y, sin embargo, esperaba constantemente algo nuevo de la vida...»

L. TOLSTÓI, *Confesión*

«... Estoy segura de que nuestra existencia es demasiado monótona y esa monotonía repercute sobre los nervios, de manera que te vuelve apática e indiferente a todo. Pese a ello, mi universo es más variado. Unas veces doy clases a Lelia, a Masha y a Tania, otras hago labores de costura, o leo, o llevo las cuentas, o toco el piano, o me ocupo de la casa, mientras que Liovochka se levanta de la cama por la mañana, se queda sentado, lee un poco; en cuanto se toma un café, se va a cazar con sus perros de caza o con sus galgos, esto casi a diario. Vuelve a la hora de cenar, luego se pone de nuevo a leer, algunas veces tocamos el piano a cuatro manos,

aunque termina por cansarme, y el día siguiente es exactamente igual que el anterior.»

S. A. TOLSTAYA, CARTA A T. A. KUZMÍNSKAYA, 2-XI-1877

«Hacía partícipes de sus titubeos y de sus nuevas conclusiones a sus amigos: S. S. Urusov, A. A. Tolstaya y, sobre todo, a N. N. Strájov. Dejaba para su mujer los asuntos de familia, los cuales, por muchas dudas que le invadieran, siempre ocupaban un espacio en su corazón.»

V. JDANOV, *El amor en la vida de Lev Tolstói*

«Me pasó lo que le pasa a un hombre que ha dejado su casa por un asunto y que, de camino, habiendo decidido repentinamente que no tenía que hacer ese trabajo, ha dado media vuelta. Todo lo que antes estaba a su derecha lo encontró ahora a su izquierda, todo lo que estaba a su izquierda apareció a su derecha: el deseo que había sentido de estar lo más lejos posible de su casa fue reemplazado por el de llegar a ella lo antes posible. La dirección de mi vida y mis deseos se han vuelto otros: el bien y el mal han cambiado de lugar. Esto ocurrió porque comprendí las enseñanzas de Cristo de una manera diferente de como las había concebido antes...»

L. TOLSTÓI, *Cuál es mi fe*

«No creo que haya en toda Rusia ni diez personas interesadas en eso. Pero no hay nada que hacer. Tan solo deseo que acabe con ello lo más rápidamente posible y que eso pase como una enfermedad. A nadie en el mundo se le puede exigir u ordenar que haga un trabajo intelectual, ni siquiera él es capaz.»

S. A. TOLSTAYA, CARTA A T. A. KUZMÍNSKAYA, 7-XI-1879

«Me deslumbró la revelación de la verdad y obtuve respuestas satisfactorias a las preguntas: ¿Cuál es el sentido de mi vida? ¿Y el sentido de la vida de los otros?»

L. TOLSTÓI, *Cuál es mi fe*

«Ay, le ha dado por escribir una especie de disertaciones religiosas, lee y piensa hasta dolerle la cabeza, y todo para llegar a establecer que existe una discordancia entre la Iglesia y las enseñanzas del Evangelio...»

S. A. TOLSTAYA, CARTA A T. A. KUZMÍNSKAYA, 7-XI-1879

«Me parece evidente que hay verdad en las enseñanzas de Cristo, pero también me parece evidente que hay una parte de mentira; debo encontrar la verdad y la mentira y separar la una de la otra. Es lo que yo trato de abordar...»

L. TOLSTÓI, *Confesión*

«Coso, coso hasta hacerme daño, hasta hundirme en la desesperación; tengo espasmos en el pecho, jaquecas, estoy triste, pero sigo cosiendo. Hay muchísimo trabajo y no veo el final: siete personas y yo, la octava.»

S. A. TOLSTAYA, CARTA A T. A. KUZMÍNSKAYA, 1879

«Durante dieciocho años, desde que me casé con Sofía Andréyevna Behrs hasta lo que llamaré mi “renacer moral”, he llevado una vida familiar regular y honesta.»

L. Tolstói, Diario íntimo

«Los dieciocho años de nuestra vida en Yásnaia Poliana fueron los más felices de nuestra existencia.»

S. A. Tolstaya, Diario íntimo

EL DRAMA

Del 4 al 5 de noviembre

40. SIGUE VIVO

La condesa Natalia Tolstói, de soltera Mosolova, sobrina nieta política del escritor, telegrafía desde Tula, donde ella se encuentra:

> Me compadezco de todo corazón por vuestra cruel pérdida. Creo profundamente que ahora es feliz en el mundo nuevo al que Dios lo ha llamado.

Son las cinco de la tarde. Andréi Lvovich vuelve a leer el telegrama. Decididamente, no lo entiende: su padre todavía vive.

El enfermo se siente mejor. Ha pedido un poco de leche y se la ha bebido. Se ha dejado lavar la cara. Luego ha caído en una pesada somnolencia.

Apenas ha hablado durante todo el día. Está perfectamente lúcido, aunque de vez en cuando cae en el delirio.

La temperatura está estacionaria, el corazón débil. Pero Tolstói sigue vivo.

41. ASTAPOVO A VUELO DE PÁJARO

La Mañana de Rusia (Moscú).

> Los telegramas no dejan de llegar, en la habitación del enfermo se relevan para abrirlos. Alexandra ruega telegráficamente a todos los parientes e íntimos que no vengan. En realidad, han llegado muy pocos. Alrededor de la casa donde reposa Tolstói, reina el silencio durante todo el día; la gente vela el descanso del querido anciano de una manera extremadamente conmovedora. Hoy, Sofía

Andréyevna quería entrevistarse con Makovický; ha estado esperando mucho tiempo bajo la marquesina; él no se ha presentado. Makovický, Chertkov y Alexandra Lvovna no salen de la casita del jefe de estación y nadie los ve. *Tiempo Nuevo* ha enviado la noche pasada el telegrama siguiente: «Confirmen la muerte de Tolstói». El despacho ha caído en manos de los familiares y ha causado una dolorosa impresión.

He recibido la comunicación que me ha enviado usted acerca de la no recepción a tiempo de mis telegramas. Me he quedado atónito: los primeros fueron enviados por la mañana temprano y se han reforzado las líneas telegráficas. Me indigna que los demás periódicos hayan recibido los suyos con mayor antelación. No he expedido nada desde las diez de la noche. Le ruego que suprima el pasaje en el que digo que Tolstói ha comido dos huevos, porque es inexacto, tan solo se ha limitado a beber leche y té. El telegrama concerniente al envío de medicamentos también ha llegado a Moscú con retraso. Envío las fotos por medio del revisor hasta Yelets.

42. EL MUNDO, EXPECTANTE

Por Moscú ha corrido el rumor de que Tolstói ha muerto. Nadie se fía ya de los periódicos. Todo el mundo querría estar allí para saber.

Pronin —¿se trata del consejero municipal de Tula?— inquiere a Mijaíl Lvovich:

> Le ruego me telegrafíe urgentemente acerca del estado de salud de Lev Nikoláyevich.

Esperará en vano una respuesta.

La dirección central de Correos y Telégrafos da la orden a la oficina postal de Astapovo de mantenerla constantemente al corriente del avance de la enfermedad, y de avisarla de inmediato en caso de complicación. Esa orden, añade la dirección, es de capital importancia.

El doctor Stokovski, médico de la Compañía Ferroviaria de Riazán-Ural, informa a sus superiores:

> El estado de salud de Lev Nikoláyevich Tolstói permanece estacionario, el pulso, débil e irregular, oscila entre 100 y 130. Los latidos son apagados y débiles. La temperatura varía entre 37,8 y

38,4. El enfermo no come ni duerme y está agitado. La inflamación apenas avanza. Tratamiento: digitalina, ipeca por vía oral, inyecciones subcutáneas de alcanfor.

Las autoridades, cualesquiera que sean, se han asegurado de estar permanentemente informadas. En cambio, ¿qué sucede con los particulares? ¿Con aquellos que, desde los cuatro rincones de Rusia, están expectantes desde hace tres noches? ¿De quién pueden fiarse?

Molótchnikov, discípulo de Tolstói, que ha estado en prisión por haberse negado a cumplir el servicio militar, implora a Makovický:

Infórmeme si el viejo sigue vivo...

43. LA CONDESA

La puerta de la casita roja está cerrada con llave. Las llaves están en casa del jefe de estación. No dejan entrar a nadie. En el vestíbulo, el joven secretario de Chertkov, Sergueenko, monta guardia. A veces, Makovický y Nikitin se retiran a descansar unos minutos. Chertkov, en cambio, nunca abandona al enfermo.

La familia se informa a través de los periodistas. Son ellos quienes les comunican los detalles y expresan sus conjeturas. Por ellos, Sofía Andréyevna ha sabido que el metropolita Antoni había telegrafiado a Tolstói. El telegrama ha estado retenido en manos de Alexandra Lvovna. La condesa ha leído la exhortación del prelado porque un servicial periodista la ha copiado a propósito. Suspira, menea lentamente la cabeza; sus ojos se llenan de lágrimas. No es que desee la reconciliación de Tolstói con la Iglesia. Pero verse obligada a hablar de ello con desconocidos, con periodistas...

De nuevo, manda recado a Makovický. Una vez más, él se excusa, aduciendo que no puede abandonar al enfermo. Sofía Andréyevna lo aguarda, sentada en un banco del jardín, frente a la casita roja. El lugar está desierto. La condesa espera mucho rato. En ocasiones, cree ver pasar una sombra detrás de los visillos de la ventana del dormitorio donde reposa su marido.

44. LA ESTACIÓN SE LLENA

La familia al completo está allí. Llegan más periodistas: la prensa de provincias se alborota. Uno por uno, los amigos de Tolstói, sus discípulos, se acercan a Astapovo. Ni piden ver al enfermo ni hablar con él. Les basta con estar ahí. Matreninski, uno de los directores de la Riazán-Ural, ha acudido también. Muchos desconocidos ocupan los bancos de la sala de espera.

En el andén, los gendarmes tratan de entrar en calor.

45. LA ESTACIÓN SE AMUEBLA

Por la mañana se han mandado las órdenes. Por la tarde llegan las respuestas.

Desde Sarátov, el tren número 7 ha traído siete lámparas de mesa y cuatro lavabos. Cinco camastros, dos sillas, dos mesas de juego y una mesa ovalada han salido de Vertunóvskaya en el tren número 11. El número 8 ha cargado en Pavelets dos camas con colchones, mantas, almohadas y sábanas de repuesto. Volovo ofrece siete camas más con colchones y mantas.

Es poco. Se pide ayuda al jefe de estación de Ogariovo. Le ruegan que, por favor, expida quince colchones limpios debidamente enfundados, quince mantas limpias y quince almohadas también limpias, sin almohadones.

En la nueva casa se han acondicionado ya cinco habitaciones con dos camas cada una. Otras siete estarán listas al día siguiente.

46. EN LAS REDACCIONES DE LOS PERIÓDICOS

Los directores de periódicos se consumen de impaciencia. Su primera preocupación es devorar los telegramas de la competencia. ¡Otro detalle que se le ha escapado a ese imbécil, que no sabe cumplir con su obligación! Sus telegramas llegan después de los de todos los demás...

Telefonazo a la dirección de la Riazán-Ural.

—Señor administrador, me permito recordarle... Sí,

perfectamente... Comprenderá usted hasta qué punto estamos deseosos de... Sí, sí... Entendido... Muchas gracias... Cuento con usted... Y si alguna vez puedo serle útil... Pero no, qué cosas dice...

El interlocutor ha colgado.

—Señorita, ponga un telegrama. Estación de Astapovo. Corresponsal de *La Palabra*, Efros. «Sus telegramas llegan con un retraso de... de diez a doce horas. ¡Injustificable! La dirección de la Riazán-Ural ha dado orden de acelerar la transmisión. El administrador de la Compañía, Mijaíl Pavlovich Fedórov, me ha autorizado, en caso de necesidad, a protestar en su nombre. *Firma*.» Envíese inmediatamente.

No son muy diferentes las cosas en *Tiempo Nuevo*. Suvorin, el mismísimo dueño, azuza a su corresponsal:

—¿Por qué telegrafía usted tan poco y tan indolentemente?

Los periodistas se disculpan.

Raetski, de *La Mañana de Rusia*:

> Yo telegrafío al mismo tiempo que todos los demás. Poseo toda la información, es imposible que haya omisiones importantes.

Efros, de *La Palabra*:

> El telégrafo local ha tomado medidas para activar el servicio; dicen que el retraso no es debido al telégrafo ferroviario, sino a la línea estatal.

En su afán por ser cada uno el primero en dar la información, los periódicos anuncian la muerte de Tolstói. La falsa noticia se propaga por todo el mundo. La reciben en Berlín, París, Londres, Roma, Nueva York. Los de Astapovo son los últimos en enterarse.

47. LA IGLESIA

El telegrama del metropolita Antoni ha quedado sin efecto; ni siquiera le ha llegado al enfermo. Sin embargo, la Iglesia no se considera vencida por tan poco. Su excelencia monseñor Cyril, obispo de Tambov, decide emprender el viaje e irá en un vagón especial.

El monje Iossif, del monasterio de Óptina Pústyn, que tuvo ocasión de conocer al enfermo, busca informarse cándidamente por medio de Ozolin:

> Me han dicho que el conde Lev Nikoláyevich Tolstói ha caído enfermo en su estación. Telegrafíe a la estación de Kozelsk si podré verlo el 5 por la tarde; si ya ha partido, comuníqueme la dirección que ha tomado.

Le responde Makovický dos horas más tarde:

> La familia le ruega que no venga. Verse con él sería imposible.

Los periodistas están alborotados. No se puede estar al corriente de todo.

> Metropolita Antoni ruega telegráficamente Tolstói vuelva a la Iglesia. Obispo Tambov espera en la estación vecina.

La Palabra Rusa, sin duda víctima de un error de transmisión, pregunta:

> Telegrafíe urgentemente: ¿qué metropolita ha enviado un telegrama?

Sin embargo, el vicegobernador de Riazán, Kolobov, termina así un despacho cifrado:

> ... a menos que el apóstata haga penitencia ante el pope local y se le permita comulgar. El metropolita ha informado a su eminencia que se ha enviado a Astapovo al monje Iossif, del monasterio de Óptina, con el encargo de exhortar a Tolstói y de celebrar los oficios necesarios sin la autorización episcopal...

48. EL PRIMO DE YÁSNAIA POLIANA

El enfermo ha intentado levantarse, luego ha recaído en un estado de semisomnolencia. Al anochecer, le han puesto una bata. Por la puerta, ha visto a un primo. Lo ha reconocido al instante: un primo de Yásnaia Poliana.

Pregunta con asombro:

—¿De dónde viene? Yo no lo he traído.

Se acuerda perfectamente de que ese primo no ha venido con él.

Se produce un silencio embarazoso. ¿Cómo confesar al enfermo que toda su familia está allí, y sobre todo que *ella* está al corriente? Alguien encuentra un subterfugio.

—Tatiana Lvovna ha llegado hace poco. Es ella quien ha traído al primo. Pensaba que podrías necesitarlo.

—¿Tania?

El enfermo ha recibido la noticia con calma, casi con alegría. Quiere ver a su hija, hablar con ella.

Corren a buscar a Tatiana Lvovna.

—¿Has dejado a mamá en Yásnaia Poliana?

El enfermo le ruega que le lea algunas páginas de la publicación *El Círculo de Lectura*. Escucha en silencio; no saben si está consciente. Tatiana se interrumpe por unos instantes.

—¿Eso es todo? Continúa hasta el final.

Ella lee con un nudo en la garganta.

Parece que, por un momento, él recupera las fuerzas; tiende el brazo, coge una toalla, se limpia los labios. Agotado, dormita.

Tatiana Lvovna se levanta para salir. La voz de su padre la detiene. Le pregunta por la salud de la familia, habla de Dios.

—¿Has dado algo a los empleados del ferrocarril? Trabajan tanto, los pobres. Y no tienen nada.

Su voz es temblorosa. Repite:

—No tienen nada, nada.

De nuevo, se adormece.

Luego, de pronto:

—¿Estás segura de que mamá no sabe nada?

49. FOTOGRAFÍAS

Los gendarmes son inflexibles. Está prohibido fotografiar la estación sin un permiso especial. El camarógrafo Meyer está que echa chispas. Telegrafía a Pathé Hermanos. ¿Podrán hacer algo al respecto en Moscú?

El capitán Savitski está perplejo. ¿Debe autorizar las fotografías? «Los fotógrafos piden autorización para fotografiar la estación, la vivienda del jefe de estación y el vagón donde se aloja la familia.» Que Moscú decida.

Moscú se aviene finalmente a autorizar al camarógrafo y a los fotógrafos a cumplir con su trabajo. Astapovo se anima con el ruido de los disparadores de las cámaras.

50. LOS FERROVIARIOS

Cuando Tolstói descendió en la estación de Astapovo, algunos miembros de las Centurias Negras[1] hicieron correr el rumor de que cualquier empleado que pusiera su vivienda a disposición del enfermo sería inmediatamente despedido. Pero el jefe de estación dio ejemplo de lo contrario. Y cada uno de sus subordinados haría otro tanto.

Desde ese momento, obreros y empleados se ponen en cuerpo y alma a disposición de Tolstói. El mismo subjefe de estación fue personalmente a Moscú a buscar bombas de oxígeno para el enfermo. Procuran hacer el menor ruido y, por la noche, no encienden ninguna luz. Un cinturón de silencio rodea la casita roja. Se tiene sumo cuidado de que los frenos no chirríen demasiado fuerte, de que los topes no golpeen, de que el vapor no salga ruidosamente...

La mayoría de los ferroviarios no ha leído jamás a Tolstói. Les basta con saber que es alguien que defiende al pueblo.

51. EL ORDEN REINA EN ASTAPOVO

El capitán Savitski se establece permanentemente en Astapovo. Por ahora es el encargado de dirigir las operaciones. Está al tanto de todo. Tan solo le preocupa una cosa: el mantenimiento del orden. Es responsable de ello ante el estado mayor del cuerpo de gendarmería. Sus informes son breves, regulares y optimistas.

> La situación del conde Tolstói es muy grave, pero no

desesperada. Se ha aplacado la neumonía, la actividad cardiaca es baja. No se permite la presencia de ningún extranjero junto al enfermo. El gobernador de Riazán ha partido hoy. Reina una calma completa en la estación y en la aldea. La curación es imposible antes de dos o tres semanas.

En las altas esferas se considera que la situación es demasiado delicada como para que recaiga sobre un simple capitán de gendarmería. Jarlámov, adjunto del Ministerio del Interior y vicedirector del departamento de policía, irá de incógnito a Astapovo.

¿Qué mejor que un vagón especial para mantener el incógnito?

Se ruega den instrucciones para enganchar hoy al tren número 8 un vagón especial destinado al viaje del director del departamento hasta Astapovo y vuelta. Telegrafíen la respuesta. TENIENTE CORONEL SCRIABIN.

En Astapovo, el brigadier Filippov no se siente seguro. Manda llamar de Dankov, la aldea vecina, a sus colegas Serioguin y Dykin:

Volved a Astapovo la mañana del 5 provistos de armas y municiones.

El brigadier no es el único en pensar que la presencia de la fuerza armada puede ser útil cerca del moribundo. Su excelencia Murátov, gobernador de Tambov, decide acudir en auxilio del gobernador de Riazán, el conde Obolenski:

Si necesita usted ayuda para el mantenimiento del orden, puedo enviarle varios agentes de Lebedián y de Kozlov. Informo simultáneamente a los comisarios de esas dos ciudades. En caso de necesidad, diríjase directamente a ellos.

52. EL TELÉGRAFO

Es imposible evitar que los telegramas se retrasen. Hay demasiados, en los dos sentidos. Hasta ahora, el telegrafista nunca había transmitido más que notas de servicio y, esporádicamente,

felicitaciones o condolencias. Su aparato tan solo había reseñado los asuntos propios del ferrocarril: horarios de trenes, retrasos de convoyes, bodas y fallecimientos de los empleados. Ahora le toca aprender un vocabulario totalmente nuevo.

La dirección de la Riazán-Ural presiona a los inspectores-mecánicos:

> Adopten todas las medidas necesarias para acelerar la transmisión de los telegramas que provengan de Astapovo y estén destinados a la prensa.

Sarátov acosa al jefe de la circunscripción postal:

> Vista la sobrecarga de nuestras líneas por los despachos de los periodistas de Astapovo, expedidos en todas las direcciones, y debido al trabajo limitado de la estación, se produce un retraso considerable. Ruego dé instrucciones para mejorar la circulación de telegramas.

Se aumenta el número de empleados. Se conectan más líneas.

53. NOCHE DEL 4 AL 5 DE NOVIEMBRE

Al anochecer, se observa una mejoría. A las once, la temperatura baja hasta 37,8. El pulso es más regular, el enfermo recobra las fuerzas. La lavativa que le ha sido administrada ha producido su efecto.

Tolstói se duerme. Entra en un sueño apacible. A la una de la madrugada se despierta bruscamente. Llama. Acuden rápido. El enfermo permanece despierto. En silencio, escucha la lectura de algunos aforismos. Luego vuelve a dormirse, pero su sueño ahora es agitado. Gime, delira.

A las cuatro de la madrugada regresa la calma. El enfermo reposa tranquilamente. Estará así hasta el amanecer. La temperatura ha seguido bajando: 37,3. Pero el corazón continúa muy débil. La digitalina sustituye a las inyecciones de alcanfor.

La grisura del día pinta de tintes pálidos los enrojecidos ojos, los enredados moños, los arrugados vestidos, las barbas de tres

días. Ha llegado el 5 de noviembre. Tolstói sigue durmiendo.

54. ESPERANZA

Los médicos son menos pesimistas. El enfermo no empeora. Hay que tranquilizar a los familiares que no están presentes.

Tatiana Lvovna telegrafía a su marido:

> Seguimos a la espera. Los médicos no se atreven a dar un pronóstico. La familia dispone de dos vagones confortables. Nos quedamos aquí por tiempo indefinido. Si quieres, ven.

Por su parte, Andréi Lvovich envía un telegrama a su mujer, que se ha quedado en Tambov:

> Por la mañana 37,1; ayer 38,4. Neumonía estacionaria. Madre más tranquila. Beso.

Un nuevo periodista llega a la estación. De inmediato, se ha informado de algunos detalles desconocidos. El enfermo, que desde el principio había sido instalado delante de la ventana, ha pedido que le pongan la cama contra la pared, como en Yásnaia Poliana. A petición suya, se le ha proporcionado un velador, un tapete, unas velas y unas cerillas.

El periodista se dirige a la ventanilla del telégrafo. Manda unas pocas palabras a la redacción. Luego vuelve en busca de noticias. Lo más difícil es presentarse ante los desconocidos.

Telegrafía a su esposa:

> Llegada. Cansado. Envíame tarjetas de visita. Te beso tiernamente.

55. A MEDIODÍA

A mediodía, Andréi Lvovich reúne a los periodistas para comunicarles las últimas noticias. Los lápices se deslizan sobre el papel: respiración rápida, temperatura 37,1, pulso por encima de 100, a menudo desigual, débil. Inflamación del pulmón izquierdo, como el día anterior, estertores en el pulmón derecho. Estado

apático, debilidad, hipo en ocasiones doloroso, lucidez completa, fatiga crónica. Se ha trasladado al enfermo a otra habitación donde se le ha acostado en una cama traída de Moscú. Se ha ventilado su habitación y se han limpiado los muebles. Por la tarde se le instalará allí de nuevo.

56. ASTAPOVO SEGÚN LOS PERIODISTAS

La situación general de la enfermedad de Tolstói al cabo de seis días es la siguiente: primero hubo un fuerte enfriamiento en el transcurso del viaje, seguido de una neumonía catarral en la base de ambos pulmones. Un pulmón ya está descongestionado, el otro todavía no. La temperatura ha subido hasta 39,6. La fiebre ha aumentado, pero luego ha disminuido. El enfermo ha quedado muy debilitado. La actividad cardiaca también se ha ralentizado. El sueño no es apacible. Unas veces dormita y otras gime y delira. Cuando se siente mejor, habla a los demás con suavidad y ruega que le lean *El Círculo de Lectura* o los periódicos. Ha pedido que no le lean lo que se dice de él. Está convencido de que los periódicos han revelado ya dónde se encuentra. Sigue en la confianza de que las noticias no lleguen a Yásnaia Poliana. El conde piensa que Sofía Andréyevna se encuentra en la finca con sus tres hijos. En Astapovo, tan solo ha visto a Serguéi Lvovich y a Tatiana Lvovna.

He hablado con los condes Tolstói acerca del estado de salud de Lev Nikoláyevich. El conde Ilia Lvovich, comparando la enfermedad actual con la muy similar que se le declaró hace ocho años en Crimea, ha dicho que en aquella época la temperatura, por muy elevada que fuera, no privaba del todo de su lucidez a su padre; no dejaba de trabajar ni de leer. Ahora, en cambio, descansa casi todo el tiempo en un estado de inconsciencia. En cuanto a saber si esto es debido a una enfermedad más grave o a una edad más avanzada, únicamente los médicos pueden zanjar el asunto.

Ayer telegrafié que se había retrasado por el momento la invitación al doctor Churovski, pero precisamente ayer se decidió hacer venir de Moscú al doctor Berkenheim, quien vivió antaño en Yásnaia Poliana y atendió a Tolstói. Berkenheim ha llegado hoy y ha ido inmediatamente junto al enfermo. Se quedará para cuidar de Lev Nikoláyevich.

A mediodía de hoy, después de que Tolstói se despertara e intercambiara unas palabras con Tatiana Lvovna, a quien ha llamado él mismo, los médicos han examinado al enfermo. He aquí el resultado del examen: temperatura 37,1; respiración acelerada. En cuanto a los pulmones, la inflamación del izquierdo se mantiene

estacionaria, la del derecho ha llegado a bronquitis. Lucidez completa, pero estado apático; el enfermo se fatiga enseguida. Como pueden ver, la situación es muy grave, incluso espantosa.

Por otra parte, el conde Mijaíl Lvovich, que acaba de entrevistarse con el doctor Makovický, me ha dicho que este último aún confía en la curación. Ha añadido que antes de ayer el doctor estaba muy entristecido, pero que en los dos últimos días se ha vuelto más alegre.

Tomo nota con satisfacción de la última decisión de los médicos: se reunirán hoy en el vagón donde están los Tolstói y debatirán sobre la invitación a un profesor de Moscú. No está decidido aún a quién se la van a cursar. No obstante, es justo saludar esta iniciativa por parte de los doctores.

Además de los parientes de Tolstói, en Astapovo se hallan reunidos hasta la fecha sus amigos y conocidos: Chertkov, Gorbunov-Posadov y el pianista Goldenweiser. Chertkov ha venido a petición expresa de Tolstói, los otros dos se han presentado por propia iniciativa. Al saber de su presencia, Tolstói los ha mandado llamar a su lado.

Esta noche ha permanecido junto a su lecho el médico de Dankov, Semenovski.

Se ha recibido un telegrama del padre Iossif, del monasterio de Óptina, con el que Tolstói conversó muy gustosamente tiempo atrás. El monje preguntaba si podía acudir junto al escritor enfermo. Se le ha respondido que la gravedad de la enfermedad no permitía ninguna entrevista con el conde. El rumor de la llegada a Astapovo del obispo Cyril es falso. El prelado se hallaba de paso en Lebedián y no tenía ninguna intención de desviarse a ver a Tolstói.
FIRMADO: EJOV, CORRESPONSAL DE *TIEMPO NUEVO*.

57. ASTAPOVO SEGÚN LA POLICÍA

El subdirector del departamento de policía Jarlámov ha llegado de incógnito a Astapovo. Viene a hacer una investigación. El primer informe de Jarlámov, en el que ha cifrado su propio nombre, es firmado y transmitido por el capitán Savitski. Va dirigido al adjunto del ministro del Interior, el teniente general Kurlov.

Temperatura 37,1, respiración acelerada, pulso por debajo de 100, muy desigual, gran debilidad, apatía. Lucidez completa, aunque a veces el enfermo cae en un estado de inconsciencia.

Alexandra Lvovna, su dama de compañía Varvara Mijailovna, Makovický y Chertkov están permanentemente junto al enfermo, en

la casa del jefe de estación. A los demás, entre los que se encuentran su esposa y sus hijos, que se hallan instalados en un vagón, no se les permite el acceso a Tolstói para no agitarlo. Alexandra Lvovna lleva las riendas de todo lo que concierne al enfermo.

Pocos recién llegados; la mayoría periodistas, también los médicos de Moscú, Berkenheim y Nikitin, el pianista Goldenweiser, el representante de la editorial Posrednik, Gorbunov-Posadov, el tolstoyano Projórov, comerciante moscovita, el literato Sergueenko. Ningún miembro del clero.

El orden reina en la estación; el ambiente está completamente en calma; la población de los alrededores no manifiesta ningún interés por el acontecimiento.

El telegrama del metropolita Antoni dirigido al conde exhortándolo a volver al seno de la Iglesia no ha sido entregado al enfermo por orden de Alexandra Lvovna.

El padre Iossif, monje del monasterio de Óptina, ha preguntado telegráficamente al jefe de estación si podría ver al conde en Astapovo la tarde del 5 de noviembre. Siguiendo instrucciones de Alexandra Lvovna, el hombre le ha contestado que no podría ser recibido, dada la enfermedad del conde.

El gobernador llegó aquí ayer y piensa regresar esta noche. Dado que vengo de Moscú, he transmitido al gobierno de la ciudad las instrucciones del señor ministro.

Se dice que, en caso de fallecimiento, el entierro tendría lugar en Yásnaia Poliana, conforme a la voluntad de Tolstói.

Ruego se me indique si debo ponerme en contacto con Alexandra Lvovna de cara a obtener la admisión del padre Iossif. Es absolutamente inútil hablar con el resto de la familia.

Es probable que no pueda mantenerme de incógnito por más tiempo. Jarlámov. FIRMADO: CAPITÁN SAVITSKI.

58. ASTAPOVO SEGÚN LOS MÉDICOS

El enfermo ha pasado una noche agitada. La temperatura esta mañana es de 37,2. El estado del pulmón enfermo es estacionario. El funcionamiento del corazón inspira serios temores. Consciencia lúcida. FIRMADO: NIKITIN, BERKENHEIM, SEMENOVSKI, MAKOVICKÝ.

HISTORIA DE UN MATRIMONIO

Trece hijos

«Usted no puede imaginar hasta qué punto estoy solo, hasta qué punto mi verdadero yo es despreciado por los que me rodean.»

L. TOLSTÓI, CARTA A ENGELHARD, 1882

«En muchas ocasiones me he sentido sola, pero nunca tanto como ahora. ¡Veo con tanta claridad y siento tan vivamente que nadie me quiere y que a nadie le intereso!»

S. A. TOLSTAYA, CARTA A T. A. KUZMÍNSKAYA, 1882

«... Lamento mucho que ya no me cuentes tus pensamientos como antes: los habría necesitado tanto y me habrían hecho mucho bien moralmente. Me creerás terca y obstinada, pero siempre he sentido que lo que hay de bueno en ti pasa poco a poco, parcialmente, a mí, y eso me hace la vida más fácil.»

S. A. TOLSTAYA, CARTA A SU MARIDO, 28-VIII-1880

«Hay momentos en los que me dan ganas de marcharme con vosotros, con mamá, a Moscú o adonde sea, huir de mi habitación en penumbra, en la que, inclinada sobre la carita roja de mi recién nacido, me crispo y me encuentro dolorida catorce veces al día, que son las que doy el pecho. He decidido ser consecuente, es

decir, dar de mamar a este último hijo y aguantar otra vez los dolores, cosa que hago con harta paciencia.»

S. A. Tolstaya, Carta a T. A. Kuzmínskaya, 8-VIII-1880

«Estoy muy triste sin ti, mi querida amiga, me preocupa que pueda pasarte algo. Temo que te fatigues más de lo debido... Adiós, cariño, adiós, mitad de mi alma y de mi carne. Tan solo deseo una cosa: volver a vernos sin nada que lamentar.»

L. Tolstói, Carta a su mujer, 6-VIII-1881

«Cuando pienso en ti (lo que me ocurre constantemente), mi corazón sufre porque últimamente me das la impresión de ser desgraciado. Me da pena por ti y al mismo tiempo me causa estupefacción. ¿Por qué, cuál es el motivo? A nuestro alrededor todo es muy bueno y feliz. Por favor, haz un esfuerzo por estar contento y alegre: dime qué tengo que hacer para ello, en la medida de mis fuerzas, aunque sea perjudicial para mí.»

S. A. Tolstaya, Carta a su marido, 2-III-1882

«Hace veinte años, joven y feliz, empecé a escribir este libro, toda la historia de mi amor por Liovochka. En sus páginas no hay nada más que amor. Y mira por dónde, ahora, al cabo de veinte años, me paso la noche sola releyéndolo y llorando por mi amor. Por primera vez en su vida, Liovochka ha huido de mi lado y se ha quedado a dormir en su gabinete de trabajo. Hemos discutido por nimiedades. Le he reprochado que no se ocupa de los niños, ni ayuda a cuidar a Iliusha ahora que está enfermo, ni me ayuda con la ropa. Pero no se trata de la ropa, sino de su frialdad hacia mí y hacia sus hijos. Y me ha soltado, a voz en grito, que su mayor deseo es abandonar a la familia. Ni en mi lecho de muerte olvidaré

esa exclamación sincera que me ha roto el corazón. Ruego a Dios que me envíe ya la muerte, tan terrible me es vivir sin su amor, y hoy he sentido con toda claridad que ha dejado de amarme. No le puedo demostrar que, después de veinte años, lo amo mucho más que entonces. Sé que esto es humillante para mí e incómodo para él. Está muy imbuido de cristianismo y de ideas de perfección. Lo envidio por ello...»

S. A. Tolstaya, Diario íntimo, 26-VIII-1882

«Liovochka sigue inspirado por el espíritu cristiano.»

S. A. Tolstaya, Diario íntimo, 5-III-1883

«Qué insoportable es la familia.»

L. Tolstói, Diario íntimo, 16-IV-1884

«A mi mal humor viene a sumarse, como todos los meses, mi miedo permanente a quedarme embarazada.»

S. A. Tolstaya, Carta a su marido, 3-X-1883

«Señor, líbrame de esta vida detestable que me angustia y me destruye. Lo único bueno son mis deseos de morir. Más vale morir que vivir así.»

L. Tolstói, Diario íntimo, 16-V-1883

«... Somos como esos extranjeros decentes que mantienen las mejores relaciones, pero sin ser sinceros del todo...»

S. A. TOLSTAYA, CARTA A SU MARIDO, 22-III-1884

«El sentimiento amoroso se agotó con la satisfacción de la sensualidad y ambos volvimos a nuestra verdadera relación, es decir, a ser dos egoístas absolutamente extraños uno para el otro que tan solo desean procurarse mutuamente el mayor placer posible...»

L. TOLSTÓI, *La sonata a Kreutzer*

«He soñado que mi mujer me amaba. Cuán fácil y luminoso se había vuelto todo. Nada que ver con la realidad que destruye mi vida. Ni siquiera intento escribir. Es mejor morir.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 17-V-1884

«Lev vino hasta donde yo estaba, nervioso, sombrío a más no poder... Su rostro era espantoso. Hasta ese día estábamos bien juntos, sin que hubiera ninguna palabra desagradable entre nosotros, nada, absolutamente nada... "He venido a decirte que quiero separarme de ti, no puedo vivir así. Me voy a París o a América..." Como puedes comprender, Tania, si la casa se hubiera hundido sobre mí me habría sorprendido menos. Estupefacta, le pregunté: "¿Qué sucede?". "Nada —dijo—, a fuerza de cargar el carro, el carro se para y el caballo ya no tira." Ignoro que sea yo la que cargue el carro, la verdad. Luego llegaron los gritos, los reproches, e iban en aumento. Yo dejaba pasar la tormenta y no respondía casi nada. Tenía claro que me las tenía que ver con un loco... A menudo me hago esta pregunta, hasta casi volverme loca yo: ¿de qué soy culpable? No he abandonado la casa, he trabajado en la preparación de la edición hasta las tres de la mañana... Estaba tranquila. Los amaba mucho a todos. Pensaba en todos. ¿Y ahora esto por qué?»

S. A. Tolstaya, Carta a T. A. Kuzmínskaya, 1884

«Fui a bañarme y volví alegre y con buen aspecto. De pronto, mi mujer se puso a hacerme reproches absurdos sobre el asunto de unos caballos que no necesito y de los que querría deshacerme. No he dicho nada, pero ha sido algo muy penoso para mí; me he marchado con la intención de irme de allí para siempre, pero su embarazo me ha obligado a dar media vuelta cuando ya iba camino de Tula.»

L. Tolstói, Diario íntimo, 29-VI-1884

«Hasta el día que me muera, ella seguirá siendo una piedra de moler atada a mi cuello y al de los niños. No hay más remedio, es inevitable. Tengo que aprender a no hundirme con una piedra de moler al cuello. ¿Y los niños? Probablemente, todo esto es necesario para ellos. Sufro solo porque soy miope. He tenido que calmarla como a una enferma.»

L. Tolstói, Diario íntimo, 19-VII-1884

«He ido a coger champiñones... Mi mujer no ha venido conmigo, ella se ha ido por otro lado sin saber muy bien adónde iba, el caso era no acompañarme, y así toda nuestra vida.»

L. Tolstói, Diario íntimo, 7-IX-1884

«Lo esencial, querido, es que procures cuidarte desde cualquier punto de vista; yo solamente necesito una cosa para estar contenta: que tú seas feliz, con buen aspecto y descansado...»

S. A. Tolstaya, Carta a su marido, 23-IX-1884

«Vivir en pareja con una mujer ajena a mí intelectualmente, es decir, con una mujer como ella, me repugna terriblemente.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 19-VII-1884

«Cuando te metes a fondo en la atmósfera moral del pueblo, te observo de manera enfermiza, celosa, y veo que en ese mundo no estamos *de ninguna manera* juntos, no porque yo no quiera, sino porque yo no puedo, ahora menos que nunca.»

S. A. TOLSTAYA, CARTA A SU MARIDO, 9-XII-1884

«Cuando estoy solo, siempre me figuro de manera muy clara y vívida la muerte, en la que pienso continuamente...»

L. TOLSTÓI, CARTA A SU MUJER, II-1885

«Atribuyo todas sus crisis nerviosas, su insomnio y su humor sombrío a la alimentación vegetariana y a un trabajo físico superior a sus fuerzas.»

S. A. TOLSTAYA, CARTA A T. A. KUZMÍNSKAYA, 20-XII-1885

«A primeros de 1886, la familia se vio golpeada por una desgracia: el benjamín, Aliosha, de cuatro años, falleció el 18 de enero.»

V. JDANOV, *El amor en la vida de Lev Tolstói*

«Querida Tania, ¿puede tu corazón sentir mi dolor? Hoy he enterrado a Aliosha...»

S. A. TOLSTAYA, CARTA A T. A. KUZMÍNSKAYA, 20-I-1886

«Tan solo sé que la muerte de un hijo, que antaño se me hacía tan cruel e incomprensible, me parece hoy razonable y buena.»

L. TOLSTÓI, CARTA A V. G. CHERTKOV, 18-I-1886

«Estoy otra vez embarazada, lo que supone para mí un suplicio físico y moral.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 19-VIII-1886

«Durante el paseo, Sofía Andréyevna dijo que, mientras el marido escribe novelas o artículos filosóficos, la esposa debe llevar en su seno, traer al mundo y alimentar a los hijos, lo que en su opinión es algo penoso. Lev Nikoláyevich se revolvió contra ella y replicó con una acritud rara en él: "Qué terribles cosas dices, Sonechka. ¡La mujer para quien los hijos son una carga y no los quiere no es una mujer, sino una zorra!".»

A. GOLDENWEISER, *Cerca de Tolstói*

«Éramos trece hijos, once de los cuales fueron alimentados por mi madre.»

T. SUJÓTINA-TOLSTÓI, *Sobre la muerte de mi padre*

EL DRAMA

5 de noviembre

59. CONSEJO DE FAMILIA

Es algo más de mediodía. Acaban de trasladar al enfermo a otro cuarto para ventilar la habitación en la que ha pasado la noche.

Los médicos —son cuatro ahora— salen de la casa. Todos los miembros de la familia Tolstói los esperan en el vagón inmovilizado en una vía muerta.

Los galenos conversan brevemente. A Makovický, ligado a Tolstói por una amistad y una admiración indescriptibles, le cuesta expresarse como médico. Checo como es, no domina el ruso. Berkenheim, el último que ha llegado, da sus impresiones.

La situación es grave, muy grave. El corazón suscita las más nefastas preocupaciones. El doctor mira de soslayo a Sofía Andréyevna. Echada sobre un asiento, permanece callada.

Aun así, abrigan cierta esperanza. El organismo del enfermo es excepcionalmente vigoroso. La enfermedad sigue su curso. Si el corazón resiste... Finalmente optan por considerar que tal vez sería preferible hacer venir de Moscú a otros médicos. No porque se hallen ante un caso misterioso. Al contrario. Ni siquiera un estudiante de Medicina se equivocaría en un caso así. ¡Pero la responsabilidad es tan grande!

Los doctores menean la cabeza en silencio.

Sea como fuere, es preferible invitar a facultativos que ya hayan tratado a Lev Nikoláyevich o que, al menos, él conozca personalmente. La visión de un desconocido podría causarle una

conmoción. Churovski, por ejemplo, estaría muy bien.

—¿Y el profesor Úsov?

Perfecto. Churovski y Úsov.

—Y, dígame, doctor, ¿debemos mandar venir a Lev Lvovich?

De todos los hijos de Tolstói, Lev Lvovich es el único que está ausente. La enfermedad de su padre lo sorprendió en París.

—¿Lev Lvovich?

El doctor mira de nuevo a Sofía Andréyevna. Con la tensión en el rostro, escruta, aguarda su respuesta.

—Estoy seguro de que Lev Lvovich preferiría estar junto a usted estos días que nos ponen a todos tan cruelmente a prueba.

Y, para sus adentros, dice: «De todos modos, no llegará a tiempo».

60. EN 1891

La liberación de los siervos, en 1861, había hundido a la mayor parte del campesinado ruso en una miseria mayor que la servidumbre misma. Los señores no tenían ningún interés en mantener a los campesinos y a sus familias cuando podían comprar —por nada— la cantidad justa de fuerza de trabajo que necesitaban para labrar, sembrar y cosechar sus campos.

Sobre parcelas tan remendadas como la camisa de un pobre, unos hombres hambrientos picaban la tierra con las mismas herramientas con que lo habían hecho sus bisabuelos. Los que no tenían caballo se uncían ellos mismos al arado de madera. Las mujeres trabajaban hasta el último día de sus embarazos y, durante la siega, parían debajo de una piedra molar. El cincuenta por ciento de los niños moría antes de los cinco años.

Las malas cosechas estaban consideradas como algo natural. Eran tan inevitables como la sucesión de las estaciones. No se achacaban al uso de herramientas de cultivo prehistóricas, ni a la mala calidad de las semillas, ni a la falta de abono, ni a un sistema de parcelación arcaico, sino a la voluntad de Dios. Y se las combatía a base de misas, plegarias y procesiones religiosas. Las jóvenes vagaban desnudas por los campos para hacer que lloviera.

Con un fondo de miseria constante, sobre el país se abatían grandes hambrunas. La de 1891 fue una de las más terribles. Los hombres se alimentaban de corteza y de arcilla antes de morir. Poblaciones enteras huían de las regiones devastadas.

Se creaban equipos de socorro que reunían fondos, compraban víveres y los distribuían entre los hambrientos.

En 1891, la hambruna asoló los distritos que rodeaban la aldea de Astapovo. Tolstói mismo fue quien dirigió las tareas para socorrer a la propia Astapovo y a sus alrededores.

61. FALSA ALARMA

La familia está reunida en la cantina para cenar. Sofía Andréyevna no come nada; lee los periódicos de Moscú que acaban de llegar. Las palabras *Tolstói* y *Astapovo* bailan de un lado a otro ante su mirada.

Un periodista se percata de la presencia del doctor Berkenheim, se lo lleva aparte y le pregunta:

—El mundo entero se impacienta...

El médico luce una prominente calvicie, un bigote abundante y una pequeña perilla; lleva gafas de montura plateada.

—La situación es muy grave —dice—, pero no perdemos la esperanza.

Una mujer se acerca a ellos. Ha viajado un día y una noche hasta llegar a Astapovo. Con voz rota, le suplica al doctor que la tome como enfermera.

Berkenheim, nervioso, se atusa la perilla.

—No lo veo posible —dice, irritado—, ya lo cuidamos bien nosotros mismos.

La entrevista se interrumpe. Alguien llega corriendo de la casa del enfermo.

—¡Rápido, un médico!

Ruido de mesas caídas. Todo el mundo se levanta, pero nadie se atreve a ir detrás de los médicos.

Uno de los hijos sale, se dirige lentamente hacia la casita roja. Le sigue otro. Y luego, un tercero.

Sofía Andréyevna mira hacia delante.

No era nada. Habían pedido un médico para administrar una lavativa al enfermo.

62. A TANTO LA PALABRA

De Astapovo a las redacciones de Petersburgo, Moscú, Odessa y demás lugares:

> Hasta ahora no he recibido dinero, desde administración no me han enviado nada. Hagan lo necesario para enviarme a Astapovo urgentemente, vía telegráfica, quinientos rublos. Es indispensable contar con mucho dinero para poder enviarles despachos urgentes.
>
> La falta de un anticipo me priva de la posibilidad de seguir enviando telegramas.
>
> Manden el dinero por telégrafo mañana por la mañana temprano.

De las redacciones de Petersburgo, Moscú, Odessa y demás lugares a Astapovo:

> Los telegramas son válidos si llegan a tiempo. Envíenos hoy un artículo en el primer transporte que haya. Pídale un artículo a Chertkov.
>
> Los telegramas que ha enviado hoy son, como siempre, superiores en calidad y tamaño a los de los otros corresponsales. Cuando estos publican los partes médicos, mencionan la hora de salida del telegrama. Contrastándolos con los nuestros, hemos constatado que usted logra siempre adelantarse a los demás. Trate de entrevistarse con los miembros de la familia que están con la condesa, compruebe su estado de ánimo. Hemos expedido telegráficamente trescientos rublos.
>
> Le enviamos ahora mismo trescientos rublos por telégrafo. Si quiere más, telegrafíenos.
>
> Ruego envíe de inmediato a *La Llama* algunas fotos de la estación y de otros sitios.

La redacción le ruega encarecidamente que no cierre acuerdos con otros periodistas, y sobre todo no permita que lo reemplacen ni los reemplace usted a ellos.

63. UN HOMBRE TAN GRANDE

El pope de la estación de Astapovo se llama Gratsianski. El padre Gratsianski. Es un anciano esquelético y encorvado. Durante toda su vida ha bautizado, casado y enterrado a gente sencilla y corriente. Él mismo es un hombre sencillo y corriente.

Desde hace cuatro días no puede dormir pensando en que, tal vez, el enfermo lo mande llamar. ¿Qué dirá entonces?, ¿cómo podrá hablar con él?

Ese hombre que ahora descansa allí, en la casa del jefe de estación, es un mal cristiano, un enemigo de la Iglesia, un apóstata. Hace siete años, el padre Gratsianski pronunció el anatema contra el «boyardo Lev Tolstói» en su iglesia, delante de algunos ferroviarios, campesinos y viejas que estaban atónitos.

El padre Gratsianski está incómodo en presencia del gran hombre. El día anterior, el gobernador de Riazán le llamó y le transmitió las instrucciones del arzobispo. Si el enfermo llegase a morir, está autorizado a celebrar el oficio fúnebre, pero con una sola condición: Tolstói debe confesarse con él antes de fallecer. ¿Confesar a Tolstói? ¡Más bien lo confesaría Tolstói a él!

Un periodista se le acerca. El pope trata de huir, pero es demasiado tarde. Esboza una sonrisa culpable y confusa.

—¿Qué haría usted, padre, en caso de que el gran escritor llegara a morir?

El pope balbucea a regañadientes:

—Rezo y espero. Si me llaman para confesar al enfermo, iré con alegría y con espanto: es un hombre muy grande.

64. PARA TOLSTÓI

Al laboratorio Kalning, Moscú:

Se ruega expidan todos los días tres botellas de kéfir. NIKITIN.

Al laboratorio Quinina, Moscú:

> Se ruega envíen urgentemente en el transporte vasos para enfermos números 1520, 1522 y 1524 del catálogo Pichlau, para Tolstói. GOLDFARB.

Goldfarb es el farmacéutico de Astapovo. Él tampoco había pensado jamás que un día...

65. MENTE LÚCIDA

Por la noche, el enfermo se ha despertado. Fragmentos de ideas, enredadas con el sueño, salen a flote. Alexandra Lvovna, acurrucada en un rincón, ha oído delirar a su padre.

Ha dicho:

—Toma nota...

Y luego ha dictado. De su boca salían algunas palabras, inspiradas al azar por el delirio nocturno y los recuerdos. La hija ha escrito cuidadosamente cada una de esas palabras.

Por la mañana, Tolstói se ha sentido mejor. Todos esperaban que hubiera olvidado lo que dictó por la noche. Pero no ha sido así, sino que ha pedido que le relean las notas.

—A ver dónde están...

—Mejor más tarde...

—Eso te va a fatigar...

Él ha insistido.

Alexandra Lvovna las ha leído evitando mirar a su padre, quien ha escuchado atentamente en silencio. Acabada la lectura, no ha dicho nada y ha suspirado profundamente.

66. EL ESPÍA

El capitán Savitski informa al jefe de la policía:

> El estado del enfermo es grave, no permiten que haya nadie a su lado. Han mandado venir de Moscú a los doctores Úsov y Churovski. El número total de forasteros se eleva a treinta y cinco, de los cuales diez son periodistas. No he oído hablar de ninguna

iniciativa. La estación y los alrededores están en calma.

Un poco más tarde, el capitán envía su informe al estado mayor del cuerpo de gendarmería. Añade algunos detalles insignificantes e insiste:

> En la aldea y en la estación reina la más completa calma, es inútil adoptar medidas especiales.

En ese lugar donde todos, desde Sofía Andréyevna hasta el último empleado, incluido el periodista más indiscreto, tiemblan cada vez que se abre la puerta de la casita roja, y en donde todos darían lo que fuera con tal de que Tolstói se curase, el capitán de gendarmería Savitski continúa ejerciendo su papel de espía.

67. DOLOROSO, NO

Por la tarde, el enfermo llama a Tatiana Lvovna. Corren a buscarla.

—Léeme —le pide.

Ella coge *El Círculo de Lectura* y empieza.

—¡No, eso no!

—¿Qué, entonces?

—*Para cada día*.

Tatiana Lvovna lee. El enfermo escucha en silencio.

Traen un cacillo con crema de avena. Come lentamente abriendo la boca cuando se le pide. El hipo vuelve a aparecer.

—¡Suficiente!

Descansa. Junto a él, Tatiana Lvovna dicta en voz baja a la mecanógrafa el parte diario.

—Temperatura..., hipo doloroso...

El enfermo la interrumpe:

—Tania, doloroso, no.

68. LAS LOCOMOTORAS SE CALLAN

Se ha puesto a disposición de los periodistas un despacho para que puedan trabajar cómodamente. El director de la red ha dado orden

de reservar unos vagones especiales en la estación de Astapovo para los familiares de Tolstói. Los jefes de estación de Moscú, Kozlov y Smolensk han sido avisados de que algunos trenes suplementarios podrían ponerse en circulación eventualmente, debido al creciente número de viajeros con destino a Astapovo. Se ha instalado una línea telegráfica directa entre Tambov y Astapovo, cuya oficina en adelante estará abierta toda la noche.

En los trenes que pasan por la estación, las ventanillas se llenan de rostros y ninguno muestra indiferencia. Los cánticos y las conversaciones se interrumpen. Las locomotoras llegan y se van sin hacer sonar sus silbatos.

69. LA CONDESA

Sofía Andréyevna ha pasado mal la mañana. Se ha sentido muy débil. Creían que no saldría de su compartimento.

A las tres, sin embargo, baja penosamente al andén y se dirige a la casa. Por las ventanas de la cantina, los periodistas espían sus movimientos. Camina con lentitud, torpemente. Sus hijos la siguen de lejos, sin atreverse a acercarse.

Recorre el andén hasta el final, vuelve sobre sus pasos, va hasta el otro extremo y da media vuelta.

Luego se dirige de nuevo hacia la casa. Los periodistas han salido al andén. La condesa entra en el jardincillo, da unos pocos pasos, pasa por delante de la ventana tras la cual reposa el enfermo, se detiene, levanta el brazo, titubea, golpea el cristal de la habitación de al lado.

Alexandra Lvovna aparece en la escalera de la entrada. Va hacia su madre. Las dos mujeres están juntas cinco minutos. Hablan en voz baja. La hija se marcha. La puerta se cierra a sus espaldas.

La condesa permanece en el jardincillo. Temperatura 37, respiración, pulso y corazón sin cambios. Es cuanto ha conseguido saber. Y también que él ha comido tres cucharadas de crema de avena y bebido un poco de café con leche.

La enfermera Arefíeva, traída por los hijos de Tolstói para

cuidar a su madre, telegrafía al doctor Bájenov, el psiquiatra que trata a Sofía Andréyevna:

> La condesa está más tranquila, aunque no le han permitido estar junto al conde. Habla mucho de los temas habituales: el conde, Chertkov, etcétera. Está débil, come lo justo y duerme poco.

70. A LAS SEIS DE LA TARDE

A las seis de la tarde, la temperatura marca 37. Tolstói se ha dormido apaciblemente después de tomar tres cucharadas de crema de avena y un poco de leche con café. El doctor Berkenheim, que ha examinado al enfermo, comparte la opinión del doctor Nikitin; dice que la situación es muy seria, pero no completamente desesperada.

Me he entrevistado con el doctor Stokovski, empleado de la Compañía Ferroviaria. Fue el primero al que llamaron junto a Tolstói y lo ha visto y auscultado varias veces. Describe con emoción la actitud de Lev Nikoláyevich hacia los médicos y hacia las demás personas allí presentes, les pregunta si están cansados de cuidarlo y no pone ninguna objeción a todas las prescripciones médicas: toma las medicinas y se pone el termómetro él mismo.

Con una mirada dulce, le pregunta al doctor:

—Y bien, dígame, ¿mi enfermedad es muy grave?

Durante nuestra conversación, Stokovski a duras penas ha podido contener las lágrimas.

La opinión de Stokovski sobre la enfermedad de Lev Nikoláyevich es contundente. Este experimentado facultativo ha llegado a la conclusión de que la neumonía ha adoptado en Tolstói su forma más peligrosa, y de que la edad y la debilidad del corazón del enfermo no le permitirán aguantar la embestida de la enfermedad.

En estos momentos, mientras Tolstói duerme con relativa tranquilidad, los médicos y las personas que han estado cuidándolo se han ido a descansar. Los han reemplazado el conde Serguéi Lvovich y Tatiana Lvovna.

71. INSTANTÁNEAS

El corresponsal de *La Gaceta-Kopeck* telegrafía a las 6.20 h:

> Grave noticia, el corazón se niega a funcionar. Churovski ha dejado Moscú. Todos están abrumados. La policía redacta informes sin parar, el cámara cinematográfico no deja de filmar. Envíenme

diferentes periódicos, no tengo nada para leer.

A las 6.55 h, Chertkov tranquiliza a la familia:

> Según todos los informes, está mejor. La inflamación no avanza. Todos han recuperado el ánimo. Besos.

Diez minutos más tarde, un desconocido, absurdamente torturado por la pasión, escribe precipitadamente un telegrama a una desconocida:

> Tu silencio me aflige. Escríbeme, por favor. Espero una respuesta a mi telegrama de ayer.

Titubea antes de añadir:

> Estado conde desesperado.

HISTORIA DE UN MATRIMONIO

Los amigos

«Al anochecer, Liovochka ha leído a Buturlin su *Crítica de la teología*. Yo he estado escuchando, pero sin prestar atención. El asunto me trae sin cuidado.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 27-XI-1886

«... siendo completamente indiferente a su vida espiritual e insensible a los sufrimientos que esas privaciones le hacían padecer, Sofía Andréyevna...»

V. G. CHERTKOV, *La fuga de Tolstói*

«... desde el principio, mi hermana Masha y yo supimos que habíamos encontrado en él a un colaborador precioso para llevar a cabo nuestra particular tarea: la transcripción de los manuscritos de mi padre... En definitiva, Chertkov se convirtió en el brazo derecho de mi padre.»

T. SUJÓTINA-TOLSTÓI, *Sobre la muerte de mi padre*

«Qué poco simpáticos me son los que se han adherido a la doctrina de L. N. Ni uno solo es alguien normal.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 19-VII-1886

«... a finales de los años ochenta, su mujer se convenció de que la intimidad que imperaba entre Lev Tolstói y determinadas personas del rebaño de sus admiradores y "alumnos" no le aportaba a él más que penas y disgustos.»

M. GORKI, *S. A. Tolstaya*

«Nuestros supuestos amigos, los neocristianos, se esfuerzan, y a veces lo logran, en poner a L. N. contra mí.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 9-III-1887

«... sin duda, los años ochenta... fueron los más difíciles en la vida de Sofía Andréyevna. Su papel en aquella época fue realmente heroico. Debía poseer mucha fuerza interior y mucha clarividencia para ocultar a Lev Tolstói una gran cantidad de maldades y ordinarieces que ni él ni nadie tenían necesidad de saber y que podían influir en su actitud hacia las personas.»

M. GORKI, *S. A. Tolstaya*

«Hay que poner fin a las relaciones con Chertkov. Todo lo suyo es un cúmulo de mentiras y lo mejor es alejarse de esas cosas.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 9-III-1887

«Hace un rato, L. N., refiriéndose a no sé quién, ha dicho: "Es un *tolstoyano*, es decir, un hombre cuya visión del mundo me es totalmente ajena".»

A. GOLDENWEISER, *Cerca de Tolstói*

«Estoy condenada a ser la mala de la familia. Este es el papel que me han asignado de común acuerdo Liovochka y los niños. Estoy harta de vivir, de luchar y de sufrir. ¡Hasta dónde llega la maldad inconsciente de las personas que me son más próximas! [...] Escapar, escapar, tengo que escapar como sea. Abandonar la casa o la vida, alejarme de todas esas exigencias insoportables y crueles. No otra es la idea que me ronda día y noche. "Escapar, escapar." De una manera u otra, yo también acabaré escapándome.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 25-X-1886

«Puedo afirmar sin temor a equivocarme que no solo el amor que mis padres se tenían el uno al otro no había disminuido lo más mínimo, sino que los sufrimientos padecidos habían aumentado su fuerza.»

T. SUJÓTINA-TOLSTÓI, *Sobre la muerte de mi padre*

EL DRAMA

5 de noviembre por la tarde

72. OPINIONES COMPARTIDAS

A cada hora hay un nuevo temor y una nueva esperanza. Cualquier hombre de ochenta y dos años que padezca de neumonía está condenado. Pero Tolstói parece ser de la clase de hombres que mueren cuando ellos quieren, como Goethe, como Voltaire.

Las pocas personas que tienen acceso al enfermo se han reunido y se interrogan entre ellas. Cada quien tiene una opinión.

Un amigo confía sus impresiones a un periodista: para él, Tolstói parece vivir en otro mundo.

Otros afirman que es inútil negar la extrema gravedad del caso, pero que afortunadamente no se ha llegado todavía al punto de desesperar.

Andréi Lvovich declara:

—Empiezo a tener esperanza. Se ven varios síntomas reconfortantes. Padre ha comido crema de avena, ha dejado de gemir y ha dormido un poco. Únicamente su corazón sigue inspirando temores. El hipido que produce una penosa impresión en quienes lo rodean es debido, según dicen los médicos, a la presión que el pulmón enfermo ejerce sobre el diafragma. En cuanto a la pirosis, no creemos que sea nada preocupante: Padre ha padecido siempre de ella y la combate con ayuda de la comida vegetariana.

73. HOY, MEJORÍA

El calentador de hierro no le molesta demasiado, pero lo sofoca,

causándole una sensación de angustia por todo el cuerpo. Durante el día está aletargado.

Él no dice nada, pero los médicos saben que debe de tener dolores. A las cinco de la tarde ha delirado otra vez. Luego se ha vuelto lúcido: reconoce a todo el mundo y sus escasas palabras son de tal amabilidad y tan tiernas que hacen llorar.

Es obediente como un niño bueno.

La mejoría es indudable. La jornada de ayer fue mucho más dolorosa. Su estado es grave, extremadamente grave, el enfermo está extenuado y, sin embargo, su reserva de fuerzas aún es muy grande. No hay razones para desesperar.

74. EL ENVIADO DEL CIELO Y DEL SANTO SÍNODO

Es ya de noche cuando se presentan en Astapovo dos monjes, acompañados por una joven.

La viajera es la primera en ser reconocida. Se trata de la condesa Obolenski, sobrina de Tolstói, hija de su hermana María, que ha tomado los hábitos en el convento de Chamardino, donde el escritor se refugió en primer lugar cuando abandonó Yásnaia Poliana.

Los monjes se mantienen apartados de la muchedumbre. El padre Varsónofi es el superior del monasterio de Óptina Pústyn, el padre Panteléimon es el arcediano. El primero husmea con sus ojos pequeños entre los asistentes; el segundo baja tercamente la mirada.

Bajo la adiposidad monástica del padre Varsónofi se percibe, de vez en cuando, una absoluta rigidez militar. Tiempo atrás, el fraile fue coronel.

Los periodistas se acercan a ellos y los separan. El superior responde a sus preguntas como un perfecto hombre de mundo. De ninguna manera ha ido a encontrarse con el conde Tolstói. Está ahí por pura coincidencia. Regresa de una peregrinación con su compañero y Astapovo les pilla de camino. Al saber que el conde se encontraba allí enfermo, han decidido detenerse en la aldea unas horas. ¿Tiene intención de ver a Tolstói? Bueno, eso

dependerá de las circunstancias. Desde luego, no se sustraerá de su deber. Los caminos del Señor son inescrutables, y si su humilde servidor ha sido conducido a Astapovo, será porque Dios lo ha querido.

El arcediano, rodeado él también a su vez, resiste con dificultad el asedio de los reporteros. Balbucea, echa miradas suplicantes a su compañero, sonríe patéticamente. Los periodistas lo presionan más.

—El padre Varsónofi ha recibido del santo sínodo la orden de acudir junto al conde.

Desconcertado, el monje mira a su alrededor. Ya no hay nadie.

Los periodistas se abalanzan al telégrafo.

75. BALANCE PROVISIONAL

En un vagón sanitario enganchado al coche de primera clase y que sirve de alojamiento de los hijos de Tolstói, he entrevistado a los doctores Nikitin y Berkenheim. He recogido así ciertas informaciones que completan los hechos conocidos desde ayer.

El enfermo sigue padeciendo grandes dolores físicos, lo torturan el asma, el hipo y, desde ayer por la tarde, una aguda pirosis. La tarde de ayer fue el momento más duro desde el comienzo de la enfermedad. Durante la primera mitad de la noche, Lev Nikoláyevich fue presa de un gran debilitamiento; después se produjo una ligera mejoría.

Cuando volvía en sí, el enfermo reconocía a las personas presentes; a veces caía en una somnolencia; de vez en cuando, se esforzaba en dictar; las palabras que pronunciaba eran muy confusas, casi incomprensibles; el dictado se transformaba en delirio, lo cual irritaba mucho a Tolstói.

Hacia las cuatro de la mañana, ha empezado a calmarse, el delirio ha cesado y el enfermo se ha adormecido.

Ha pasado toda la jornada de hoy sumido en ese adormecimiento. Alrededor de las cinco, ha vuelto a delirar. Por momentos, regresa a la lucidez, reconoce a los asistentes y da muestras de una ternura y una deferencia conmovedoras.

Es de lamentar lo poco que come el enfermo: leche de almendras, leche de vaca, café, crema de avena, algunas yemas de huevo.

A nivel general, los médicos dicen que el enfermo se siente

hoy mejor que ayer. Así, durante el día se ha enderezado sobre su cama y se ha sentado sin necesidad de ayuda. Cuando Berkenheim le ha dado de beber, él mismo ha cogido el vaso y lo ha sostenido solo. No obstante, mis dos interlocutores creen que la situación es extremadamente grave. No pierden la esperanza y protestan decididamente contra las afirmaciones de la prensa acerca de que el entorno del enfermo se habría dividido en dos bandos enemigos; es al contrario: por lo que respecta a los medios necesarios para salvar al eminente anciano, reina una completa sintonía entre los miembros de la familia y los allegados de Tolstói.

76. CHERTKOV

Chertkov sale de la casita roja. Atraviesa rápidamente la estación, entra en la sala de espera de la tercera clase y se dirige al telégrafo. En su camino, no se ha cruzado con ningún Tolstói.

77. EL TELÉGRAFO

En esta estación que no es más que un apeadero ferroviario, la única línea de telégrafo existente pertenece a la Riazán-Ural. Hasta entonces, solo ha habido que avisar desde allí de las enfermedades de las locomotoras y de los semáforos. Ahora llevan cinco días tratando de conectarla con el telégrafo estatal.

El inspector Vrotchinski informa al director del telégrafo de la Compañía:

> La situación en Riajsk no ha variado: la retransmisión al telégrafo estatal es terriblemente lenta; los despachos tienen en esa ciudad un retraso de casi cuatro horas. Sin duda es debido a la falta de experiencia del personal. Espero sus instrucciones.

El director, por línea directa, le contesta con preguntas:

> ¿Por qué los telegramas van dirigidos precisamente a Riajsk si la transmisión allí es defectuosa? ¿No es posible evitarlo?

Mientras tanto, Vrotchinski toma medidas:

> En vista de la recepción defectuosa de nuestra correspondencia en la oficina de Riajsk, solicito su permiso para

que, de ahora en adelante, el transporte del correo se efectúe en coche de punto o que se encargue el trabajo a los especialistas.

A través del barro otoñal de las calles de Riajsk, los coches de punto serán los que lleven las noticias de la salud de Tolstói desde el telégrafo ferroviario hasta el telégrafo del Estado.

78. CONSEJOS A LOS MÉDICOS

Desde los más remotos rincones del país y del extranjero, profesores, doctores, enfermos que aún lo están y enfermos ya curados abruman a consejos a los médicos de Tolstói. Recomiendan, suplican, ordenan, imploran y exigen.

Alguien de Petersburgo conoce por experiencia los buenos resultados de la inyección de espermina.

Alguien de Kiev indica cómo se curó su padre, un anciano también, en un caso análogo.

¡No hay que dejar morir a Tolstói!

79. EL PADRE VARSÓNOFI TANTEA EL TERRENO

El superior del monasterio de Óptina se defiende con dignidad del asalto de los periodistas. ¿El sínodo? ¿Una orden del sínodo? Imaginaciones. Él no ha recibido ninguna orden de nadie. El padre Panteléimon se equivoca. O, para ser exactos, no se ha explicado bien.

El antiguo coronel se retira discretamente. Andréi Lvovich va a su encuentro. Ambos hablan un poco apartados del resto.

—Créame, conde, que comparto sinceramente... No debemos desesperar hasta que... Por lo que a mí respecta, estoy firmemente convencido de que Dios no llamará a su seno a su padre mientras el conde no se haya reconciliado con Él. Estoy seguro de que si yo pudiera verlo y hablarle...

Andréi Lvovich hace un gesto de impotencia.

—Vaya por delante que no he venido con esa intención. Ha sido al llegar aquí cuando he recordado la visita que el conde Tolstói hizo a nuestro convento. Sabe de lo que le hablo, ¿verdad?

En aquel momento no pude verlo, pero me han referido las palabras que dijo su padre. Había dicho a sus allegados que le habría gustado mucho tener un encuentro conmigo, pero que tenía miedo a esa entrevista. Tales palabras se grabaron en mi mente y, cuando hoy me he encontrado en Astapovo, he comprendido que Dios había guiado mis pasos...

—Padre está enfermo. Los médicos dicen que la menor emoción... Yo mismo no lo he visto todavía.

El monje abre la mano.

—Los médicos juzgan según su punto de vista. No pueden saber que hay emociones salvíficas. Esta enfermedad, ¿no es en sí misma una prueba enviada por el cielo para que una oveja descarriada vuelva al redil...?

Varsónofi sigue hablando.

—Estoy seguro, conde —añade el coronel-monje—, de que usted hará todo lo posible para conseguirme una entrevista con su padre, cuya obra llena de orgullo y admiración a nuestro país...

Andréi Lvovich se aleja. Al cabo de poco tiempo vuelve y alza los hombros.

—¿Qué dicen los médicos? —pregunta el monje.

—Son categóricos.

Muy amable, el padre Varsónofi se dirige a los periodistas:

—Me habría gustado aprovechar mi paso por aquí para hablar con el conde, pero su estado le impide recibir a nadie. Me voy en cuanto pueda.

80. LA VIDA PROVISIONAL

Se han mandado desde Volovo, en el tren número 12, unos juegos de cama suplementarios. Se anuncia también el envío de dos mantas, tres colchones y once catres. Sarátov quiere saber si, a lo largo de la línea férrea, es posible conseguir algunas camas y sábanas para un uso provisional. En caso afirmativo, ¿de cuántas se dispone?

En Astapovo, se ha habilitado un paso entre la estación y la nueva casa, la cual hace las veces de hotel temporal. Cinco faroles

lo iluminan en la oscuridad.

81. NATACHA

Por primera vez desde que está allí, Sofía Andréyevna redacta un telegrama. Hará que lo lleven a la ventanilla sin que se enteren los periodistas.

> La situación es grave. Esperamos ansiosamente. Ven si lo deseas. TOLSTAYA.

El telegrama va dirigido a Yásnaia Poliana, a Tatiana Andréyevna Kuzmínskaya, la hermana pequeña de la condesa, su amiga, su confidente, su fiel y paciente corresponsal, Tatiana Andréyevna, la Natacha de *Guerra y paz*.

82. SIETE DE LA TARDE

> Temperatura 36,6; pulso 110, irregular; respiración 36. El enfermo ha comido muy poco. Ha pasado todo el día en un estado de somnolencia, aunque mantiene plena lucidez. FIRMADO: DOCTORES NIKITIN, MAKOVICKÝ, SEMENOVSKI, BERKENHEIM.

Hace un rato, cuando Berkenheim ha entrado de puntillas en el cuarto del enfermo, ha visto que Tolstói descansaba semiconsciente. El médico ha guardado silencio. Lev Nikoláyevich ha abierto con dificultad los párpados y ha musitado:

—Buenos días.

83. LA POLICÍA

Se ha reforzado el puesto de gendarmería de la estación. Por mucho que se preocupe Savitski, todo está en calma. Sin embargo, su olfato no suele equivocarse: hay algo extraño en el ambiente. Por lo demás, apenas ha llegado gente nueva, si se exceptúan los cuatro periodistas que han desembarcado al anochecer.

No está de más mandar otro telegrama al Ministerio del Interior:

Les comunico las siguientes informaciones complementarias. Se espera para mañana la llegada de los médicos de Moscú Úsov y Churovski. El superior del monasterio de Óptina Varsónofi y el padre Panteléimon han llegado esta tarde. La hija del conde, Alexandra, considera que es imposible poner a su padre al corriente de esta visita, por temor a que se emocione. Los otros parientes se abstienen de cualquier tipo de conversación con él, para que el enfermo no adivine la presencia de su esposa en Astapovo, ya que evita tener que verla. El gobernador ha regresado por la noche.

84. DIEZ DE LA NOCHE

El enfermo, que ha estado dormitando, se despierta. Se siente mejor. La temperatura ha vuelto a ser normal: 36,8.

Le leen los periódicos. Habla amable y tiernamente con quienes lo rodean.

Serguéi Lvovich entorna la puerta y entra sin hacer ruido. Su padre lo mira y le sonríe con dulzura.

Al salir, Serguéi Lvovich se entera de que su hermano Lev acaba de telegrafiar desde París: tomará el primer tren, pero en caso de que llegue demasiado tarde, ruega que le transmitan a su padre algunas palabras de despedida.

85. EL ESTILO ECLESIÁSTICO

Los periodistas creen que el padre Varsónofi se ha marchado, pero no es así. El padre nunca ha tenido la intención de regresar antes de haber cumplido con su misión. Las instrucciones del sínodo eran claras, precisas y categóricas. Era el padre Iossif quien debía ir a Astapovo y exhortar a Tolstói a volver al seno de la Iglesia. Pero Iossif estaba malo y le ha tocado a Varsónofi sustituirlo.

El monje mira su reloj. Son casi las once. Poco más puede hacer esta noche. Antes de irse a dormir, envía algunos telegramas.

Al archimandrita Xénofon, en Kozelsk:

He llegado hoy a Astapovo. La familia del conde está aquí. Estudio las posibilidades de llegar hasta el conde. Le telegrafiaré mañana por la mañana. Ruego sus santas plegarias. MONJE VARSÓNOFI.

A S. E. el obispo Benjamin, en Kaluga:

> He llegado hoy a Astapovo. La familia del conde está aquí. Los médicos han declarado que es absolutamente imposible acceder al conde en razón de su peligrosa enfermedad: la neumonía. Tengo esperanzas de una mejoría de la salud del conde. Ruego sus santas plegarias, su bendición y sus indicaciones archipastorales. HUMILDE MONJE VARSÓNOFI.

A S. E. el obispo Nikodim, en Riazán:

> En cumplimiento de la orden del santo sínodo, he llegado hoy a Astapovo con el fin de reconciliar al conde Tolstói con la Iglesia. Ruego sus santas plegarias y su bendición archipastoral. EL SUPERIOR DEL CONVENTO DE ÓPTINA, MONJE VARSÓNOFI.

El archimandrita Xénofon dirige provisionalmente el convento y está al corriente de la gestión de Varsónofi, al igual que el obispo de Kaluga, de quien depende Óptina Pústyn, sin embargo este último merece más respeto. En cuanto a Nikodim, Astapovo pertenece a su diócesis y tiene derecho a un mensaje más explícito.

El padre Varsónofi va en busca de un lugar donde pasar la noche. Las salas de espera, las oficinas, los vagones están hasta los topes. No hay ni un catre libre. Los gendarmes se percatan de ello y gesticulan inútilmente. Con aspecto cohibido, le susurran algo al oído del capitán Savitski. Este, confuso, habla con el padre superior.

«Mil perdones... Verdaderamente... no tenemos posibilidad...»

El obstinado monje pasará la noche en el baño de señoras.

86. MEDIANOCHE

A las diez, el enfermo ha expectorado abundantemente: los médicos lo interpretan como una buena señal.

Ahora duerme. Nada se menea en la casa, sumida en la oscuridad. En la estación, los periodistas envían sus últimos telegramas.

Estado sin cambios notables.

Todo tranquilo en la casita roja.

Comienza una noche más. Los médicos recelan de la noche.

HISTORIA DE UN MATRIMONIO

La vida de familia

«Durante todo el día, los niños han tenido padecimientos, cada uno el suyo: Masha tiene dolores intestinales, Tania sufre del estómago, a Misha le duelen los dientes, a Vanechka le ha salido un sarpullido en la piel, Andrusha tiene fiebre y vomita...»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 12-II-1889

«He nacido con el deber de vivir no para mi familia, sino para Dios.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 25-VI-1890

«Que Dios y los hombres me perdonen por la condena, nada caritativa pero sí proveniente de una madre, que pronuncio contra mi marido en tanto que padre de mis hijos; no puedo evitar condenarlo, porque he sufrido demasiado y he sido consciente demasiado tarde, sobre todo con mis hijos pequeños, de las consecuencias del hecho de no haber tenido padre.»

S. A. TOLSTAYA, *Recuerdos de Vanechka*

«¿Comprendíamos lo que decía mi padre? Yo desde luego no.»

T. SUJÓTINA-TOLSTÓI, *Sobre la muerte de mi padre*

«Creo que, aparte de las novelas, no has abierto ninguno de mis otros libros.»

L. TOLSTÓI, CARTA A SU HIJO MIJAÍL, 19-X-1895

«Veis en mí a un escritor que ha descrito excelentemente el baile, las carreras, la caza, pero que actualmente dice y escribe cosas raras y nada interesantes y que bajo ningún concepto está capacitado para indicaros a vosotros, simples jóvenes, lo que deberíais hacer. Vosotros, a quienes tanto quiero, sois particularmente obtusos y crueles en nuestra relación.»

L. TOLSTÓI, CARTA A SU HIJO MIJAÍL, 19-X-1895

«Liovochka ha dicho: "Igual que se pare a un hijo, alumbras con dolor un pensamiento totalmente novedoso, un completo orden interior nuevo cobra vida, y, sin embargo, te reprochan ese dolor y se niegan a comprenderte". Y yo le he contestado que, mientras él sigue pariendo en su imaginación esos hijos espirituales suyos, nosotras traemos al mundo, con verdadero dolor, hijos vivos y reales a los que hay que alimentar y educar.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 20-II-1891

«L. N. dice: "Mira en qué consisten los derechos de la mujer. Según ella, mientras a mí me da por escribir las tonterías que escribo y que yo considero muy inteligentes, la chimenea está apagada y los niños no pueden comer... Y mira lo que nos falta a los hombres: el gusto de vivir para los demás".»

A. GOLDENWEISER, *Cerca de Tolstói*

«Me ha dado mucha alegría ver a mis nueve hijos reunidos en torno a la mesa a la hora de cenar.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 3-III-1891

«... Hay un gran defecto muy desarrollado en la mujer: el egoísmo de la familia. Es un egoísmo espantoso porque, en nombre del amor, lleva a cometer las peores crueldades: ¡que el universo entero perezca, siempre y cuando mi Seriosha sea feliz!»

A. GOLDENWEISER, *Cerca de Tolstói*

«Por la noche, como no podía dormir, se ha levantado de un brinco y se ha puesto a recorrer la habitación dando bufidos; una vez más, ha empezado a hacerme reproches terriblemente crueles. Gracias a Dios, no me han enojado sus palabras, porque he recordado todo el tiempo que está enfermo.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 16-XII-1890

«... Nunca me he sentido más sola en el seno de mi familia... Liovochka ha roto toda relación conmigo. ¿Por qué? Cuando está enfermo, acepta mis cuidados como algo inevitable, pero con frialdad, con rudeza, y tan solo mientras necesite cataplasmas, lavativas y demás. Habría deseado tanto, aunque fuese de una manera insignificante, mantener con él una relación espiritual. He puesto todas mis fuerzas en tratar de lograrlo. He leído su diario a escondidas. Querría a toda costa comprender, saber qué debo hacer para formar parte de su vida, o que él mismo me indicase el modo como nos podríamos unir de nuevo... Antes, era yo quien pasaba a limpio todo lo que escribía y eso me encantaba. Ahora, en cambio, me lo oculta escrupulosamente todo y confía a sus hijas el cuidado

de copiar todos sus manuscritos. Está acabando conmigo sistemáticamente, me aparta de su vida privada, lo que me hace un daño horroroso. En mi soledad, a veces se apoderan de mí la rabia y la desesperación. Querría matarme, huir no sé adónde, enamorarme de alguien, lo que sea, con tal de no seguir viviendo con un hombre en el que ya no hay nada más que carnalidad, algo que durante mucho tiempo me he resistido a aceptar... ¡Si al menos *alguien* se interesara por mí! Pero pasan los días, las semanas, los meses sin que Liovochka y yo nos digamos ni una sola palabra.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 20-XI-1890

«Cuando ella [S. A.] cruzaba la habitación destinada a las labores de mecanografía, Alexandra, su hija, y la secretaria de mi padre dejaban de hacer lo que estaban haciendo y guardaban silencio; a veces, para evitar "explicaciones", escondían el manuscrito que en ese momento estaban copiando.»

T. SUJÓTINA-TOLSTÓI, *Sobre la muerte de mi padre*

EL DRAMA

6 de noviembre por la mañana

87. EL DESPERTAR

6 de noviembre. Amanecer gris y lúgubre. Llueve. En mitad del andén todavía desierto, un grupo de periodistas patea sobre el suelo para entrar en calor. Barbas hirsutas, cuellos alzados. La lluvia baja por sus nucas en pequeños regueros. Huelen a perro mojado. Esperan sin decir nada.

Davydov, el cantinero, aparece en el andén. Sus largos cabellos están perfectamente separados por una raya; su rostro se pierde entre una barba de pelos como alambres blancos y negros. Abre la cantina y se pone al otro lado del mostrador.

Del vagón donde pasan la noche descienden, uno a uno, los hijos del enfermo. Se juntan y se interrogan. Nadie sabe nada. Permanecen callados.

Detrás de la cerca, unos abedules enclenques se estremecen bajo la lluvia.

Ningún ruido sale de la casita roja que veinte pares de ojos espían ansiosamente.

Unas siluetas pasan por detrás de las ventanas. Se atisba en el vestíbulo una sombra, el resplandor de una cerilla. Alguien fuma: uno de los médicos, seguramente.

Todos respiran aliviados. Ese humo es un buen augurio.

88. LA NOCHE

«Tal como me ha dicho el doctor Nikitin, el conde Tolstói ha pasado la noche del sábado durmiendo apaciblemente y ha

delirado menos. Al alba, como cada día, le ha sobrevenido una gran debilidad, al ralentizarse la actividad cardiaca. Se le han inyectado cuatro dosis de cafeína. Hacia el final de la noche, ha padecido mucho de su pirosis y ha estado gimiendo. Durante cierto tiempo ha estado sentado en la cama. Temperatura 37,2. Respiración 40.

»He pedido al doctor Nikitin que hoy, después de consultar a los médicos de Moscú, Churovski y Úsov, tenga a bien dar a los periodistas la posibilidad de oír personalmente de él los resultados y conclusiones a las que lleguen los facultativos. Ello se debe a que los telegramas de los corresponsales a menudo están redactados basándose en relatos y rumores de segunda mano y son un tanto caóticos y erróneos. Los periodistas corren tras la información y, en su busca de las últimas noticias, envían datos no verificados. Al transmitir noticias de la enfermedad de Tolstói, algunos han demostrado una ignorancia increíble, sobre todo en lo que respecta a terminología médica. Uno de ellos, por ejemplo, ha escrito que el escritor era víctima de *catarro crónico agudo*. El transcurso mismo de la enfermedad ha sido deformado. Por todo esto, sería deseable que los médicos que velan al enfermo diesen unas explicaciones más detalladas a los miembros de la prensa, si acaso una vez al día. Esto ahorraría al público la lectura de sinsentidos y de idioteces.

»El doctor Nikitin ha accedido a mi petición con mucho gusto.»

Son palabras de un periodista, quien añade a continuación:

«Se espera para hoy la llegada de Churovski y Úsov en el tren de Moscú. La familia Tolstói está reunida al completo, salvo Lev Lvovich, que se encuentra en el extranjero. Esta jornada es de una importancia enorme. La consulta a los médicos moscovitas tiene sobrecogido a todo el mundo y ha despertado tantas esperanzas como temores. Se cree que la opinión de Churovski será muy valiosa. La posible conmoción de Lev Nikoláyevich asusta un poco a médicos y familiares del conde, así como a todos los que están en Astapovo y esperan apasionadamente la bienaventurada noticia de que el famoso enfermo se siente por fin mejor y de que el peligro ha pasado».

89. MEJORÍA

Chertkov a su mujer:

> Noche en calma. Ayer por la tarde 36,6; esta mañana 37,3. Parece haber dejado atrás lo peor.

Tatiana Lvovna a su marido:

> Una ligera mejoría. Felicita a la pequeña.

90. MENSAJES MISTERIOSOS

La policía está más misteriosa y frenética que nunca. Los telegramas se cruzan, breves y tan en clave que ni siquiera sus destinatarios los entienden. Cualquiera diría que se asiste a una movilización general pésimamente organizada.

El teniente coronel de gendarmería Juravski informa al general-mayor Lvov:

> El número 317 ha salido hoy para Astapovo en el tren número 3.

Lvov replica:

> Su viaje a Astapovo se ha anulado.

El capitán Lebedev informa al capitán Savitski:

> Las instrucciones según el telegrama de Tverdov no provienen de mí.

El capitán Savitski abronca al comisario Soloviov:

> Cifre correctamente su telegrama.

A lo que el comisario replica:

> Yo no he telegrafiado nada.

El gobernador Obolenski ordena a su jefe de oficina:

Envíe un gendarme con la cifra en el tren de la tarde hasta Bogoiavlensk, donde cogerá el tren de mercancías que va a Astapovo.

El jefe de oficina hace lo necesario:

El guardia superior Iakovenko llevará el material demandado en el tren de Sarátov.

El teniente coronel Scriabin pregunta al general-mayor Lvov:

He recibido el paquete. ¿Hay que mandarlo a Astapovo?

El capitán Savitski sugiere al jefe de distrito Smirnov:

Con un gendarme.

Todo esto porque un viejo excomulgado por la Iglesia, acechado por la censura y vigilado por la policía se está muriendo desde hace seis días en una provincia perdida.

91. EL PADRE VARSÓNOFI HA DORMIDO MAL

La familia está prevenida. El humilde monje podrá decir lo que quiera, que si la mano del Señor, que si una simple coincidencia, que si patatín que si patatán. Un escueto telegrama reposa sobre la mesita del vagón:

El sínodo ha propuesto al monje Iossif para que vaya a exhortar a Tolstói. Iossif ha contestado que le era imposible. Varsónofi ha ido en su lugar.

Está firmado por «María Nikoláyevna», la hermana de Tolstói, religiosa, sí, pero ante todo hermana de Tolstói.

Por el momento, el padre Varsónofi no ha hablado con nadie. Se limita a redactar telegramas en silencio. Al anochecer, intentó hablar con la condesa Obolénskaya, sobrina de Tolstói, hija de la religiosa, pero ante todo sobrina de Tolstói. Esta se negó a conversar con él acerca del enfermo.

Luego trató de convencer a los hijos. Esfuerzo vano. Por otra

parte, aunque estos hubieran querido, no habrían conseguido nada. Las órdenes son tajantes.

Entonces, cuando la estación empezó a dormirse, el monje abandonó silenciosamente los baños donde le habían acondicionado un catre y, provisto de lo necesario para administrar los últimos sacramentos, se dirigió con sigilo hacia la casita roja. Estaba totalmente a oscuras en la noche y no se oía ningún ruido. El padre Varsónofi dio una vuelta alrededor, escrutando con atención el lugar y esforzándose por mirar por las ventanas para identificar en la oscuridad la habitación del enfermo.

Se acercó a la escalera de la entrada, encontró a tientas el picaporte y lo giró lentamente. La puerta estaba cerrada con llave. El monje recordó entonces las palabras del capitán de gendarmería sobre que la puerta siempre está cerrada y que la llave la tiene una persona de confianza que no deja entrar más que a quienes conocen la contraseña. Un ruido de pasos sonó en mitad de la noche. Por nada del mundo el padre superior habría querido que lo sorprendieran forzando la cerradura y se fue de allí conteniendo la respiración. Al llegar a la estación, se dio la vuelta. Una sombra se deslizaba hacia la casita roja. El monje creyó reconocer a un ferroviario. El hombre permaneció un momento delante de la ventana que Varsónofi había identificado como la del enfermo: aspiraba el aire de la noche, inmóvil, en un gesto de tensa espera.

El padre superior volvió a su aposento, empujó la puerta donde se leía «Señoras» y luego se acostó sobre las baldosas. El susurro interminable de un hilillo de agua que caía muy cerca de donde estaba acostado le impidió dormir.

92. LOS PROFESORES

A las nueve, los profesores Churovski y Úsov descienden del tren de Moscú. La familia entera los aguarda en el andén. Los doctores Semenovski, Nikitin y Berkenheim están también allí; Makovický se ha quedado junto al enfermo.

Con sumas atenciones, los recién llegados son acompañados a adecentarse un poco y a tomar un refrigerio en la cantina, para

luego ir de inmediato a la casita roja. Todo el mundo los sigue. Suben la escalera de entrada y desaparecen en el interior.

Familia, periodistas, ferroviarios se arremolinan ante la puerta. Nadie habla. Diríase que, a esa hora, se estuviera decidiendo el destino de Tolstói.

Los empleados del ferrocarril han dejado sus despachos. Han llegado campesinos de los alrededores. Breves preguntas, un dedo que señala hacia la casa y de nuevo el silencio.

En el jardín, el operador Meyer da vueltas a la manivela de su cámara. Es el único movimiento perceptible en Astapovo.

Un gendarme se acerca al grupo de ferroviarios y de campesinos y les pide que circulen.

93. LA CONDESA

Sofía Andréyevna está más serena después de despertarse. Ha desayunado en la cantina de la estación, en la mesa reservada para la familia Tolstói. Delante de los curiosos, ha hablado un buen rato con el padre Panteléimon.

La llegada de los profesores ha dado a la condesa una vaga esperanza. Conoce bien a Churovski.

—Él me dejará estar con el enfermo. Comprenderá que yo puedo calmarlo más que excitarlo. ¡Lo comprenderá!

Aguarda a que acabe la consulta. Vestida de negro, con su gorro de piel sujeto por un pañuelo claro anudado en el mentón, se suma a los devotos que están junto a la cerca. Delante de ella solo hay dos escuálidos árboles pelados, cuyo tronco está húmedo, y la ventana con su marco de madera. La condesa no se mueve. Mira fijamente, espera. ¿Qué ve?

Dos árboles, una ventana.

94. EL EXAMEN

Churovski y Úsov entran en la habitación del enfermo. Tolstói abre los párpados, mira a los recién llegados, pero no dice nada. Estuvo con ellos en Moscú; sin embargo, ahora no parece reconocerlos.

Los médicos se ponen a trabajar. Lentamente, con muchas precauciones, auscultan al enfermo, se inclinan sobre su pecho, consultan el listado de temperaturas, intercambian algunas palabras en voz baja. Tolstói se calla. Por la puerta entreabierta se ve el rostro angustiado de Alexandra Lvovna.

El examen ha durado veinte minutos. Churovski y Úsov se retiran de puntillas.

Tolstói llama.

—¿Quién es?

Le dicen los nombres.

Como si los viera por primera vez, añade:

—Muy buenas personas.

En los últimos días ha empezado a habituarse a los desconocidos. Son los rostros familiares —uno en concreto— lo que más teme.

95. NOTICIAS, DINERO

La Palabra Rusa:

> Enviamos trescientos rublos. Por favor, tome nota minuciosamente de cada paso de los clérigos, de la actitud de los allegados al paciente, de las órdenes y actos de las autoridades locales, de la gendarmería y de la administración del ferrocarril. Telegrafíenos aunque sea domingo, como siempre, de manera detallada y continua. Si es necesario, publicaremos una edición especial. Desde las cinco de hoy mismo puede enviarnos telegramas urgentes.

De Pathé Hermanos:

> Es absolutamente indispensable recibir mañana por la mañana los negativos para las noticias de Pathé-Journal. Telegrafíe. No vuelva sin que se lo autorice.

A *El Alba*:

> He tenido muchos gastos, más de sesenta rublos hoy; las sumas enviadas no alcanzan. Ruego encarecidamente a Nikolái Lvovich que comprendan mi situación y me manden ahora mismo

más dinero, y en adelante cincuenta rublos al día.

A *Tiempo Nuevo*:

Expidan telegráficamente y con urgencia trescientos rublos más. Envío despachos urgentes y esto cuesta mucho dinero. Mi familia les hará entrega de otros cincuenta rublos.

A *El Mensajero de Sarátov*:

Telegrafíen si debo quedarme, estoy sin dinero.

A *La Mañana de Rusia*:

Espero el dinero.

96. LA CONSULTA

Los médicos se reúnen en conferencia. La gente de la estación afluye hacia el patio que hay detrás de la casita roja y aguarda en la calle. La consulta se prolonga. Pronto se sabrá. ¿Qué se sabrá? Se sabrá la verdad.

A la una en punto, Ilia Lvovich entra corriendo en la cantina. Lleva en la mano un papel mojado.

—Señores —exclama—, señores, he aquí el parte.

La sala se llena inmediatamente. Escuchan.

—Temperatura 37,2 —lee Ilia Lvovich—. La inflamación de los pulmones es estacionaria...

Duda un instante.

—La actividad cardiaca inspira graves temores.

Y termina muy rápidamente:

—El enfermo mantiene la mente lúcida. Firmado: Churovski, Úsov, Nikitin, Berkenheim, Semenovski, Makovický.

El corazón, el corazón, el corazón.

Todo el mundo habla al mismo tiempo.

—Churovski ha declarado que no está prohibida la esperanza —dice Andréi Lvovich.

Ilia Lvovich lo interrumpe.

—Hace ocho años, en Crimea, la enfermedad de padre tenía

casi el mismo aspecto. Entonces, Dios lo salvó. Esperemos que en esta ocasión sea igual.

—Makovický no se ha cambiado de ropa desde que llegó —dice Gorbunov—. Alexandra Lvovna no ha abandonado la cabecera del enfermo ni un instante. ¿De dónde saca las fuerzas necesarias?

El corazón, el corazón.

97. LOS RUMORES

Astapovo se puebla de rumores. Dicen que el padre Varsónofi ha enviado un telegrama cifrado a Petersburgo, dicen que se dispone a ir a Moscú. Dicen que unos discípulos de Tolstói que viven en el Cáucaso han alquilado un tren especial y llegarán durante el día. Dicen que la estación está rodeada por la policía. Dicen, dicen...

98. EL CORAZÓN

> Como ya le he telegrafiado otras veces, he aquí dónde reside el principal peligro: el gran corazón de Tolstói, lleno de amor y que atrae hacia él a todos los seres humanos, está físicamente débil.
>
> Una conversación con los familiares de Tolstói me ha hecho ver que Lev Nikoláyevich no ha perdido sus fuerzas en ningún momento. Hoy ha permanecido un rato sentado. Él mismo se toma la temperatura y sostiene con firmeza el vaso para beber.
>
> Según el parte médico que acaban de leer, los que entienden de esto no tienen motivos para regocijarse.

99. CONSEJOS A LOS MÉDICOS

Aunque ahora hay seis médicos, se puede decir que no han pensado en todo.

Un facultativo de Kiev telegrafía a Makovický:

> Hay un síntoma en el enfermo que podría indicar anuria parcial.

Otro, desde Moscú, recomienda el uso de ungüento argéntico.

Otro moscovita avisa:

Cuidado con los efectos de la digitalina.

Desde todos los rincones del país, desconocidos angustiados, que tal vez no han enviado un telegrama en su vida, proponen remedios de abuela, recetas caseras, píldoras homeopáticas, hierbas medicinales.

100. LAS AUTORIDADES

El conde Obolenski ha vuelto. Cuenta con dos vagones a su disposición. El jefe del distrito postal se encarga de que funcionen los nuevos aparatos que acaba de mandar instalar. El director de la Compañía Riazán-Ural dirige la vida de la estación. Chíchkov, mariscal de la nobleza de la región, llega acompañado del jefe de la gendarmería comarcal. Jarlámov, el director del departamento de policía, sigue invisible.

Todas las autoridades, temporales o espirituales, se hallan reunidas en Astapovo.

101. EN LA CASITA

Los criados de Yásnaia Poliana velan al enfermo. Nada turba el silencio. Por las ventanas de la habitación, a través de los visillos blancos, se percibe, justo enfrente, más allá del jardín y de la vía férrea, la estación llena de gente por la que, de vez en cuando, pasa un tren mudo.

102. EL DESMENTIDO

La prensa en pleno cuenta que las autoridades han prohibido terminantemente a los periodistas el acceso a la estación. Es una torpeza de la que el gobernador de Riazán no se siente en absoluto responsable. Reúne a los periodistas, les pregunta si son bien tratados y si tienen algún tipo de queja, a la vez que deja caer de pasada que la dichosa orden no ha salido de él.

—Pueden ustedes desmentirlo, señores.

Los periodistas hacen oídos sordos. Entonces, el gobernador se decide. Redacta un comunicado y manda buscar al corresponsal de *Tiempo Nuevo*. *Tiempo Nuevo* es un periódico de línea conformista y siempre ha publicado los desmentidos de los gobernadores.

El telegrama sale un cuarto de hora más tarde:

> El gobernador de Riazán me ha pedido rectificar el error que se deslizó en mi telegrama del 4 de noviembre, en el que conté que, por orden del gobernador, se había prohibido a los periodistas permanecer en la estación y que se había cerrado la cantina, lo que ponía a la gente en una situación extremadamente incómoda. En realidad, la prohibición emanaba de la gendarmería, que aplicaba de ese modo el reglamento en vigor, y no del gobernador, quien no había dado ninguna instrucción al respecto, sino que, por el contrario, había manifestado el deseo de intervenir en favor de los periodistas. Por consiguiente, según una orden de la gendarmería de Moscú, todas esas medidas entorpecedoras han sido anuladas y se ha podido suministrar los víveres, sin ningún impedimento, a los viajeros y a los corresponsales de los periódicos. El malentendido proviene del hecho de que los representantes de la prensa habían sido mal informados. Actualmente todo está en orden y nadie tiene ningún motivo de queja.

103. EL HUMILDE MONJE

Por la mañana, el monje ha asistido a la misa y ha hablado con el pope de Astapovo. Mañana, él mismo se encargará de celebrar el oficio. De este modo podrá permanecer en la estación veinticuatro horas más.

El padre superior ha enviado al monje Panteléimon a hablar con la condesa. Conversación inútil: ella misma tampoco tiene acceso al enfermo.

Portando una carta del padre Iossif, quien, al menos, se entrevistó con Tolstói una vez, hace quince años, Varsónofi intenta de nuevo que le abran la puerta de la casita roja. Y, de nuevo, es rechazado. Pero no desespera. Se queda en Astapovo.

El capitán Savitski se informa discretamente del resultado de sus gestiones. Dos horas más tarde, todo el estado mayor del cuerpo de gendarmería sabrá que el superior del convento de

Óptina sigue sin ser admitido junto al enfermo.

104. TODOS LOS TOLSTÓI SON SOLIDARIOS

La verdad no basta. El público necesita saber más. En *El Mensajero Ruso*, un periodista ha reproducido una supuesta conversación con los hijos de Tolstói, según la cual tendrían la intención de vender Yásnaia Poliana al Estado «por unos dos millones de rublos». *La Mañana de Rusia* se explaya en detalles sobre el caso Chertkov.

Todos los periódicos llegan a Astapovo y todos son leídos. Ilia y Mijaíl Lvovich reúnen a los periodistas:

—Se escribe mucha porquería sobre nosotros, sobre nuestra madre. El artículo de *El Mensajero Ruso* es especialmente cínico, está repleto de evidentes falsedades. Negaremos en su momento las afirmaciones de ese tipo de individuos; por ahora les pedimos que guarden silencio y respeten que estemos reunidos en torno al lecho de nuestro padre moribundo. Que, al menos por respeto a Lev Nikoláyevich, se avergüencen de su calumnia y no vengan a aumentar nuestro sufrimiento.

Todo es material para más artículos, da igual que sean mentiras o aclaraciones, suposiciones o desmentidos. Los periodistas no cejan.

> La familia está indignada por las falsas noticias aparecidas en *La Mañana de Rusia* y ruega que se dejen de publicar detalles íntimos.
>
> Cada línea inexacta produce aquí una impresión particularmente dañina. La familia sufre por las ordinarieces y las falsedades. Sofía Andréyevna no puede leer ciertos artículos sin emocionarse ni contener las lágrimas. Hay que tratarla con cuidado y proteger los «entresijos» de la familia Tolstói en vísperas del terrible acontecimiento.
>
> Puedo certificar por mí mismo que todos los chismes relativos a los Tolstói no se basan en nada real y tan solo son dignos de desprecio. Se ha hablado de un ignoto antagonismo entre los miembros de esa familia, cuando en el fondo es una familia sólida y unida por la amistad. Todos los Tolstói son solidarios. No hay entre ellos ninguna discrepancia. Respetan profundamente la voluntad de

su padre y la cumplen fielmente.

Se había dicho que los Tolstói no eran admitidos junto a Lev Nikoláyevich. ¿Qué necesidad había de inventar una mentira tan absurda? Es lo contrario, toda la familia podría acudir inmediatamente junto al lecho del enfermo, pero no lo hace por amor a Lev Nikoláyevich, ya que temen que un encuentro inesperado lo conmueva y haga empeorar su estado. En definitiva, a menudo el público está mal informado y creo que todo periodista de buena fe debe reaccionar contra las falsedades de la prensa y hacer con ello una buena obra.

105. UN EXTRAÑO ANTAGONISMO

Chertkov no se ha dejado ver desde que el día anterior fue al telégrafo. Ha permanecido encerrado en la casita, con Alexandra Lvovna.

El profesor Churovski no ha autorizado a la condesa a visitar al enfermo. La enfermera tranquiliza a Sofía Andréyevna:

—Ya lo verá usted cuando se encuentre mejor.

—Pero los demás están con él...

106. EL MÉDICO DE LA COMPAÑÍA

El corresponsal de *El Pensamiento de Kiev* acaba de enterarse de que el médico de la Compañía Riazán-Ural, el doctor Stokovski, es originario de Kiev, donde hizo sus estudios superiores. Fue el primero al que llamaron para que atendiera a Tolstói. Una pizca de gloria salpica a su ciudad natal.

El periodista anota rápidamente todos los detalles. La situación es grave: corazón esclerótico, pulso inapreciable. El tratamiento se reduce únicamente a mantener la actividad cardiaca.

—Háble me de cómo fue su primer encuentro con él.

—Verá...

El doctor Stokovski se calla unos segundos.

—Yo estaba en mi casa leyendo en los periódicos la noticia de su partida. Entonces llaman a la puerta. Me dicen: «Venga enseguida, Tolstói está aquí y está malo». Creí que me querían

gastar una broma. Sin embargo, fui, porque nunca se sabe. Lo reconocí inmediatamente.

—¿Y después?

—Estaba inconsciente. Lo ausculté. Cuando volvió en sí, me preguntó: «¿Es grave?». Él mismo debía de temérselo, lo sabe todo.

—¿Y qué hizo usted?

—Le aplicamos unas cataplasmas.

—¿Y él no dijo nada más?

—Sí. Dijo: «Quítenmelas, no las puedo soportar».

El periodista corre al telégrafo. En el último momento, se equivoca con el nombre y al médico lo llama Statkovski.

107. LOS GRANDES MEDIOS

Tolstói no sobrevivirá. No tienen la menor duda de ello en el Ministerio del Interior, ni en el estado mayor de la gendarmería ni en el departamento de policía. No hay fábricas en las proximidades de Astapovo, pero están los ferroviarios, más los campesinos de los alrededores. Es preciso que el orden se mantenga a toda costa. El general-mayor Lvov sale para Astapovo.

Se hace preceder por un telegrama dirigido a los agentes de la Seguridad destacados en Kozlov, Riajsk, Balachov, Kamishin, Yelets y Ranenburg, que son las ciudades que rodean Astapovo:

> Háganme llegar vía exprés una nueva lista de los empleados de la Compañía Ferroviaria que hayan destacado especialmente durante la represión de la huelga, indicándome el tipo de servicio prestado y la eventual promoción o retroceso de los interesados.

¿Acaso se teme una sublevación, ya que están buscando provocadores?

108. CHÁCHARAS

«Acabo de tener una larga conversación con el conde Mijaíl Lvovich. Quería saber la opinión de los nuevos médicos sobre el estado de salud de Tolstói.

»Mijaíl Lvovich me ha dicho que ha tenido ocasión de hablar con Churovski y con Úsov. Ambos galenos moscovitas sostienen un punto de vista que no descarta la posibilidad de feliz desenlace de la enfermedad. Sin embargo, dentro de lo grave de la situación, el funcionamiento del corazón es lo más preocupante. Si un hombre corriente, tanto moral como físicamente, se hubiera hallado en las mismas circunstancias que Lev Nikoláyevich, ambos médicos no habrían dudado en predecir un desafortunado final y en un plazo mucho más breve. Pero tienen delante a un enfermo portentoso desde cualquier punto de vista. Ese anciano de ochenta y dos años tiene un cuerpo aún vigoroso, curtido por una existencia sencilla. Sabemos que el conde Tolstói es un caminante infatigable, un hombre habituado al trabajo manual. Pero ¿se trata tan solo del cuerpo? ¿No es en la mente donde reside la fuerza de Tolstói? Sobre estas cosas se basa la esperanza por su salud.

»Tolstói es un gigante del pensamiento. Los sufrimientos no han hecho mella en su alma de titán. Esta es la razón por la que los señores Churovski y Úsov, pese a los serios temores que han expresado, no han podido pronunciarse resolutivamente en ningún sentido. Carecen de datos firmes para sacar conclusiones definitivas. Para poder determinarlas, necesitarían prolongar más tiempo la supervisión de Tolstói. Por ahora, los doctores Churovski y Úsov, de común acuerdo con Nikitin, Berkenheim, Semenovski y Makovický, han decidido continuar observando el devenir de la enfermedad. Es difícil calcular cuánto tiempo pueden dedicarle.

»Esto que me ha contado el conde Mijaíl Lvovich revivirá, estoy seguro, la esperanza en el restablecimiento del gran escritor, esperanza que, no obstante, ha disminuido desde la publicación del último parte médico. Estamos todos pendientes, atentos a los doctores entregados a combatir la amenazadora enfermedad de Tolstói con toda la fuerza de su saber, de su talento y del amor que despierta en todos y cada uno de nosotros este gran sufriente.»

109. TELEGRAMAS VERDADEROS

De Goldenweiser a su mujer:

Situación crítica.

De Serguéi Lvovich:

Envíen hoy a Astapovo en el tren de pasajeros un colchón grande de caucho y un balón de oxígeno para Lev Tolstói. SERGUÉI TOLSTÓI.

De Gorbunov-Posadov a su mujer:

Situación muy grave.

De un periodista a unos amigos:

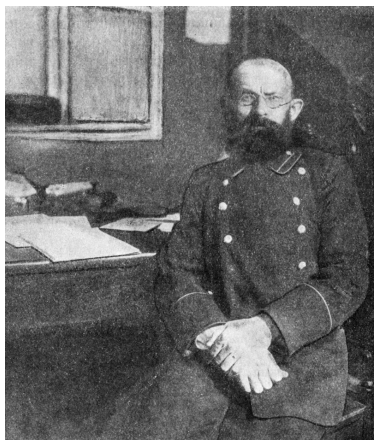
Felicito aniversario, día nacimiento, envío mis mejores deseos. Saludos desde aquí, donde esta mañana todo estaba todavía relativamente tranquilo; ahora otra vez noticias alarmantes, prevemos la posibilidad de catástrofe.

Del corresponsal de *La Hoja de Sarátov* a su periódico:

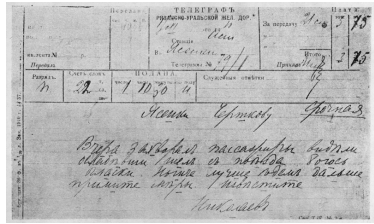
Mañana, lunes, publiquen una edición especial, esperamos un acontecimiento grave.

El andén de la estación de Astapovo.

La casa del jefe de estación Ozolin.



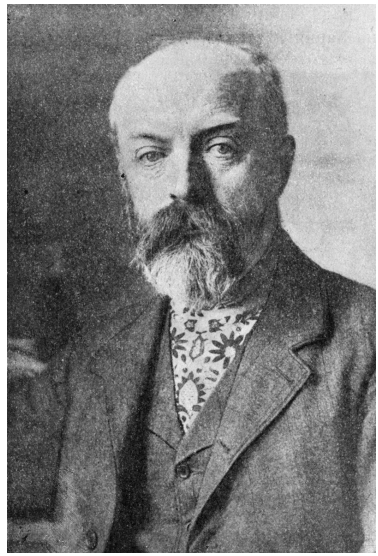
El jefe de estación Ozolin.



Telegrama manuscrito de Alexandra Lvovna a Chertkov, firmado con el seudónimo del padre, Nikoláyev.

Sofía Andréyevna Tolstaya con su hijo Ilia Lvovich en el andén de la estación.

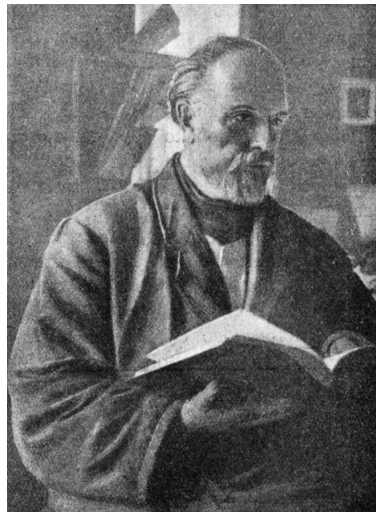
El doctor Berkenheim.



El doctor Makovický.

Sofía Andréyevna Tolstaya mira por la ventana de la habitación donde se hospeda su marido.

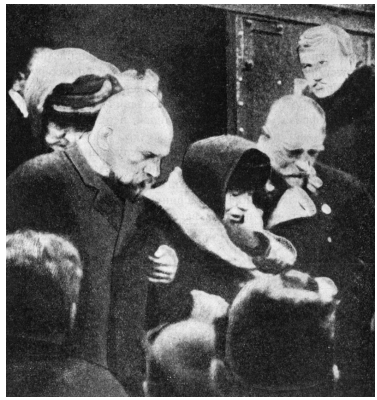
Sofía Andréyevna Tolstaya mira por la ventana de la habitación donde se hospeda su marido.



Vladímir Grigoriévich Chertkov.

Esperando los restos mortales de Lev Nikoláyevich Tolstói.

Los restos mortales de Lev Nikoláyevich Tolstói son trasladados fuera de la casa del jefe de estación.



Sofía Andréyevna Tolstaya sigue el féretro de su marido.

HISTORIA DE UN MATRIMONIO

La sonata a Kreutzer

«¿Qué deben hacer el hombre y la mujer que viven casados? [...] Lo mismo los dos: esforzarse en librarse de la tentación, purificarse e interrumpir el pecado suprimiendo las relaciones que impiden servir, en general y en particular, a Dios y a los hombres, reemplazar el amor carnal por las relaciones puras de hermano a hermana.»

L. TOLSTÓI, *La sonata a Kreutzer*, POSFACIO

«Tengo miedo de volver a embarazarme; todo el mundo conocería mi vergüenza y repetiría con un gozo malévolo la frase que se ha inventado la alta sociedad de Moscú: "He ahí el verdadero Posfacio de *La sonata a Kreutzer*".»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 25-XII-1890

«Hoy, al pasar a limpio el diario de Liovochka, he llegado a este párrafo: "El amor no existe. Existe la necesidad sensual de unirse a otro ser y la necesidad razonable de una compañera de vida". Si hubiera leído esta confesión hace veinte años, no me habría casado con L. N.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 14-XII-1890

«... Hay que comprender que la abstinencia, que supone una condición necesaria para la dignidad humana en el celibato, es aún más obligatoria en el matrimonio.»

L. TOLSTÓI, *La sonata a Kreutzer*, POSFACIO

«En estos últimos tiempos se ha vuelto más dulce, pero, aunque quiera creer con todas mis fueras en la antigua mentira, no puedo por menos que pensar que todo esto proviene de la misma causa: se siente con fuerzas y su vieja concupiscencia habitual se ha despertado en él.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 25-I-1891

«Podemos rechazar las enseñanzas de Jesucristo..., pero si las aceptamos, es imposible no reconocer que nos señalan el ideal de la castidad completa.»

L. TOLSTÓI, *La sonata a Kreutzer*, POSFACIO

«Liovochka observa la misma castidad que predica en *La sonata a Kreutzer*.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 6-III-1891

«Una y otra vez esta *Sonata a Kreutzer* me persigue: el periodo de saciedad ha llegado [18].[1]Hoy nuevamente le he declarado que [29] yo no iba a vivir más con él como su mujer. Me ha asegurado que eso es lo que realmente desea, pero no le he creído.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 21-VII-1891

«Nunca sabrá lo cerca que he estado del suicidio, aunque si lo supiera estoy segura de que no lo creería.»

S. A. Tolstaya, Diario íntimo, 21-VII-1891

«Soy para él un objeto que le molesta cuando no me necesita para su satisfacción.»

S. A. Tolstaya, Diario íntimo, 7-II-1891

«Si se calculara el daño que nos hemos causado el uno al otro, nos sería difícil hacer cuadrar nuestras cuentas, porque fueron enormes los sufrimientos que me provocó su última novela... He sentido en mi corazón que esa novela iba dirigida contra mí; me ha supuesto una herida repentina, me ha rebajado ante la opinión del mundo entero y ha destruido lo que quedaba de amor entre nosotros.»

S. A. Tolstaya, Diario íntimo, 12-IX-1891

«Cuando él considere que ha llegado al final de su vida amorosa conmigo, me expulsará de su existencia de la manera más simple, cínica y despiadada.»

S. A. Tolstaya, Diario íntimo, 21-IX-1891

«¿Qué me ha dado el matrimonio? Nada, salvo una infinidad de sufrimientos.»

L. Tolstói, Cuaderno de notas, V-1893

«Me habría hecho feliz someterme a Sonia, pero es tan imposible como que una oca vuelva a entrar en su cascarón. Es ella la que debería someterse, pero no quiere: carece de inteligencia, no tiene humildad y le falta el amor.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 9-VIII-1894

«Que mis hijos no me juzguen ni me condenen, pues nadie sabrá nunca cuáles fueron de verdad nuestras relaciones conyugales y mucho menos podrá reconocerse en lo complicadas que fueron.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 2-II-1895

El drama

6 de noviembre por la tarde

110. EL CORAZÓN

Son aproximadamente las dos de la tarde. El enfermo descansa tranquilo en su cama. Dormita. Tatiana Lvovna está sentada junto a su cabecera, ha sustituido a su hermana Alexandra, quien, extenuada por las vigilias, se ha tomado unos momentos de reposo.

Los minutos pasan lentamente. Cada uno de ellos es un minuto ganado a la enfermedad. Tatiana Lvovna pasa desapercibida. De vez en cuando, mira a hurtadillas a su padre, con el rabillo del ojo, sin volver la cabeza. Él parece dormir.

De repente, el enfermo extiende el brazo, coge la mano de su hija, la atrae hacia sí y pronuncia dulcemente:

—Llegó el final. Eso es todo.

Tatiana Lvovna, espantada, quiere soltarse, correr hasta el cuarto de al lado para buscar a los médicos. Pero le es imposible desasirse de la mano del enfermo: en ese brazo delgado y fibroso de anciano hay una fuerza descomunal.

—¡Doctor! ¡Doctor!

Tatiana Lvovna, prisionera, los llama. Acuden. Mira a los médicos que se precipitan alrededor del enfermo.

—Rápido, alcanfor.

Traen una jeringuilla. Los médicos se afanan en silencio. Tatiana Lvovna espía sus movimientos. Teme mirar fijamente el rostro devastado de su padre.

Comprende lo que pasa: se trata del corazón. ¿Es el fin?

La crisis cardiaca se prolonga veinte minutos. Poco a poco, el alcanfor produce su efecto. El enfermo levanta la cabeza. Los médicos se miran. Las emociones se suceden tan rápidas que en su rostro, ya recuperado, en las comisuras de los labios, en los ojos, persisten aún los signos de la angustia.

El enfermo está sentado. Contempla a los asistentes somo si acabara de conocerlos. Su mirada se detiene más tiempo en el rostro de la mujer. Es Tania. Se da cuenta y esboza una débil sonrisa.

111. LO QUE DICEN LOS TELEGRAMAS

> Hoy, alrededor de las dos, Tolstói ha tenido una fuerte crisis cardiaca que, afortunadamente, ha terminado enseguida y bien.
>
> Un poco antes de las dos, el enfermo ha tenido una crisis cardiaca que ha durado veinte minutos.
>
> Tolstói ha tenido una larga crisis cardiaca.
>
> Uno de los íntimos que vive en la casita roja me ha dicho que la situación es muy alarmante, no esperaban una crisis cardiaca semejante. El enfermo sufre mucho; se le ha administrado oxígeno. Aguardamos la noche con ansiedad.

112. EL PUNTO DE VISTA DE LA IGLESIA

Tolstói era un enemigo, un enemigo poderoso y peligroso. Antes de morir, es preciso que reconozca sus errores con respecto a la Iglesia, aunque sea de labios para afuera. Que haga como que se confiesa. Lo que importa es poder decir: Tolstói ha muerto como un buen cristiano. Demasiados discípulos lo siguen y lo escuchan, incluso en el pueblo más humilde. En eso está el peligro.

El obispo de Tambov, Cyril, telegrafía al enfermo exhortándolo a volver al seno de la ortodoxia. Su eminencia no tiene ninguna intención de ir a Astapovo. Es lo que manda decir a la prensa, pero al mismo tiempo pide a la dirección de la Compañía Ferroviaria que enganche su vagón particular a un tren

de la línea Riazán-Ural. El obispo de Mijaílov, Isidor, envía a Tolstói un extenso telegrama. Otros prelados hacen lo mismo. El arzobispo de Tula y de Bélev, Parfeni, llega a Astapovo.

Y en este momento es cuando las damas de la alta sociedad entran en escena, para poder decir: «Gracias a mi mensaje, Tolstói... bla, bla, bla».

La princesa Kurakin llora. La princesa Belosselski-Belozerski, hermana del general Skobelev, conquistador de los kanatos de Asia Central, ruega a Dios en un telegrama dirigido a Astapovo. ¡Cuánta solicitud, señoras!

Los periodistas, frenéticos ante esta avalancha de piedad, no saben a qué santo encomendarse. Unos copian y recopian las firmas. Otros resumen: «Se siguen recibiendo telegramas de muchos obispos que exhortan al moribundo a volver a la Iglesia. Unas damas de la alta sociedad suplican con lágrimas al escritor que cambie de opinión».

Cuanto peores son las noticias, más apremian las exhortaciones. Piden tan poca cosa. Un sencillo asentimiento, nada más. Tan solo será el pope quien hable con él.

113. MORIRÉ EN EL PECADO

El enfermo nunca protesta. Ejecuta aplicadamente todo lo que le ordenan los médicos. No quiere ofender a esos hombres que le echan tales miradas angustiadas cuando creen que él no los ve. Quién sabe si el tratamiento dará resultado. Eso no es importante. Lo esencial es no herir los sentimientos de esas personas. Esto sí es importante.

Tolstói pregunta a los médicos dónde han estudiado, si tienen familia e hijos.

Luego, de repente, añade apenado:

—No se cuida a un simple mujik moribundo como se me cuida a mí. En mi caso, hacen venir a médicos y especialistas; en su caso, a nadie. No cabe duda de que moriré en pecado.

114. EL TELÉGRAFO

El telégrafo de la estación se ha conectado con el del pueblo a través de la línea telefónica. Una segunda línea directa parte de Astapovo hacia Moscú y Petersburgo. El aparato de la estación transmite ocho despachos simultáneamente. Los empleados, extenuados, se apresuran a enviar los montones de mensajes en medio de un zumbido de hilos metálicos.

—Aquí Polianski. Señor Vrotchinski, he recibido varios telegramas y la transmisión se ha ralentizado. ¿Puedo transmitir los telegramas ya recibidos al telégrafo estatal de Astapovo, donde el jefe del distrito postal ha instalado dos nuevos aparatos que comunican directamente con Tambov y Orel?

—Aquí Vrotchinski. Si no consiguen transmitirlos todos sin retraso a Moscú por la línea 27 ni a Riazán ni a Riajsk por la línea 21, dirijan una parte a la oficina de correos de Astapovo, procurando no saturarla. En caso contrario, transmitan a Bogoiavlensk, donde los desviarán por Riazán. Es imposible enviar todos los telegramas con destino a Moscú por la línea 27, ya que crearíamos un cuello de botella que retrasaría toda la correspondencia.

—Aquí Polianski. Se han transmitido los despachos de prensa y no he recibido por ahora ninguno más. Estas son las últimas noticias sobre la salud del conde: a las dos ha sufrido una crisis cardiaca que ha durado veinte minutos. La situación es muy grave.

115. CUATRO DE LA TARDE

Los periodistas rodean al doctor Nikitin, que acaba de salir de la casa. El enfermo está en calma; ha recuperado las fuerzas visiblemente.

—¿Ha dicho algo?

—Ha hablado de la llegada de nuestros colegas de Moscú.

—¿Cuáles son sus pronósticos?

No hay respuesta.

116. SIEMPRE EL PADRE VARSÓNOFI

El capitán de gendarmería tenía razón. Todo depende de Alexandra Lvovna. Ella es la que manda. Es la primera en leer los telegramas. Solo ella podría, si quisiera, arreglar una entrevista con el enfermo. ¿Querrá hacerlo?

El padre Varsónofi escribe a Alexandra Lvovna. Espera su respuesta en el vagón de mercancías donde ahora lo han instalado. No tiene que esperar mucho tiempo.

—La joven condesa manda que le diga que el estado de su padre le impide recibir absolutamente a nadie.

El padre superior no dispone más que de unas pocas horas. Baja del vagón a contravía y se mete en el vagón del gobernador. El conde Obolenski va a su encuentro.

—¿Entonces?

Con gesto decidido:

—Todavía nada.

Echado sobre su catre, el subdirector del departamento de policía sugiere:

—¿Y si intentamos hablar de ello con la condesa? Nunca se sabe.

—Exacto —dice el gobernador.

—Si voy yo —objeta el monje—, todo el mundo sabrá enseguida de qué se trata. Se pondrán en guardia.

—Exacto —aprueba el gobernador.

—No he pensado en ningún momento que fuera usted —dice Jarlámov—. Sería infinitamente más oportuno que el conde Obolenski fuera a presentar sus respetos a la condesa Tolstói y preguntarle en qué puede serle útil.

—¿Para hacer qué? —pregunta el gobernador.

—En el transcurso de la entrevista con la condesa, usted podría deslizar algún comentario acerca de lo importante que sería para el santo sínodo, incluso... incluso, yo diría que para su majestad también, el que...

Mientras espera que el gobernador regrese, el padre Varsónofi da paseos por el andén. Un periodista se le acerca.

—Padre, permítame...

—¿De qué periódico?

—*Tiempo Nuevo*.

—Muy bien, muy bien. Ya puede ver que mi misión no es complicada. Me paseo y espero. Una vez que el conde se restablezca, iré a verlo, siempre con la autorización de los médicos, por supuesto, no para discutir con él sobre sus obras filosóficas, sino tan solo para darle un buen consejo.

Se hace un breve silencio; la voz del monje se torna más persuasiva:

—Un buen consejo: volver al seno de la Iglesia, no persistir en una actitud hostil. Eso es todo. Me quedaré aquí el tiempo que haga falta. Puede usted añadir para sus lectores que me atengo estrictamente a las indicaciones de los médicos, no estoy haciendo nada para precipitar mi entrevista con el gran escritor ruso.

El conde Obolenski desciende del vagón de los Tolstói. Al pasar junto al padre superior, hace un gesto negativo con la cabeza.

El monje corre al telégrafo.

> A S. E. el obispo Veniamin, en Kaluga:
>
> La salud del conde inspira temores. Los médicos esperan la crisis definitiva en un par de días. Hago todo lo que puedo por ver al conde con la intermediación de la familia, pero sin éxito. Los doctores no dejan que entre nadie. Esperaré a que llegue la crisis. Solicito sus santas plegarias y la bendición archipastoral en mi difícil misión. El gobernador y otras altas personalidades de Petersburgo están también aquí. Tampoco ellos han podido entrar en la habitación del conde. HUMILDE MONJE VARSÓNOFI.

117. SEIS DE LA TARDE

Los médicos se han reunido para redactar el parte sobre el estado de salud.

> Temperatura 37,9. A las dos de la tarde, el enfermo tuvo un debilitamiento súbito de la actividad cardiaca que duró veinte minutos. Por la tarde, el corazón ha vuelto a funcionar con regularidad. El enfermo mantiene su lucidez.

¡Tienen tan poco que decir los médicos! La enfermedad sigue

su curso normal: se encamina a la muerte.

118. GENTE CORRIENTE

Ha corrido el rumor de que la familia iba a desmentir las frases que ciertos periódicos le habían atribuido. Los corresponsales merodean alrededor de los hijos del enfermo con la esperanza de sacarles alguna declaración. Para llamar su atención, reprueban a coro a los colegas indiscretos. Por lo visto, han hablado demasiado acerca de determinados incidentes de la vida privada del gran escritor... Y también de su marcha de Yásnaia Poliana...

Uno de los hijos no aguanta más:

—No, nosotros no hemos seguido la filosofía de padre. ¿Era algo obligatorio? Lo amamos, lo veneramos. A menudo acudo a él y le hablo de las cosas que me emocionan. Padre es grande, tal vez mis ideas le parezcan insignificantes. Sin embargo, siempre me escucha y me aconseja. Nosotros somos gente corriente y solo pedimos ser tratados como tales.

119. SIETE DE LA TARDE

«Hacia las siete, he sabido por Berkenheim que el funcionamiento del corazón seguía mejorando. Aunque es imposible conceder a esto demasiada importancia, sin embargo parece disiparse la atmósfera opresiva que reinaba desde la consulta de esta tarde. Asistimos a una lucha obstinada entre un organismo viejo, pero excepcionalmente vigoroso, y una enfermedad mortal. ¿Bastará con esas fuerzas para vencer? Nadie se atrevería a predecirlo.

»Hoy, Andréi Lvovich ha podido ver a su padre desde lejos por primera vez desde que está enfermo. Cuenta que su padre ha cambiado poco aparentemente; su voz conserva toda su sonoridad, como antes.»

120. LA CONDESA

No ha salido del vagón en todo el día. ¿Para qué, si, de todas

formas, la puerta le está cerrada? ¿Para ir a la cantina, responder a las preguntas, hacer de tripas corazón, soportar el escarnio o la compasión? No es más que la esposa abandonada, la vieja mujer inútil, el hazmerreír de todos.

Recibe algunas visitas. El gobernador Obolenski ha estado media hora soltando frases pomposas. Ha dicho algo relativo al santo sínodo, pero ella no lo ha escuchado.

Churovski también ha venido. Ha intentado discutir con él, haciéndose valer, pero él ha insistido en que, por el momento, es imposible. Lev Nikoláyevich está extremadamente grave y esta última crisis cardiaca...

Ella no sabía nada al respecto. Se lo habían ocultado. Entonces rompe a llorar. ¡Se entera de que Liovochka ha estado a punto de morir después de que lo sepan los periodistas, los extranjeros, todo el mundo menos ella! Al profesor y a la enfermera les ha costado calmarla.

121. LAS OCHO, LAS NUEVE, LAS DIEZ

> A las ocho, un médico ha confirmado a este corresponsal que la mejoría del corazón persistía; sin embargo, la esperanza sigue siendo muy débil. La vida de Lev Nikoláyevich pende de un hilo. Churovski y Úsov han vuelto junto al enfermo.

Un tren entra en la estación. Los viajeros se diseminan por el andén, en busca de noticias.

Una segunda consulta tiene lugar a las nueve. El enfermo permanece en somnolencia. Los doctores no se han atrevido a tomarle la temperatura ni a cogerle el pulso. Se guían por los indicios que ven. Tolstói se siente claramente mejor. Los rasgos de su cara, desfigurados por la crisis, se han distendido. La respiración es más regular. La esperanza vuelve a crecer.

Llega la noticia de que, en contra de lo habitual, todos los periódicos de Moscú y de Petersburgo se publicarán mañana lunes.

El enfermo ha pedido leche; él mismo ha sostenido el vaso. Su pulso se ha reanimado. A las diez de la noche se duerme. Makovický está radiante y los demás médicos se muestran más

optimistas. Si el organismo del enfermo, dicen ellos, supera las complicaciones bruscas durante los próximos dos o tres días, cabe esperar una indudable recuperación.

122. CONTROL

A Moscú, telégrafo central

Respondan, para verificación, a qué hora han recibido el presente telegrama. LOS PERIODISTAS.

A Astapovo, periodistas

Recibido a las 11.34 de la noche, hora de San Petersburgo.

Aquí Polianski. Las informaciones han acabado por esta noche.

HISTORIA DE UN MATRIMONIO

El pinzón

«Por aquel entonces, mi padre tuvo la gran satisfacción de llevar a la práctica dos de sus ideas: renunció a todo tipo de propiedad y obtuvo de su mujer el consentimiento para que sus obras literarias pasaran al dominio público.»

T. SUJÓTINA-TOLSTÓI, *Sobre la muerte de mi padre*

«Hacer las gestiones de las cosas es tarea difícil y penosa. Qué fácil sería poder decir: "Soy cristiana y esto no va conmigo...". Pero es que no tengo tiempo para nada, ni para leer ni para trabajar. Mañana tengo que corregir unas pruebas y ponerme a coser la ropa interior. Me siento sola y abandonada.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 12-I-1891

«Mi testamento sería más o menos este (y puesto que no he escrito ningún otro, este sería el bueno): "Que me entierren allí donde muera, en el cementerio menos caro si es en una ciudad, y en el ataúd más barato, como se entierra a los pobres. No quiero flores ni coronas ni discursos. Si es posible, que todo se lleve a cabo sin popes ni oraciones. No obstante, si esto no fuera del agrado de quienes han de enterrarme, que entonces se haga como tengan por costumbre y se siga el ritual, aunque de la manera más sencilla y más económica posible. Que no se anuncie mi muerte en los periódicos y se abstengan de necrológicas".»

L. Tolstói, Diario íntimo, 27-III-1895

«He aquí la razón por la que no comparto las ideas de mi marido: porque no es sincero ni veraz. Todo está inventado, fabricado, traído por los pelos, y el fondo es pernicioso. La esencia que lo preside todo es la vanidad, la sed insaciable de gloria, el deseo insuperable de adquirir cada vez más popularidad.»

S. A. Tolstaya, Diario íntimo, 26-I-1895

«... en 1895 pasó algo que tuvo una gran y nefasta influencia en el carácter de mi madre. La desgracia que trastornó su existencia fue la muerte de un pequeño de siete años, Vania, el último de sus hijos. Mi madre jamás se recuperó de semejante golpe.»

T. sujótina-tolstói, *Sobre la muerte de mi padre*

«... Tania, he sobrevivido a la muerte de Vanechka... Ya no habrá más niños que aprendan a andar, no habrá más risas, ni más juegos, ni más árboles de Navidad luminosos ni más huevos de Pascua de colores, no haremos más carreras de patinaje, ni habrá más días fervorosos antes de la comunión... No habrá ya nada de todas esas cosas que, desde mi infancia, te lo aseguro, han llenado mi vida.»

S. A. Tolstaya, Carta a T. A. Kuzmínskaya, III-1895

«Hemos enterrado a Vanechka. Acontecimiento espiritual terrible, aunque, más que terrible, grandioso. Gracias, Padre, gracias.»

L. Tolstói, Diario íntimo, noche del 26-II-1895

«Nunca hemos estado tan cerca uno del otro, nunca he sentido ni en Sonia ni en mí una sed de amor como la de ahora, y tampoco una repugnancia por toda disensión y por todo mal como la de ahora. Nunca he amado tanto a Sonia como la amo actualmente, y me siento bien por ello.»

L. TOLSTÓI, CARTA A A. A. TOLSTAYA, 31-III-1895

«Ella cree que no la amo porque no ha venido a mí. No pienses eso. Te amo incluso más, lo comprendo todo y sé que no podías venir a mí y que por eso te has quedado sola. Pero no estás sola. Yo estoy contigo, te amo como eres, te amo hasta el final, te amo como es imposible amar más.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 25-X-1895

«Mi marido no es mi amigo, ha sido muchas veces, y sobre todo ya de mayor, un amante apasionado.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 25-VII-1897

«A muchas personas les aflige la idea de alcanzar la gloria después de la muerte; yo no la he deseado, habría renunciado a parte de mi gloria, por no decir a toda, si con ello tu alma hubiese estado en sintonía con la mía en vida, igual que lo estará después de que haya muerto.»

L. TOLSTÓI, CARTA A SU MUJER, 26-IX-1896

«Hoy copié el libro de L. N. *¿Qué es el arte?*, en el que constantemente habla con indignación de la excesiva presencia del

amor (esa manía erótica) en todas las obras de arte, y Sasha me dice esta mañana: "¡Qué alegre está hoy papá! Todos están alegres por su alegría". Si ella supiera que papá siempre está alegre a causa de ese mismo amor que él se empeña en negar.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 1-VIII-1897

«Últimamente he tenido muchos sentimientos penosos. Señor, Padre mío, líbrame de mi asqueroso cuerpo...»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 19-VII-1896

«L. N. ha dicho: "En cierta ocasión me dio por decir —y esto os ruego que no lo contéis, os lo cuento en secreto— que la mujer en general es tan malvada de por sí que entre una buena y una mala mujer no hay apenas diferencia".»

A. GOLDENWEISER, *Cerca de Tolstói*

«Me ha sorprendido descubrir en mí un sentimiento extraño: el de estar esperando un pretexto para quitarme la vida. Hace mucho tiempo que vengo alimentando esta idea, que madura cada vez con más fuerza. La temo tanto como temo a la locura... Últimamente, siempre que estoy triste, o tengo disgustos, o escucho reproches, me digo, como si tal cosa: "Pues muy bien, iré a Kozlovka y me mataré, ¡no puedo más, no puedo más, no puedo más, no puedo más, no puedo más! Hay que elegir entre vivir sin sufrimientos o morir, y lo mejor es morir". Que Dios me perdone.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 21-VI-1897

«Los hombres no disimulan ningún género de crímenes contra le

ley moral con tanta aplicación como los crímenes provocados por la concupiscencia [...]; no hay otro crimen que, dada la actitud que se adopta ante él, muestre mejor el nivel moral del hombre y sea más pernicioso para los individuos y para el progreso de la humanidad...»

L. TOLSTÓI, *Pensamientos sobre el problema sexual*, REUNIDOS POR V. G. CHERTKOV

«Liova ha preparado él mismo mi cama y, después de treinta y cinco verstas de viaje a caballo, todavía ha tenido las suficientes fuerzas para comportarse apasionadamente conmigo.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 7-XI-1897

«... un día escribiré sobre las mujeres. Cuando sea muy viejo y mi estómago ya no funcione y apenas me quede un suspiro de vida, entonces sacaré la cabeza y les diré: "Sois así y asá", y me largaré pitando para siempre, antes de que ellas me maten a picotazos...»

A. GOLDENWEISER, *Cerca de Tolstói*

«13-IV-1908... Si los hombres conocieran a las demás mujeres tan bien como los maridos conocen a las suyas, renunciarían de una vez por todas a hablar con ellas seriamente.»

N. GÚSEV, *Dos años con Tolstói*

«Le hablé del pinzón y de los celos típicos de este pájaro. Toda la vida con un solo canto, siempre el mismo, y resulta que es un canto de celos. El hombre tiene centenares de cantos en su alma y, sin embargo, se le condena por los celos. "¿Es esto justo? —

preguntó él pensativamente como si se hablara a sí mismo—. Hay momentos en que el hombre dice a la mujer más de lo que ella debería saber sobre él. Lo dice y lo olvida, pero ella se acordará siempre. ¿Quizá los celos provengan del miedo a humillar la propia alma, del miedo a ser humillado y ridiculizado? No es peligrosa la mujer que te tiene agarrado por la..., sino la que te tiene sujeto por el alma." Cuando le dije que había una contradicción entre estas palabras y *La sonata a Kreutzer*, él replicó con una sonrisa luminosa: "Pero es que yo no soy un pinzón".»

M. GORKI, *Recuerdos de L. N. Tolstói*

«Al día siguiente, en Pirógovo, mientras estaba escribiendo para L. N., todo se le volvió urgente: el abrigado sombrero que había pensado ponerme, la fruta, los dátiles, mi cuerpo, mi trabajo de copista, todo, todo le pareció absolutamente indispensable.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 2-XI-1897

«Para él, el universo es lo que rodea su genio, su obra, coge de lo que le rodea únicamente lo que puede serle útil para su talento y su trabajo.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 7-XI-1897

«Mi destino es ser la herramienta de un marido escritor.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 25-VII-1897

«Otra vez el mismo menú: sopa de verduras. ¡Qué aburrimiento! Treinta y cinco años así, cada día sopa de verduras...»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 21-VI-1897

«Qué feliz me habría hecho verlo tierno, empático, amigable, pero no pasa de una sensualidad tosca y, fuera de ella, lo demás le es indiferente.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 9-VI-1891

«Habla con frecuencia de las mujeres, y mucho, como un novelista francés, pero siempre con esa tosquedad de mujik que antaño me había oprimido tan desagradablemente.»

M. GORKI, *Recuerdos de L. N. Tolstói*

«Se puede considerar la necesidad sexual como una penosa servidumbre del cuerpo (así lo he considerado toda mi vida) y también puede ser vista como algo placentero (yo pocas veces he caído en ese pecado).»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 16-I-1900

«En 1899 Tatiana Lvovna se casa con M. S. Sujótin.»

V. JDANOV, *El amor en la vida de Lev Tolstói*

«No sé por qué Tania se ha ido con Sujótin. Es deprimente y humillante. Desde hace setenta años, mi opinión de las mujeres no hace más que disminuir, y va a seguir disminuyendo cada vez más.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 20-IX-1899

«... ese hielo de su corazón que tantas veces me ha hecho estremecerme en la vida.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 2-XI-1897

EL DRAMA

Noche del 6 al 7 de noviembre

123. LLUVIA DE TELEGRAMAS

Las otras noches ha sido posible dormir. Poco y mal, pero se ha dormido. Esta noche, en cambio, la pasarán fuera, de pie, en el barro, bajo la lluvia, en medio del bufar de las locomotoras que desgarrarán la oscuridad con sus silbidos estridentes. Se acabaron los comentarios, se acabaron las gestiones; se acabaron los monjes, los gendarmes, los amigos, los curiosos, los familiares, los consejos, las plegarias, las historias, los balones de oxígeno. Solo hablan los telegramas.

1.10 h, a *La Gaceta Rusa*, Moscú:

> Crisis cardiaca. Mala señal.

1.15 h, a *El Pensamiento de Kiev*:

> Actualmente, alarma extrema en la casita roja. La familia se ha reunido precipitadamente. El grupo de médicos está en la escalera de entrada. Esperamos las noticias.

1.25 h, a *El Pensamiento de Kiev*:

> Crisis cardiaca. Toda la familia ha ido hacia la casa, la condesa también. Los médicos lloran.

1.27 h, a *La Gaceta Rusa*:

Estén preparados.

1.30 h, a *La Palabra*:

Situación casi desesperada. Temo que no queden más que tres o cuatro horas.

1.35 h, a *La Gaceta Rusa*:

Duerme. El pulso es apenas perceptible. La condesa está delante de la ventana.

1.35 h, a *El Pensamiento de Kiev*:

Informo a la redacción: pocas horas de vida.

1.45 h, a *La Palabra*:

Los médicos están terriblemente alarmados. La familia ha sido reunida a iniciativa suya.

1.48 h, a la Agencia Telegráfica Petersburguesa:

Se ha dormido después de una crisis cardiaca.

1.53 h, a *La Gaceta Petersburguesa*:

A la una y media, nueva crisis cardiaca. Considerable debilitamiento del corazón. La familia permanece de pie en la puerta.

1.55 h, a *El Mensajero de Sarátov*:

Nueva crisis cardiaca violenta. En coma. Esperan la catástrofe.

1.56 h, a la Agencia Telegráfica Petersburguesa:

La primera alarma ha pasado, la crisis ha sido tan violenta como la de esta tarde. La familia al completo está reunida delante de la casa del enfermo.

2.00 h, a *El Alba*:

La esperanza persiste. La primera alarma ha pasado. La situación sigue siendo muy peligrosa.

2.00 h, a la imprenta de *La Hoja de Sarátov* sobre el asunto Tolstói:

A las dos de la madrugada, nueva crisis cardiaca. La familia entera reunida. Él se ha dormido. El asunto se dirimirá mañana por la mañana. Se aguarda el triste acontecimiento de alcance mundial. Todo Astapovo está despierto. Los periodistas han sido convocados de urgencia.

2.10 h, a *El Alba*:

Tenedlo todo dispuesto, no perdáis de vista el telégrafo.

2.20 h, a *La Gaceta Petersburguesa*:

El desenlace se acerca. Tolstói ha caído en un estado de somnolencia. La familia está toda reunida en el patio, bajo la lluvia otoñal. La estación entera está levantada. Telegrafiaré ininterrumpidamente.

2.30 h, a *La Palabra*:

A eso de media hora después de la medianoche, me dirigía hacia la casita roja para conocer las últimas noticias, convencido de que recibiría una confirmación de las que me habían llegado una

hora antes. Casi ya delante de la casa, me topé con Berkenheim, que iba con la cara pálida y lágrimas en los ojos. Enseguida comprendí que eran malas noticias. En respuesta a mi pregunta, me dijo: «Nuevo ataque al corazón». El médico se dirigía precipitadamente en busca de la condesa. Sofía Andréyevna, despertada por sus hijos, llegó corriendo, seguida por su dama de compañía.

2.35 h, a *La Palabra Rusa*:

Dos y media, incertidumbre total. Multitud de gente delante de las ventanas: los familiares y allegados se agolpan y cuchichean.

2.38 h, a *La Palabra Rusa*:

Sofía Andréyevna no está en el grupo de familiares. La desgracia que se avecina la ha sacudido como a una brizna de hierba. Presa de un temblor insuperable, se ha recluido en un rincón del vagón, desde donde aguarda las noticias que le traen sus hijos.

2.40 h, a *El Alba*:

No hay cambios.

2.46 h, a *La Palabra Rusa*:

A las tres, el enfermo sigue dormido o en duermevela. Se ha pedido a los familiares que vuelvan a su vagón, pero por el andén, en torno a la casita roja, merodean sombras inquietas, hablan a media voz, van y vienen a paso nervioso.

2.48 h, a *El Pensamiento de Kiev*:

Estado sin cambios. Preparen una edición especial matutina.

2.50 h, a *El Tiempo Nuevo*, Petersburgo:

Poco después de las dos de la mañana, nuevo ataque cardiaco. Ahora el enfermo duerme. Situación alarmante.

3.03 h, a *La Palabra Rusa*:

Uno de los médicos cree que la alarma suscitada esta noche ha sido exagerada.

3.05 h, a *La Palabra Rusa*:

Nada nuevo de lo que informar.

HISTORIA DE UN MATRIMONIO

«Esa divergencia tan estridente...»

«Después de la muerte de mi padre, se halló una carta escrita el 8 de julio de 1897 y dirigida a su mujer, carta que solamente era conocida por mi hermana Masha y por su marido Nicolás Obolenski.»

T. SUJÓTINA-TOLSTÓI, *Sobre la muerte de mi padre*

«Desde hace mucho tiempo, querida Sonia, me atormenta la discordancia entre mi vida y mis creencias. No puedo obligaros a cambiar el modo de vida ni hacer que dejéis los hábitos a los que yo mismo os he acostumbrado. Tampoco he podido abandonaros, porque pensaba que, al alejarme, privaría a los niños, pequeños aún, de la influencia, por minúscula que fuera, que pudiera ejercer sobre ellos, y además os causaría dolor. Sin embargo, no puedo seguir viviendo como he vivido durante estos últimos dieciséis años, ora peleándome con vosotros e irritándoos, ora sucumbiendo yo mismo en las tentaciones a las que estoy habituado y de las que me siento rodeado. Hoy he decidido hacer lo que me propuse hace mucho tiempo: irme. [...] La razón principal es que, al igual que los hindúes, que cuando llegan a los sesenta años se van al bosque, yo, como todo anciano religioso, deseo consagrar los últimos años de mi vida a Dios y no a bromear ni a juguetear ni a chismorrear, y mucho menos a jugar al tenis; así que, al borde de mis setenta años, anhelo con todas las fuerzas de mi alma la tranquilidad, la soledad y, si no una concordancia perfecta, por lo menos no esta divergencia tan estridente entre mi vida, mis convicciones y mi

conciencia...»

L. TOLSTÓI, CARTA A SU MUJER, 8-VII-1897

«L. N. está alegre, ha contado que en Tula ha ido en bicicleta hasta el velódromo y que allí todas las conversaciones versan sobre las carreras, en concreto sobre las relativas a ese deporte.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 14-VIII-1897

«Esta adoración por sí mismo que él alimenta se percibe en las páginas de su diario.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 12-XII-1890

«... en los últimos quince años, nuestros caminos se han separado. No puedo creer que sea solo culpa mía, porque sé que, si he cambiado, no ha sido por mí ni por los demás, sino porque me era imposible ser de otra manera. No puedo, por tanto, culparte a ti por no haberme seguido; al contrario, solo puedo estarte agradecido cuando recuerdo, y lo recordaré siempre, todo el amor que tú me has dado...»

L. TOLSTÓI, CARTA A SU MUJER, 8-VII-1897

«La huida no se produjo. Esperó aún trece años más.»

T. SUJÓTINA-TOLSTÓI, *Sobre la muerte de mi padre*

«Mis relaciones con L. N. han mejorado nuevamente. ¡Pero a qué precio! [152]»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 10-VII-1897

«La pasión sexual, cualquiera que sea la manera como se presente, es un mal, un terrible mal que hay que combatir, en vez de incentivarlo como solemos hacer.»

L. TOLSTÓI, *La sonata a Kreutzer*

«Está alegre y vigoroso como siempre [4], pero yo caigo en una actitud contraria, tengo remordimientos, tristeza, siento la gran necesidad y el deseo de relaciones poéticas, puramente espirituales, incluso sentimentales, pero no quiero nada de relaciones sexuales.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 17-VI-1897

«... *ella* hace teatro *con él*.»

V. G. CHERTKOV, *La fuga de Tolstói*

«S. A. me dijo: "En las biografías, siempre se deforma la vida familiar de los hombres célebres. Seguro que de mí harán una Jantipa".»

A. GOLDENWEISER, *Cerca de Tolstói*

«Al hablar de su compañera, convendría recordar que, pese a la naturaleza apasionada del artista, Sofía Andréyevna ha sido la única mujer que él ha conocido durante casi medio siglo. Aunque Tolstói, con la generosidad de la que daba sobradas muestras, llamase "sus amigos" a muchas personas, estas, en realidad, no

eran más que seguidoras de sus ideas. Convendrán conmigo lo difícil que es imaginarse a alguien que fuera verdaderamente digno de ser amigo de Tolstói.»

M. GORKI, *S. A. Tolstaya*

«Por la tarde, durante el paseo, ha dicho de pronto: "El hombre siente los temblores de tierra, padece las epidemias, el horror de las enfermedades y los diversos tormentos del alma, y sin embargo, inexorablemente, su tragedia más dolorosa ha sido, es y será la tragedia que se consuma en su dormitorio".»

M. GORKI, *Recuerdos de L. N. Tolstói*

«A veces, por la noche, cuando estoy sentada o echada a su lado, tengo ganas de decirle cuánto le quiero y que no he amado a nadie en el mundo como a él. Si alguna vez, por efecto de una especie de maleficio, le he dado la impresión exteriormente de haberlo engañado, en mi fuero interno había hacia él un amor serio e inquebrantable firmemente implantado, porque nunca le he sido infiel, ni siquiera un leve roce. Pero no puedo decirle nada, no hay que ponerle nervioso, y he de hacer yo sola el balance de estos treinta y nueve años de vida conyugal, en la que he sido en el fondo muy feliz y pura, aunque con un resabio de culpabilidad por no habernos hechos felices completamente el uno al otro hasta el final.»

S. A. TOLSTAYA, CARTA A T. A. KUZMÍNSKAYA, 11-VII-1901

«En las manos de esta mujer se encuentra el destino de todas las obras de L. N. Es terrible, pero no se puede hacer nada.»

N. L. OBOLENSKI (YERNO DE L. T.), CARTA A

V. G. Chertkov, 8-VIII-1902

«... la salud, bien. Pero desde hace un tiempo mi corazón está débil, aunque no hasta el punto de saludar a la muerte. No le tengo ningún miedo, simplemente estoy lleno de vida y no voy a hacerlo.»

L. Tolstói, Diario íntimo, 19-II-1904

«Tiene un absceso en la mejilla; da pena verlo, con la cabeza vendada; no se fía de nadie. En mi ausencia, ha llamado dos veces al médico y la tercera vez el médico ha venido a casa. No dejaba de repetir que tenía cáncer y que se iba a morir pronto: estaba deprimido, dormía mal...»

S. A. Tolstaya, Diario íntimo, 22-IX-1897

«... De pronto, me miró fijamente, se echó a llorar y me dijo: "Gracias, Sonia. No creas que no te estoy agradecido, que no te amo...". El llanto le impidió continuar y besé sus manos, tan queridas, tan familiares, mientras le decía que era dichosa por poder cuidarlo, que me sentía culpable por no haberle hecho más feliz, le rogaba que me perdonase por lo que no había sabido darle, y los dos, hechos un mar de lágrimas, nos abrazamos. Fue lo que mi alma estaba deseando desde hacía mucho tiempo: el reconocimiento serio y profundo de nuestra íntima relación durante treinta y nueve años de vida en común...»

S. A. Tolstaya, Diario íntimo, finales de 1901

EL DRAMA

Noche del 6 al 7 de noviembre (continuación)

124. POR LA NOCHE

Llueve. La estación está alerta. La enfermera se ha llevado a Sofía Andréyevna a su compartimento. Hay un deslizar de pasos por el andén. En la oficina del telégrafo, los empleados leen los despachos antes de contar las palabras. Un tren pasa sin detenerse: se ven rostros aplastados contra las ventanillas. Los periodistas caminan con dificultad por el barro del patio. El jardín que hay delante de la casita roja del jefe de estación está vacío. Unas sombras vigilantes montan guardia ante la ventana del enfermo. Un periodista se seca la frente con una mano temblorosa por la fatiga y la emoción. Ha olvidado algo importante. Tiene que ir a telegrafiar sobre el caminar cansino de la condesa. ¿Caminar cansino? Ya ha tomado nota de ello hace cinco minutos. Otra cosa. Se permite fumar. Saca un cigarrillo de la pitillera, lo enciende, se llena voluptuosamente los pulmones de humo. Hacía años que el periodista deseaba hacerlo.

125. EL CIGARRILLO SE APAGA

Una calada, dos caladas, tres caladas. Una gota de lluvia cae sobre la brasa del cigarrillo y este crepita suavemente.

De pronto, una puerta se cierra de golpe. ¡Hay jaleo dentro de la casa! Las sombras pasan por las ventanas encendidas. La estación se anima de nuevo. Alguien corre hacia el vagón de la condesa. Los periodistas se precipitan. Una segunda gota apaga el cigarrillo.

3.05 h, a *La Gaceta Rusa*:

Nueva alarma en la casita; otra vez se han reunido todos.

3.05 h, a *La Palabra*:

Después de una relativa tranquilidad, nueva alarma. Todos los miembros de la familia reunidos.

3.19 h, a *La Gaceta Rusa*:

Inyección de morfina. Duerme.

3.20 h, a *El Pensamiento de Kiev*:

Le han inyectado morfina. Según cuenta Ilia Lvovich, el enfermo duerme y tiene las piernas tibias.

3.30 h, a *La Palabra Rusa*:

Sin cambios, se considera que la situación será estable por unas pocas horas.

3.40 h, a *La Gaceta Rusa*:

Duerme. Ligera mejoría del pulso. Han obligado a la condesa a que vuelva a acostarse.

3.40 h, a *La Palabra*:

Duerme. Pulso ligeramente mejor. Se han llevado a su esposa a su vagón para que se acueste.

3.40 h, a *Las Noticias de Odessa*:

Ligera mejoría.

3.40 h, a *El Pensamiento de Kiev*:

La condesa ha sido trasladada y está tranquila. El enfermo se siente un poco mejor, el pulso es más estable.

3.40 h, a la Agencia Telegráfica Petersburguesa:

Aún es posible la esperanza si el sueño dura unas horas. Sofía Andréyevna ha vuelto a su vagón para acostarse otra vez.

3.45 h, a *La Comarca Meridional*:

Telegrafíen si publican el lunes.

3.45 h, a *La Hoja de Sarátov*:

Al darse cuenta de la alarma provocada por la crisis, Sofía Andréyevna ha querido volver a la casa, pero se lo han impedido. Una noche fría y húmeda. Por los alrededores de la vivienda del mártir desfilan los periodistas silenciosamente. En el patio, los miembros de la familia hablan a media voz. Al otro lado de la ventana tilila una débil llama y pasa la sombra de uno de los médicos. Todo está en silencio como si la naturaleza tuviera miedo de importunar, tal vez, los últimos momentos del gigantesco anciano. Tomen nota de las horas.

4.00 h, a *La Palabra Rusa*:

Es poco probable que alguien pueda dormir. Sin embargo, todos han vuelto a sus sitios respectivos.

4.30 h, a *La Gaceta Petersburguesa*:

La familia se disponía a dormir cuando supo la noticia de una crisis alarmante. Se la ocultaron a Sofía Andréyevna, pero esta, viendo el revuelo general que había, ha intentado ir junto al enfermo; se le ha impedido la entrada. Después de la crisis, Tolstói ha caído en un adormecimiento parecido al sueño. A las tres de la mañana, Úsov ha salido a anunciar que la situación no ofrecía cambios. Churovski se ha retirado. Pasadas las cuatro, el enfermo duerme. Enorme debilidad. Pulso en mejoría. La familia ha vuelto al vagón. A las cinco, reina un silencio tan angustioso que espanta.

HISTORIA DE UN MATRIMONIO

La vejez

«Ya ha llegado el momento, después de treinta años de matrimonio, en que la diferencia de edad entre nosotros se hace notar. Es un viejo. Reclama tranquilidad, silencio. Los niños le traen sin cuidado, no necesita a una mujer y a mí me cuesta mucho vivir separada de él, me sigue interesando la vida de mi marido y de mis hijas, todo me afecta, carezco todavía de esa quietud senil.»

S. A. TOLSTAYA, CARTA A T. A. KUZMÍNSKAYA, 13-XI-1892

«L. N. ha vivido en común conmigo mediante su cuerpo y tan solo me ha amado con un amor carnal. Este aspecto empieza a debilitarse en la misma proporción en que se debilita el deseo de vivir juntos.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 23-X-1897

«He recibido una carta de L. N. Me escribe que, aunque se aburre sin mí, aspira al aislamiento para trabajar, pues está viejo y no le queda mucho más tiempo para escribir. Puede que estos argumentos sean, quizá, muy importantes, pero, por lo que a mí concierne, debo hacer un gran esfuerzo para pensar que la redacción de artículos importa más que mi vida, que mi amor y que mi deseo de vivir con mi marido y de hallar en ello mi felicidad, sin tener que buscarla fuera.»

S. A. TOLSTAYA, DIARIO ÍNTIMO, 12-XI-1897

«S. A., con sus intervenciones y sus incesantes escenas, lo ha privado completamente de la posibilidad de ocuparse del trabajo literario en el que él cifraba su servicio a la humanidad.»

V. G. CHERTKOV, *La fuga de Tolstói*

«Habla con frecuencia de Dios, del mujik, de la mujer... En mi opinión, manifiesta hacia la mujer una hostilidad indestructible y le gusta castigarla, salvo que se trate de una Kitty o de una Natasha Rostova, es decir, seres que no considere del todo cerriles. ¿Acaso no es esta la hostilidad del hombre que no ha tenido tiempo de alcanzar la felicidad que pretendía y se consuela con la del espíritu "contra la humillante tentación de la carne"?»

M. GORKI, *Recuerdos de L. N. Tolstói*

«18-IX-1908... Cuando se le objetó que no es posible regocijarse en el advenimiento de la vejez, L. N. respondió: "En verdad, estoy contento de que el animal, esa bestia repugnante que hay en mí, desfallezca...".»

N. GÚSEV, *Dos años con Tolstói*

«27-VIII-1908... El 24, L. N. dijo: "Hoy he tenido un sueño extraño, sucio. He soñado que tenía relaciones sexuales con una mujer. No le diré su nombre, eso no importa. Lo más sorprendente es que, en el sueño, no sentía ninguna repugnancia ni tenía conciencia de que estaba actuando mal. Este sueño me parece importante para comprender con claridad que la conciencia moral y la vida física no están de ninguna manera ligadas".»

A. GOLDENWEISER, *Cerca de Tolstói*

«L. N. contó que estos últimos días había soñado que bailaba un vals con una dama y le preocupaba bailar a la antigua moda mientras los demás bailaban a la moda nueva.»

V. BULGÁKOV, *Con L. N. Tolstói durante el último año de su vida*

«La capitulación de Port Arthur me ha apenado, me duele. Es patriotismo. He sido educado en él y no he conseguido librarme de su efecto, como no me he librado del egoísmo personal, familiar, incluso aristocrático y nacional. Todos esos egoísmos viven en mí, pero tengo conciencia de la ley divina que mete en cintura esos egoísmos, de manera que yo puedo evitarlos. Y así, poco a poco, se atrofian.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 31-XII-1904

«S. A. está seriamente enferma. La operación ha terminado hace poco. Con éxito, dicen. Sin embargo, ha sido algo penoso. Esta mañana se encontraba muy bien físicamente. ¡Cuánto alivia la proximidad de la muerte!»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 2-IX-1906

«Es la una de la mañana. Masha ha muerto. Cosa extraña: no he sentido ni terror ni espanto, ni ninguna conciencia de que me estuviera sucediendo algo excepcional, ni siquiera una compasión causada por la pena. Cualquiera diría que necesitaba generar en mí un sentimiento especial de ternura, de dolor, y lo hice; pero en mi fuero interno me hallaba más sereno que frente al mal comportamiento de un extraño, no digamos de uno mío. Sí, es tan

solo cuestión de dominio del cuerpo y, por tanto, irrelevante.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 26-XI-1906

«En efecto, basta con liberarse, como hago yo actualmente, de tentaciones como la cólera, la concupiscencia, la riqueza, la lascivia, y sobre todo de la gloria humana, para que enseguida se reavive la luz interior.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 10-X-1907

«12-II-1910... L. N. ha contado el sueño que ha tenido esta noche. Soñaba que había cogido de algún sitio un pico de hierro y se iba de allí con él en la mano. De repente, se da cuenta de que un hombre lo sigue y le va diciendo a la gente: "Miren, es Tolstói. ¡Qué daño ha hecho a la gente este hereje!". Entonces L. N. se da la vuelta y mata al hombre con el pico. Pero un poco más tarde, el hombre había debido resucitar, porque trataba de mover los labios para decir algo.»

V. BULGÁKOV, *Con L. N. Tolstói durante el último año de su vida*

«Qué raro es que con la bondad lleguen también la humildad y la modestia. Ahora, al contrario de lo que hacía antes, he dejado de pretender ser modesto y humilde.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 16-XII-1907

«Apenas si me ha hablado de sus temas habituales, es decir, el perdón universal, el amor al prójimo, el Evangelio y el budismo, ya que, sin duda, comprendió inmediatamente que no estaban "a mi alcance". Cosa que he agradecido profundamente.»

M. GORKI, *Recuerdos de L. N. Tolstói*

«... Me encuentro con alguien, a veces me acuerdo, pero por lo general me olvido de que debería recordar que esa persona y yo somos iguales. Me es especialmente costoso recordarlo mientras hablo con ella. Luego, Bielka, mi perro, se pone a ladrar y me impide pensar, entonces me enfado y me reprocho haberme enfadado. Me reprocho irritarme por tropezar con el bastón... Leo el periódico *Rusia*. Me horroriza la descripción de las ejecuciones y, para mi vergüenza, mis ojos buscan las iniciales T. y L. N. y, cuando las encuentro, me es aún más desagradable.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 10-III-1908

«L. N. dice: "Es bueno que me olvide de todo. Los pensamientos están todos concentrados en un único tema. No me lo quito de la cabeza mientras trabajo, montando a caballo, en la cama...".»

N. GÚSEV, *Dos años con Tolstói*

«Prácticamente he perdido por completo la memoria. El pasado ha desaparecido. En adelante, ni deseo ni espero nada. ¿Qué mejor situación puede haber?»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 3-I-1909

«Los habitantes de Yásnaia Poliana vivían por aquel entonces una época difícil. Los visitantes se llevaban la impresión de una especie de lucha entre dos bandos: uno, a cuya cabeza estaba Chertkov, era el de los partidarios de Alexandra Lvovna y de Varvara Mijailovna Feokritova, otro era el de Sofía Andréyevna y sus hijos.»

P. BIRUKOW, *Biografía de L. N. Tolstói*

«L. N. entró y dijo: “Hagamos un corro”. Nos cogimos de la mano y nos pusimos a dar vueltas alegremente. L. N. se reía e invitaba a Ilia Vasiliévich a unirse a nosotros. En ese momento, S. A. entró por la misma puerta, proveniente del patio. Enseguida todos nos paramos, bajamos los brazos y nos sentimos abochornados. Ella quiso unirse a nosotros, pero el humor había cambiado, habíamos perdido la alegría.»

A. GOLDENWEISER, *Cerca de Tolstói*

«He ido a verla. Estaba fuera de sí. Decía que Dušan [Makovický] la había envenenado y cosas por el estilo. Ya estoy harto, no puedo más, me siento enfermo... Por ahora, tan solo deseo alejarme y no participar en nada. No puedo hacer otra cosa, aunque he pensado muy seriamente en huir de aquí. Venga, demuestra tu espíritu cristiano. *C’est le moment ou jamais*. Tengo unas ganas terribles de marcharme.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 21-VII-1909

«... para obligarlo a someterse a ella contra su voluntad. Por eso simulaba esos ataques de histeria y de locura, amenazaba con matarse, fingía beber o haber bebido veneno, salía al patio con poca ropa cuando hacía malo, o bien, por la noche, obligaba a la gente a buscarla por toda la hacienda; a cualquier hora del día y de la noche irrumpía donde él estaba, aunque estuviera dormido de puro agotamiento, y lo despertaba para arrancarle a la fuerza las concesiones que ella necesitaba.»

V. G. CHERTKOV, *La fuga de Tolstói*

«... me daba pena ver a L. N. dominado por Chertkov, cuando este le obligaba a cometer unos actos que, por lo visto, no eran propios de la manera de pensar de L. N. Tolstói, que apreciaba muy sinceramente a Chertkov, se sentía a disgusto por esa tutela, pero la aceptaba sin decir nada, pues se basaba en principios que le eran muy queridos...»

P. BIRUKOW, *Biografía de L. N. Tolstói*

«Ayer Sonia me dijo con amargura que mi diario rezuma insatisfacción cuando me refiero a ella. Lo siento, pues tiene razón en que *in the long run* he sido feliz con ella, sin hablar del hecho de que todo va bien.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 30-IV-1909

«25-VI-1909... "He olvidado el pasado, el porvenir no me interesa. Ojalá llegue usted a este estado. Y al mismo tiempo, no ha decaído mi interés por los problemas esenciales de la vida."»

N. GÚSEV, *Dos años con Tolstói*

«... lo que usted me aconseja que haga es algo con lo que siempre he soñado [...] El hecho de vivir en familia con mi mujer y mis hijos, en unas condiciones de lujo terribles y vergonzosas en medio de la pobreza circundante, me atormenta sin cesar y cada vez más, y no pasa un día sin que piense en llevar a cabo su consejo.»

L. TOLSTÓI, CARTA A BORÍS MANDZHOS, 17-II-1910

«27-VIII-1908... Cuando estuvo enfermo, L. N. dijo a Alexandra

Lvovna: “Mi dolencia es S. A.”.»

A. GOLDENWEISER, *Cerca de Tolstói*

«Siguiendo los deseos de mi padre, hasta el loro ha aprendido a decir: “Ama a tu prójimo”.»

A. L. TOLSTAYA CARTA A A. GOLDENWEISER,
3-III-1909

«Si ella supiera y comprendiera cuánto envenena su presencia mis últimas horas, mis últimos días, mis últimos meses... Sin embargo, no sé decírselo, aunque tampoco espero que las palabras, las que sean, puedan tener sobre ella alguna influencia.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 13-VIII-1909

«4-II-1910... Me ha dicho S. A. que se han dado algunos casos de tifus en vuestra zona, en Teliatinkin, así que poned mucha atención en que L. N. no se contagie. Yo estoy bien, pero él no.»

V. BULGÁKOV, *Con L. N. Tolstói durante el último año de su vida*

«... las torturas morales que ella le hizo sufrir sistemáticamente durante los últimos meses de su vida...»

V. G. CHERTKOV, *La fuga de Tolstói*

«La agitación creciente de S. A. obligó a su entorno a mandar venir a un psiquiatra... se le diagnosticó delirio paranoico.»

P. BIRUKOW, *Biografía de L. N. Tolstói*

«L. N. dijo, dirigiéndose a María Nikoláyevna (su hermana): “Ah, Mashenka, cuánto siento no ser ortodoxo. De serlo, me habría largado ahora a cualquier monasterio. Qué bien montado lo tienen los budistas: cuando un hombre envejece, se retira al desierto”. “¿Y la familia?”, preguntó S. A. “Bueno, al llegar a esa edad, desaparecen todas las obligaciones.”»

A. GOLDENWEISER, *Cerca de Tolstói*

«La oración que más me agrada últimamente: “Señor, ayúdame a vivir independiente del juicio humano, solo ante ti y para ti”.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 20-V-1910

«Me he sometido por completo a las tentaciones del destino y vivo rodeado de un lujo y de una ociosidad física que mi conciencia me reprocha constantemente. Me consuela pensar que vivo en plena armonía con mi familia y con los extraños y que escribo algunas cosas que me parecen importantes.»

L. TOLSTÓI, CARTA A P. BIRUKOV, VERANO DE 1910

«Si te inquieta la idea de que los biógrafos futuros que sean hostiles a ti puedan servirse de mis diarios, sobre todo de los pasajes en los que, bajo la impresión del momento, cuento nuestras discusiones y conflictos, si no ves que la expresión de ese tipo de sentimientos pasajeros en mis diarios, como pasa en los tuyos, no da en absoluto una imagen exacta de nuestras verdaderas relaciones, en fin, si esto te asusta tanto, me complace tener ahora la oportunidad de expresar en mis notas, o más bien en esta carta que te dirijo, mis

verdaderos sentimientos hacia ti y lo mucho que valoro tu vida.

»[...] No he dejado de amarte como te amé desde mi juventud y, a pesar de las razones para el enfriamiento entre nosotros, te amo todavía. Las razones para el enfriamiento (no me refiero a la suspensión de nuestras relaciones sexuales, cuyo cese solo podría servir para dar la engañosa impresión de un amor no auténtico) eran las siguientes: primero, mi alejamiento progresivo de todos los intereses de la vida mundana y la repugnancia que estos provocaban en mí, mientras que tú no querías ni podías separarte de ellos, al carecer tu alma de los mismos principios que me han llevado a mis convicciones, cosa muy natural y que no te reprocho en absoluto. Esto en primer lugar. En segundo lugar..., durante estos últimos años tu carácter se ha vuelto más y más irascible, despótico e incontrolable... Tercero, la causa principal y fatídica, de la que ni tú ni yo somos culpables, es la concepción diametralmente opuesta que los dos tenemos del sentido y de la finalidad de la vida... Para no apartarme de ti, me sometí a un tipo de existencia cuyas condiciones me eran muy dolorosas, pero tú lo consideraste como una renuncia a mi modo de pensar, y este malentendido entre nosotros no hizo más que crecer y crecer... El caso es que, pese a todos los malentendidos que ha habido, yo no he dejado de amarte ni de valorarte. En cuanto a cómo valoro nuestra vida en común, te diré lo siguiente: yo, un hombre disoluto, profundamente depravado en mi vida sexual, ya de cierta edad, me casé contigo, una chica de dieciocho años, pura, buena e inteligente, y, a pesar de mi sucio y vicioso pasado, has vivido conmigo casi cincuenta años amándome, llevando una vida laboriosa y dura, trayendo al mundo, amamantando, educando y cuidando a nuestros hijos y cuidándome a mí también, sin dejarte llevar por las tentaciones en las que tan fácilmente podría caer cualquier mujer como tú, fuerte, saludable y hermosa. Tú has vivido de tal manera que no tengo nada que reprocharte. Y por lo que respecta al hecho de que no hayas compartido mi excepcional motivación espiritual, tampoco puedo reprochártelo ni lo haré.»

L. TOLSTÓI, CARTA A SU MUJER, 14-VII-1910

EL DRAMA

Noche del 6 al 7 de noviembre (final)

127. LA ESPERA

Tres y media, cuatro de la mañana. En la casita roja, el enfermo dormita. Una débil luz ilumina la habitación, cuya ventana destaca en amarillo sobre el fondo negro de la noche.

La casita está enfrente de la estación. La vía férrea las separa. Desde el andén, se percibe la ventana encendida.

La condesa ha vuelto a desaparecer. El gobernador duerme. El director del departamento de policía duerme. El capitán de gendarmería duerme. El padre Varsónofi duerme.

Los periodistas están en vela, formando un rebaño que tirita de frío sobre la plataforma. Miran fijamente hacia la ventana iluminada. Unas sombras se deslizan entre los visillos blancos.

—Es Nikitin.

—Nikitin es más alto. Ese debe de ser Makovický.

—¿Ozolin, tal vez?

Ya les es imposible imaginar al médico pasando consulta en su piso de Moscú, tanto como lo es figurarse al jefe de estación, con su gorra puesta, recibir los trenes que pasan por Astapovo. Personas, estación, trenes, noche, todo y todos existen ya en función de un corazón que late desde hace ochenta y dos años y que ahora se niega a seguir latiendo.

A veces, a través de la ventana, se intuye un movimiento de sombras más rápido o más precipitado. Entonces, el grupo suelta exclamaciones de angustia, de tan nerviosos como están.

Cuatro de la mañana, cuatro y media. El frío húmedo y

pútrido se hace más acusado. Predecesora del amanecer, la bruma empieza a invadir Astapovo.

128. EL ENFERMO DUERME

Si el sueño del enfermo durase unas horas más, cabría albergar esperanzas. La llama azul de una cerilla se refleja en el vidrio de un reloj. La aguja pequeña está entre el 4 y el 5, la grande divide en dos el 6. Cuatro y media. ¡Si el sueño pudiera durar hasta el alba! Pero el día, en noviembre, tarda mucho en llegar.

—Si llego a dar cien pasos hasta el final del andén, vivirá. Noventa y dos, noventa y tres, noventa y cuatro... La plataforma se interrumpe unos diez metros. Seguir andando. Noventa y cinco, noventa y seis. Si quiere, no va a... No pronunciar la palabra *morir*. ¿Y si no quiere? Noventa y siete, noventa y ocho. ¿Y si durmiera? Todos estamos aquí para velar su sueño. Noventa y nueve.

El andén termina bruscamente. Los raíles continúan, solos, en la oscuridad.

—Estoy desvariando. Como si mis pasos...

Cuatro treinta y seis.

—Entre nosotros, ¿creéis que...?

—Yo no desespero.

—¿Y tú?

—¡Un organismo tan robusto! ¡Si no hace ni diez años que montaba a caballo y dormía con su mujer!

—Úsov dice que el corazón está exhausto.

—Exhausto, exhausto. No me lo creo. Ya veréis mañana por la mañana.

—Tal vez tengáis razón.

Pero los tres hombres evitan mirarse.

Cuatro treinta y ocho.

129. LAS 4.40 H

4.40 h, a *La Palabra Rusa*:

Nueva alarma. La familia vuelve a reunirse delante de la casa.

5.10 h, a *La Gaceta-Kopeck*:

Cinco de la mañana. Agravamiento brusco de la actividad cardiaca. Situación extremadamente peligrosa. Bruma, viento. Los gendarmes vigilan. Atmósfera pavorosa.

5.20 h, a *La Hoja de Sarátov*:

Cinco menos diez de la madrugada. Noche aún. Bruma. Astapovo vela. Los periodistas tiemblan de frío tras pasar toda la noche ante la casita roja. En ella, al otro lado de la ventana, hay movimientos. Alguien se acerca al enfermo con una lámpara. Cinco minutos más tarde, se ve la sombra de unas manos que se retuercen de desesperación. A las cinco, agravamiento peligroso. Han ido a buscar a la familia. Ilia Lvovich dicta el parte a los periodistas con voz temblorosa. Corresponsales consternados. Han acudido al telégrafo negándose a creer el inevitable final. Estamos transidos de compasión por el maestro.

5.29 h, a *El Mensajero de Sarátov*:

A las cinco, agravamiento brusco de la actividad cardiaca. Durante la noche, ha estado gimiendo sordamente, hasta que, de repente, se ha callado. Se ha convocado a la familia, que ha pasado la noche delante de la casa. La condesa ha vuelto junto al conde. Toda la estación está en vela. Los periodistas están a la expectativa. La esperanza se desvanece. Se encara lo peor. Todos están rendidos. El telégrafo con Petersburgo funciona sin interrupción. Publiquen edición especial, infórmenme sobre si he de viajar a Yásnaia Poliana para asistir al entierro. En caso afirmativo, aguardo el dinero por vía telegráfica.

5.30 h, a *La Mañana*:

Parte. A las cinco, agravamiento brusco de la actividad cardiaca. Firmas de todos los médicos. Sofía se encuentra junto al enfermo. Excitación general. Publica edición especial. Prepárate.

5.38 h, a *La Gaceta Petersburguesa*:

A las cinco de la mañana en punto, los médicos han publicado este parte: «Agravamiento brusco de la actividad cardiaca. Situación extremadamente límite. La familia al completo está reunida en la casita del enfermo».

5.39 h, a *La Gaceta Rusa*:

Hacia las cinco, la condesa ha sido admitida en la habitación del enfermo. Todos los hijos están presentes. Él todavía sigue consciente.

5.41 h, a *La Palabra*:

Alrededor de las cinco, la condesa entra en la habitación del enfermo, en la que todos sus hijos ya están presentes. Débiles señales de lucidez en el moribundo. Este ha dejado de gemir.

5.44 h, a *La Mañana de Rusia*:

La segunda crisis ha reunido en torno al lecho a toda la familia, incluida Sofía. No los ha reconocido y gime sin cesar. Por el momento, mantiene la consciencia. El corazón se ralentiza. El pulso sigue siendo muy débil. Fuerte dosis de morfina. La familia continúa a la espera.

5.45, 5.46, 5.47...

HISTORIA DE UN MATRIMONIO

«Guardar silencio...»

«Mi casa es peor que un incendio. S. A. está muy agitada, casi como una enferma mental: odia a Chertkov, creo que tiene celos de él, y esto me desespera.»

L. Tolstói, Carta a P. Birukov, 19-VII-1910

«... Sueño con huir de aquí. ¿Seré capaz de dejar una carta? Me da miedo, aunque creo que sería lo mejor para ella.»

L. Tolstói, Diario íntimo, 6-VIII-1910

«Me compadezco de ella, pero no me cabe duda de que ella merece más compasión que yo por lo cruel que soy al aumentar sus sufrimientos pidiéndole que se compadezca de mí.»

L. Tolstói, Diario íntimo, 7-VIII-1910

«La salud va de mal en peor. S. A. está tranquila, pero me sigue pareciendo una extraña... Me es inevitable desear la muerte.»

L. Tolstói, Diario íntimo, 10-VIII-1910

«... y cuando alguien preguntaba a S. A. qué iba a hacer y sentir si,

finalmente, él muriera a causa de lo mucho que ella le hacía sufrir, contestaba que se iría por fin a Italia, porque nunca había estado allí.»

V. G. CHERTKOV, *La fuga de Tolstói*

«Actualmente se encuentra desquiciada y no se puede sentir por ella más que compasión; para mí es imposible, absolutamente imposible, contrarrestar sus sufrimientos a riesgo, sin ninguna duda, de aumentarlos.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 14-VIII-1910

«De camino a Kóchety he pensado que si empieza otra vez con sus arrebatos y exigencias, me iré con Sasha. Y así se lo he dicho.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 15-VIII-1910

«Me da una pena terrible. Cuando pienso en lo que ella debe sentir a solas, por la noche, casi siempre despierta, dándole vueltas vaga pero enfermizamente a que si ya no la quiere nadie y a que si es un peso para todos, excepto para los hijos, es imposible no sentir pena por ella.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 25-VIII-1910

«Parto para Yásnaia aterrado por la idea de lo que me espera allí. Lo esencial es guardar silencio y no olvidar que hay un alma en ella: Dios.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 22-IX-1910

EL DRAMA

Amanecer del 7 de noviembre

130. EL TELÉGRAFO

El gran reloj de la central de Telégrafos marca las 5.48 horas. Moscú todavía duerme.

—Telegrama para *La Palabra Rusa*.

El redactor da un brinco, coge el papel que el empleado no se ha molestado en sellar y corre al teléfono.

—Vive.

El zumbido de la imprenta es continuo. El olor agrio del polvo de plomo, del papel y de la tinta flota en el ambiente. Sobre las mesas, negras y grasientas, los bloques con tipos de plomo están ya colocados en sus casillas. Hay diversas fotos de Tolstói: con dieciocho años, con treinta, con cincuenta, conduciendo un carro, con su familia, en su mesa de trabajo, recibiendo a un grupo de discípulos, en Astapovo. Grandes titulares que se leen al revés. Y, en el centro de la página, un espacio enorme equivalente a veinte líneas.

Con el componedor en la mano, un viejo tipógrafo espera ante la caja de las mayúsculas grandes.

Suena el teléfono. El cajista levanta la cabeza, con el tinglado en la mano. El maquinista comprueba por segunda vez el engrasado de la rotativa. El tipógrafo coge una letra del cajetín central y pasa por ella su pulgar negro y aceitoso.

El redactor jefe, con el auricular en la mano izquierda, se inclina sobre la barandilla.

—¡Vive!

Fuera, se extiende una Moscú que ya no es la capital patriarcal de *Guerra y paz*, ni la ciudad venida a menos de *Anna Karénina*, suplantada por la Petersburgo funcionarial. Ha pasado un siglo desde que Nicolás Rostov, en su delirio, ardía en deseos de dar la vida por su emperador. La Moscú de esta noche es la que ha conocido la derrota de Port Arthur, las huelgas, la insurrección de diciembre de 1906, la masacre en el barrio de Presnia, el trauma del bombardeo del general Dubásov, las horcas.

El reloj de la central de Telégrafos señala las 5.49 horas.

HISTORIA DE UN MATRIMONIO

«Esta casa de locos...»

«La amarga verdad que se impone decir es la siguiente: todas las escenas que han tenido lugar estas últimas semanas, más la llegada de Lev Lvovich y ahora la de Andréi Lvovich, perseguían y persiguen un objetivo práctico y concreto. Si ha habido ciertas manifestaciones verdaderamente enfermizas, inevitables cuando se hace un esfuerzo de simulación tan prolongado y extenuante, han sido explotadas hábilmente siempre con el mismo objetivo.

»Dicho objetivo consistía en que, una vez se me hubiera alejado a mí y tal vez también a Sasha, usted confesara, bajo una presión común y constante, si había escrito un testamento en el que privaba a su familia de la herencia literaria; en el caso de que no lo hubiera escrito, impedirle hacerlo sometiéndole a una vigilancia continua hasta el día de su muerte, y si usted lo hubiera escrito, retenerlo para que no pudiera ir a ninguna parte hasta que unos médicos reaccionarios le hubieran reconocido y diagnosticado una debilidad senil, con el fin de restarle toda validez a su testamento [...].

»El único capaz de evitar este crimen y, con ello, interrumpir una maldad como esa, que ya está en marcha y en la que están involucrados actualmente los miembros de su familia en Yásnaia Poliana, es usted y de una manera muy simple: tiene que salir de Yásnaia sin más dilación para dirigirse a Kóchety, donde, en condiciones que volverían imposible la ejecución de esa maldad, podríamos meditar tranquilamente sobre las medidas que tomar.»

V. G. CHERTKOV, CARTA A L. TOLSTÓI, 27-VII-1910

«Qué cómica es la contradicción en la que vivo, en la que, sin falsa modestia, elaboro y enuncio pensamientos muy importantes y muy significativos, mientras lucho contra unos caprichos de mujer que absorben la mayor parte de mi tiempo. Siento que en el terreno del perfeccionamiento moral soy todavía un crío, un alumno (un mal alumno, poco aplicado).»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 27-IX-1910

«... Tengo que trabajarme a mí mismo, hacer a mis ochenta años lo que hacía con una energía especial a mis catorce y quince años: perfeccionarme...»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 3-XII-1908

«Todo esto es muy muy doloroso. ¡Que Dios me ayude! Le dije que ni prometo ni prometeré nada, pero que haré lo que pueda para no mortificarla. No creo que pueda irme mañana. Sin embargo, debería hacerlo.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 16-X-1910

«... Qué comedia hace S. A. cuando está delante de él para lograr sus objetivos, tan pronto le da por agitarse entre gritos fingidos de desesperación y de locura como le da por enternecerse con manifestaciones de arrepentimiento, de humildad y de solicitud para que él esté bien; estas últimas son más insinceras aún, y, cuando son verdaderas a medias, son demasiado fugaces.»

V. G. CHERTKOV, CARTA A DÓSEV, 19-X-1910

«Estoy soportando mi prueba más amarga. Esta noche he pensado en mi partida.»

L. Tolstói, Diario íntimo, 16-X-1910

«Siempre el mismo sentimiento penoso. Sospecha, espionaje y deseo impuro, pretextos que ella me da para marcharme. Hasta tal punto soy malvado. Sin embargo, cuando pienso en el momento de la partida..., en la situación general, en la pena que siento..., veo que no puedo hacerlo.»

L. Tolstói, Diario íntimo, 25-X-1910

«Me es insoportable vivir en esta casa de locos.»

L. Tolstói, Diario íntimo, 26-X-1910

EL DRAMA

7 de noviembre

131. LA MANO DERECHA

Les había dicho:

—Os aconsejo que no olvidéis que en el mundo hay millones de seres humanos que sufren y vosotros únicamente os preocupáis por un tal Lev.

Luego había abierto la boca varias veces, pero tan solo se le escaparon unas pocas palabras inconexas.

Sin embargo, cuando el médico quiso administrarle un medicamento, lo rechazó. Hasta entonces, había obedecido siempre a los doctores, se tragaba las pócimas, se tomaba él mismo la temperatura, se dejaba auscultar. Esta negativa no tenía nada que ver con el sarcasmo amable de un hombre sano que toda la vida hubiera mandado a paseo la medicina. Los asistentes comprendieron entonces que todo había acabado.

A medianoche, se durmió. Goldenweiser estaba a la cabecera. Sus hijas y los médicos iban y venían por las habitaciones contiguas. Apenas tenían esperanzas.

A las tres, el corazón falló. Creyeron que era el fin. El enfermo ya no luchaba contra la muerte, se abandonaba, pero, cual hombre que se arroja al agua para ahogarse y, a su pesar, sus brazos y piernas se rebelan para salir a la superficie, el descarnado esqueleto del anciano aún se aferraba a la vida. Estaba demasiado débil para soportar más inyecciones. El alcanfor, la cocaína, la digitalina, el oxígeno se pusieron en formación de batalla. Se ganaron dos horas.

Cuando la condesa entró en la habitación a las cinco de la mañana, el corazón volvió a ceder. La familia se quedó en el cuarto de al lado. Sofía Andréyevna permaneció de pie, sin atreverse a acercarse a él. Ni un sonido salió de su boca. El enfermo paseó su mirada por ella y por la pared a la que estaba pegada; no la reconoció. Estaba echado boca arriba, con la pierna izquierda fuera de la cama y la derecha estirada dentro. Gemía quedamente, a intervalos regulares. Diríase que cada latido le hacía sufrir. Movía lentamente su mano derecha por la sábana, los dedos pulgar, índice y corazón se juntaban como si escribiera.

Los médicos, de manera automática, llenaban unas jeringuillas, agitaban unos frascos. No tenían ya otra cosa que hacer en esa casa. Makovický, de repente, lo comprendió todo. Dijo unas pocas palabras en checo; sus ojos se llenaron de lágrimas; vaciló. Acudieron a sostenerlo, pero él se apartó en silencio.

El enfermo dormitaba de nuevo. Minúsculas contracciones arrugaban su rostro. Los doctores se quedaron quietos. En la habitación no se oía más que la respiración cansina del moribundo.

A las seis, la respiración se hizo más lenta. El anciano pareció despertarse. Una mano alzó la vela que se consumía en la mesilla y la movió de derecha a izquierda. La llama se alargó y disminuyó como si fuera a apagarse. La pupila del moribundo reaccionó a la luz: había recuperado el conocimiento.

El alba despuntaba al otro lado de la ventana. A las seis y cinco, el enfermo lanzó un gemido brusco. Uno de los médicos acercó a su boca una cucharilla con agua; la rechazó con un movimiento de cabeza apenas perceptible.

Sofía Andréyevna se arrastró hasta el lecho y, en ese momento, se transmutó en una vieja cheposa y desgreñada. Estuvo a la cabecera los dos últimos minutos.

La respiración de Tolstói se hacía a cada instante más débil.

HISTORIA DE UN MATRIMONIO

La partida

«El hecho que me obligó a partir se ha producido. Heme aquí hoy, 28, en Óptina Pústyn.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 27/28-X-1910

«Me acosté a las once y media y dormí hasta las tres. Me desperté y oí, como en las noches anteriores, pasos y puertas que se abrían. Las noches pasadas no había mirado hacia la puerta, pero esta vez eché un vistazo y vi por las rendijas que había luz en el gabinete, a la vez que oía un ruido como de papeles. Era Sofía Andréyevna, que probablemente estuviera buscando algo o, lo más seguro, leyendo. La víspera me había pedido, más bien exigido, que no cerrase las puertas. Las dos puertas del dormitorio están abiertas, de modo que ella puede estar al tanto de lo que hago y de lo que digo, por mínimo que sea, y así puede controlarme. De nuevo pasos, una puerta que se abre con precaución y ella que se va. Esto ha provocado en mí, no sé por qué, una aversión insuperable y también indignación. Quiero dormirme, pero no puedo. Doy vueltas en la cama una hora, enciendo la vela y me siento. La puerta se abre, Sofía Andréyevna entra, me pregunta por mi salud manifestando su sorpresa al ver la luz encendida. La aversión y la indignación crecen. Me ahogo. Cuento las pulsaciones: 97. No puedo seguir acostado, y de repente tomo la decisión irrevocable de irme. Escribo una carta dirigida a ella, empiezo a empacar lo necesario para poder marcharme de ahí lo más pronto posible. Despierto a Dušan, despierto a Sasha, y ambos me ayudan a hacer

mi exiguo equipaje.

»Tiemblo solo de pensar que pueda oírme, lo cual acarrearía una escena muy desagradable, una crisis histérica, y ya no podría evitar marcharme sin esa escena. A las seis todo está casi embalado, voy a las cuadras a ordenar que enganchen los caballos. Dušan, Sasha y Varia terminan con los equipajes. La noche es negra como un horno, me pierdo por el camino que lleva a la otra ala de la casa, me meto por los matorrales, me pincho, choco con los árboles, me caigo, pierdo mi sombrero, no lo encuentro, consigo salir de ahí a duras penas, voy a la casa, cojo otro sombrero y, con ayuda de una linterna, vuelvo a las cuadras y doy la orden de uncir. Llegan Sasha, Dušan y Varia. La espera de que pueda perseguirme me hace temblar, pero ya está, ya nos vamos. Tenemos que esperar una hora en Shchókino, siempre con el temor de que ella aparezca de un momento a otro. Por fin nos instalamos en el vagón y partimos. El miedo desaparece y siento que se apodera de mí una infinita compasión por ella, pero no tengo ninguna duda: he hecho lo que tenía que hacer. Tal vez me equivoque al justificarme, pero tengo la impresión de haber salvado no a Lev Nikoláyevich, sino ese algo que a veces, por insignificante que sea, hay en mí.»

L. TOLSTÓI, DIARIO ÍNTIMO, 28-X-1910

«Mi partida te afligirá, lo lamento mucho, pero compréndeme y créeme, no podía hacer otra cosa. Mi situación en la casa era y es insostenible. Es que, sin mencionar otras cosas, yo ya no puedo vivir en esas condiciones de lujo en las que he vivido y hago lo que, por lo general, hacen los viejos de mi edad: se retiran lejos del ruido de este mundo para vivir en soledad y recogimiento los últimos días de su vida. Te ruego que me comprendas y no trates de reunirte conmigo, aunque consigas saber dónde me encuentro. Tu llegada solo lograría empeorar mi situación y la tuya, porque nada va a cambiar mi decisión.

»Te doy las gracias por los cuarenta y ocho años de vida

honesta conmigo, y te ruego que me perdones si soy culpable del daño que, a tu parecer, te he causado, como yo te perdono con toda mi alma todo aquello de lo que yo pueda culparte a ti. Te aconsejo que aceptes la nueva situación en la que te ha puesto mi partida y no albergues ningún rencor contra mí.»

L. TOLSTÓI, CARTA A SU MUJER, 28-X-1910

«... Una vida así no es que me sea desagradable, sino sencillamente imposible, y si hay alguien a quien debería asfixiarle esa vida no es a ella, sino a mí. Tan solo deseo una cosa: librarme de ella, de esta mentira, de esta falsedad, de esta inquina de la que está impregnado todo mi ser... Todas esas artimañas contra mí, lejos de demostrar amor, persiguen, por así decir, el claro objetivo de matarme...»

L. TOLSTÓI, CARTA A SU HIJA A. L. TOLSTAYA,
29-X-1910

«Pronto hará cuarenta y un años que vivo con Liovochka y siempre he tenido un miedo absurdo a que muera sin que esté yo presente.»

S. A. TOLSTAYA, CARTA A T. A. KUZMÍNSKAYA, 3-IV-1903

EL DRAMA

7 de noviembre (continuación)

132. LAS 6.05 H

Un pequeño grupo se agolpa delante de la escalera de entrada de la casita roja. Enfrente, la estación guarda silencio. Al otro lado, Astapovo duerme en el barro. La ropa, la tierra, la corteza de los árboles, todo está empapado. De las ramas desnudas caen gotas. La bruma se levanta sobre un día gris. Los vagones rojos de un tren de mercancías parecen adormecidos en las vías. El paisaje es desleído, huidizo, sórdido; bajo ese cielo plomizo, únicamente el acero de los raíles mantiene su rectitud y su solidez.

Un tragaluz se abre. Goldenweiser clama con voz temblorosa, rota por un sollozo:

—¡Ha muerto!

Del grupo nace un grito. Los hombres de descubren. Todos lloran. Ilia Lvovich se tambalea; lo sostienen. Sube por la escalinata. Boulanger aparece en el umbral con el rostro inundado de lágrimas.

Una voz pregunta:

—¿Es verdad?

—Sí, ya no está.

Y Boulanger se pone a llorar violentamente.

El silencio se apodera del patio. Detrás de la ventana oscila la llama de una vela.

La locomotora emite un silbido desgarrador y el tren se estremece. Otra vez el silencio. La gente llora. En el vestíbulo de la casa, el jefe de estación llora también.

Un periodista se decide. Atraviesa la vía cuando el padre Varsónofi llega a la sala de espera. El periodista penetra en la oficina del telégrafo. En la entrada, se cruza con el capitán de gendarmería que sale.

133. EL CAPITÁN DE GENDARMERÍA

El capitán Savitski apenas ha dormido unas pocas horas esa noche, pero aun así ha dormido. Un gendarme ha ido a despertarlo a las cinco. No se dijeron nada: a la primera mirada, el oficial comprendió por qué estaba allí.

Se vistió, se aseó, tras lo cual fue a echar un vistazo a la casita roja. Estaba en lo cierto. Esta vez era verdaderamente el final.

Cuando el capitán entró en la oficina del telégrafo, eran las seis menos diez. El instante exacto de la muerte carecía de importancia para Savitski, una vez que estuvo seguro del hecho. Se trataba ahora de actuar deprisa y de estar preparado para cualquier eventualidad.

Cuenta con los dedos: la dirección de la gendarmería ferroviaria, uno; el estado mayor del cuerpo de gendarmería, dos; la Seguridad del Estado, tres; el gobernador, cuatro; el general Globa, cinco. Toma cinco formularios telegráficos. En el del estado mayor añade algún detalle:

> Hoy, hacia las 6.30 horas, ha fallecido el conde Tolstói.

En los otros, simplemente:

> Tolstói fallecido.

El capitán seca la tinta, se acerca a la ventanilla, tiende los telegramas de manera maquinal, absorto en sus reflexiones: reforzar inmediatamente la guardia, mandar venir a los gendarmes de Lebedián...

Turbado por el insólito silencio, Savitski se decide a mirar lo que tiene delante. Ve al empleado, pálido, azorado, echado hacia atrás en el respaldo de su silla, con los formularios telegráficos

bailando en su mano.

—No puedo —dice el empleado enjugándose las lágrimas.

—Venga, venga, muchacho —dice el capitán—. ¿Qué le pasa? ¿Demasiado trabajo?

134. TRATADO DE ESTILO

6.00 h, a *La Palabra Rusa*:

Fallecido.

6.00 h, a *El Pensamiento de Kiev*:

Tolstói fallecido.

6.05 h, a *La Mañana de Rusia*:

Tolstói fallecido.

6.06 h, a *La Palabra*:

Fallecido.

6.10 h, a *La Gaceta Petersburguesa*:

Fallecido.

6.10 h, a *Las Noticias de Odessa*:

Fallecido.

6.11 h, a *El Alba*:

Fallecido seis cinco.

6.13 h, a la Agencia Telegráfica Petersburguesa:

Fallecido seis cinco.

6.15 h, a *La Voz de Moscú*:

Tolstói fallecido a las 6.05 horas.

6.17 h, a *La Gaceta Rusa*:

A las 6.05 Rusia ha perdido a su más ilustre hijo y el mundo, a su más ilustre ciudadano.

6.20 h, a *El Tiempo Nuevo*:

Tolstói fallecido a las 6.05 de la mañana.

6.23 h, a *El Mensajero de Orel*:

Lev Tolstói fallecido a las 6.05 de la mañana.

6.25 h, a *La Palabra Rusa*:

Parte médico oficial. Hoy a las seis y cinco de la mañana, Lev Nikoláyevich Tolstói ha fallecido apaciblemente. CHUROVSKI, ÚSOV, NIKITIN, BERKENHEIM, MAKOVICKÝ, SEMENOVSKI.

6.26 h, a *El Pensamiento de Kiev*:

Parte médico. Hoy 6.05 Lev Nikoláyevich apaciblemente fallecido. FIRMAS.

6.33 h, a *La Gaceta Rusa*:

Según palabras de Gorbunov, que ha asistido a los últimos instantes, Tolstói ha muerto con total serenidad, aunque sin volver en sí. Condesa estaba presente en el momento supremo.

6.35 h, a *La Gaceta Rusa*:

La agonía ha durado tres minutos.

6.38 h, a *La Palabra*:

Agonía tres minutos.

6.40 h, a *La Gaceta Rusa*:

Hoy a las 6.05 horas Lev Nikoláyevich apaciblemente fallecido. CHUROVSKI, ÚSOV, MAKOVICKÝ, NIKITIN, BERKENHEIM, SEMENOVSKI.

6.45 h, al telégrafo de la estación de Sarátov:

Informen a los jefes de servicio: Lev Nikoláyevich Tolstói fallecido a las seis de la mañana. DIRECTOR COMPAÑÍA.

6.55 h, a *La Gaceta-Kopeck*:

Fallecido 6.05 horas. Familia ausente. Todos consternados. Parte médico deceso firmado por Churovski, Úsov, Nikitin, Berkenheim, Makovický, Semenovski. Os suplico enviar dinero.

6.55 h, a *El Alba*:

Parte médico. Hoy a las 6.05 horas Lev Nikoláyevich apaciblemente fallecido. SEIS FIRMAS.

7.05 h, al ingeniero Gorin, en Kozlov:

135. LA FICHA

El médico de la Compañía Ferroviaria termina de rellenar la ficha que será depositada en los archivos.

19.º DISTRITO MÉDICO
Apellido: TOLSTÓI
Nombre: Lev Nikoláyevich
Edad: Ochenta y dos años
Empleo: Conde
Grado de parentesco: ...
Viajero. Foráneo
Estación: Astapovo
Dependencias administrativas
Dependencias privadas
Edificio: ... Puesto: ... Kilómetro: ...
Enfermedad: *Pneumonia Catarrhalis*
Apertura de la ficha: 31 octubre 1910
Ingreso en el hospital:
Salida del hospital:
Resultado:
- Curación: ...
- Deceso: 7-XI-1910
- Desconocido: ...

136. UNOS AGENTES DE POLICÍA EXPERIMENTADOS

El capitán Savitski recorre la estación. Todo parece en orden. Los periodistas se agolpan en la oficina del telégrafo. En la sala de espera, el oficial ve al padre Varsónofi y va a su encuentro.

—Me han despertado demasiado tarde —dice severamente el monje.

Savitski se encoge de hombros.

—De todos modos... —dice.

—Me han despertado demasiado tarde —repite el padre superior separando cada sílaba—. Es responsabilidad suya, capitán.

—Él estaba inconsciente.

La expresión del monje es tal que el capitán se pone rojo.

—Ya hablaremos —concluye secamente Varsónofi—. Tengo cosas que hacer. Puede retirarse, capitán.

El oficial de la gendarmería cruza las vías y se dirige hacia la casita roja.

—¿Podría ver a los señores médicos?

Se lleva la mano a la gorra:

—Sé que el conde ha fallecido. Les ruego que me lo confirmen.

Por ese lado, todo está en regla.

Un gendarme llega con un telegrama en la mano. Savitski lo abre y echa un vistazo a la firma: general Lvov.

> He enviado a quince brigadieres para que disponga de ellos. Mande venir a otros desde Yelets.

Durante media hora, el capitán adopta las medidas necesarias. Va de un lado a otro por las dependencias de la estación, trata de sorprender las conversaciones. Toma nota de algunas caras nuevas: son, sin duda, habitantes de los pueblos de alrededor en busca de noticias.

Recaba información entre los empleados del ferrocarril. A continuación, regresa al telégrafo.

Envía un telegrama al estado mayor del cuerpo de gendarmería:

> El entierro será en Yásnaia Poliana. Mañana se trasladará allí el cadáver. No hay recién llegados. Los empleados y los habitantes mantienen una actitud tranquila e indiferente.

Otro al general Lvov:

> El entierro tendrá lugar en Yásnaia Poliana. El cuerpo será llevado mañana. La población y el personal se muestran indiferentes.

En el momento de entregar los formularios, el capitán escruta al empleado, se acuerda de algo y, en ambos telegramas, corrige «indiferente» por «bastante indiferente».

El gendarme anterior vuelve a aparecer. Se requiere que el capitán acuda urgentemente junto al subdirector del departamento de policía.

Jarlámov lo recibe en su compartimento.

—Hay que avisar inmediatamente al gobernador de Tula —dice—. Yásnaia Poliana se encuentra en su territorio. No debe pillarle desprevenido. Tenga la bondad de llevar esto al telégrafo.

El telegrama está cifrado:

> El conde Tolstói ha muerto sin confesión. Los funerales tendrán lugar en Yásnaia Poliana. Está previsto el traslado del cuerpo por ferrocarril vía Gorbachovo, para llegar a Zasseka el 9 por la mañana temprano. Procure contactar con el gobernador de Moscú para que ponga a su disposición a unos agentes de policía experimentados y, si lo cree necesario, a un comisario para dirigir a sus hombres. Ya he advertido al gobernador de la eventualidad de tal petición.

137. BASTANTE INDIFERENTES

El empleado del telégrafo extiende el brazo, acerca el formulario para leerlo, cuenta las palabras, escribe la hora, dice el precio del telegrama, devuelve el cambio. Tiene los ojos enrojecidos por el insomnio y las lágrimas. Querría irse de ahí, refugiarse en cualquier otra parte, estar solo, escapar de esas dos palabras que de modo obsesivo se repiten bajo su mirada, escritas a tinta, a lápiz, en letras de imprenta, con escritura menuda, inclinada, recta, en mayúsculas, ilegible, seguidas de una firma, anónimas, ridículamente inútiles, porque ya todo el mundo, el mundo entero, lo sabe, debe de saberlo.

A Zalkind, en Yelets:

> Lev Tolstói fallecido seis y cinco de la mañana. Familia presente.

Zalkind es el librero de Yelets. Es avisado para que prepare el

escaparate. Once palabras. El empleado devuelve el cambio de un rublo. El siguiente.

—Buenos días.

Es Ozolin. Sus ojos detrás de los cristales de las gafas también están rojos. No sabe cuándo fue la última vez que se acostó...

—Buenos días, Iván Ivánovich.

A Zakatalski, en Simbirsk:

> Tolstói fallecido. OZOLIN.

Cinco palabras. ¿Zakatalski? ¿Un amigo, un pariente?

Un desconocido ha reemplazado al jefe de estación delante de la ventanilla. Es un individuo grueso de cara redonda que lleva un pañuelo presionado contra la boca. Tiende dos telegramas. Uno para Tiflis, otro para Vladikavkaz. El texto es el mismo:

> Lev Nikoláyevich se ha ido para la eternidad. Besos. VOLODIA.

Se llama Volodia. ¿A qué puede dedicarse este buen hombre? ¿Agrónomo? ¿Veterinario? Desde luego, no es de Astapovo.

Este que viene ahora tampoco. Es un periodista, un corresponsal de un diario finlandés.

A la comadrona Savlova, en Rejitsa:

> Tolstói fallecido.

Siempre esas dos palabras.

—¿Cómo? No. Cinco palabras, no dos. Sí. Gracias, señor.

A este otro ya lo ha visto alguna vez en la cantina, con los hijos de Tolstói. Un amigo de la familia, sin duda. Quiere mostrarse tranquilo. ¡A otro con ese cuento!

A Chetveríkova, en Moscú:

> L. N. fallecido 6 mañana. DUNÁYEV.

Un vistazo al péndulo. El número de orden, la hora, el número de palabras.

—¿Que cuánto tardará en llegar a Moscú? Normalmente, dos horas, pero hoy...

Aparece otra mano temblorosa.

Al doctor Rusanov, hospital regional de Vorónezh:

L. N. fallecido a las 6 h de la mañana. PANA.

¿Qué quiere ahora este presumido impaciente? Es el tercer formulario que malgasta. Con lo fácil que es lo que tiene que escribir. Todos se lo saben de memoria. En fin. Obviamente, va dirigido a una mujer, piensa el empleado con una súbita ojeriza al leer la dirección.

A Ermákova, en Kiev:

Tolstói muerto. Un beso, yo estoy bien. CHÚRIK.

—Se olvida usted el cambio, señor.

Los telegramas suben a Moscú, Petersburgo, Arkangel, bajan a Ucrania, Crimea, el Cáucaso, se dividen entre el mar Negro y el Pacífico.

El empleado mira el reloj. Desde que se fue Ozolin, apenas han transcurrido diez minutos.

138. «NO SE HA REQUERIDO MI PRESENCIA»

El padre superior había dormido a pierna suelta. Estaba seguro de que, en caso de que se produjera una alarma, el capitán de la gendarmería (o en su defecto, una voz interior) lo avisaría. Pero no ha sido así. En el preciso instante en que el monje se precipitaba a la sala de espera, Tolstói moría.

Es obvio que nadie lo había llamado. Sin embargo, sin atreverse a confesárselo a sí mismo, confiaba en que, en el último momento, la condesa o sus hijos lo llamaran, máxime considerando que el enfermo estaba ya inconsciente. Habría bastado con una entrevista de unos pocos minutos, sin testigos, y el padre superior habría logrado su misión.

El padre reprendió severamente al capitán Savitski a la vez que le interrogaba sobre las circunstancias de la muerte y las intenciones de la familia. También él tenía que mandar unos

informes al respecto. El primero a Kaluga, al obispo Veniamin:

> El conde Tolstói ha fallecido hoy, 7 de noviembre, a las seis de la mañana. Las dos últimas horas estuvo sin conocimiento. La familia estuvo asistiéndolo desde las cinco. Ha muerto sin confesión. No he sido reclamado en ningún momento. Permaneceré hoy en Astapovo e iré mañana al convento de Óptina. Ruego sus santas plegarias y su bendición archipastoral.

El segundo, más breve, al archimandrita Xénofon, en el convento. Se limitó a los hechos:

> El conde Tolstói ha fallecido hoy a las seis de la mañana, sin confesión. La familia estaba a su lado. No he sido invitado, aunque hice todo lo que estuvo en mi mano para ver al enfermo. Dos horas antes de la muerte, él ya estaba inconsciente. Telegrafío simultáneamente al obispo. Parto mañana.

El primer telegrama lo firmó como «Humilde monje VARSÓNOFI» y el segundo, simplemente como «Monje VARSÓNOFI».

Ahora, recorre el andén dando zancadas. Parece inmerso en profundas meditaciones, totalmente al margen del ajetreo que anima la estación.

Un periodista va a su encuentro disimuladamente y hace como que se tropieza con él y exclama sorprendido:

—Perdón, padre. Pero ¿cómo? ¿Todavía aquí? Creía que ya se había marchado.

—Como puede comprobar, aquí sigo —responde secamente el superior.

—¿Y por mucho tiempo?

Su tono es informal, como si la pregunta hubiera sido hecha por mera educación, por decir algo.

—No, mi misión ha terminado. Había venido para hablar con el conde. Pero los muertos no hablan.

—Entonces, ¿se marcha?

—En efecto.

—¿Volverá usted al convento, obviamente?

—No lo excluyo.

—A menos que decida proseguir hasta Petersburgo, ¿no?

—Es posible.

Parece despertar el periodista.

—Y dígame, padre, ¿se va a celebrar un funeral por Lev Nikoláyevich?

El monje se calla por un instante: cualquiera diría que está tratando de recordar qué nombre es ese que acaba de oír.

—A este respecto —contesta, dándose media vuelta—, sé lo mismo que sobre el conde saben los habitantes de la Luna.

Da tres pasos antes de toparse con un segundo periodista. Esta vez, el padre Varsónofi toma la iniciativa:

—Me voy —dice—, mi misión ha terminado. Estaba aquí como un soldado de guardia.

—¿Y se va usted a...?

—Pues a mi casa. Como todos ustedes me hacen las mismas preguntas, mejor marcharme cuanto antes. Puede que vaya a Petersburgo a dar mi informe.

—¿Sabe usted si el funeral...?

—Sobre eso sé lo mismo que sobre el conde saben... —¿cómo ha dicho hace un rato?— que sobre la existencia del conde... —se embrolla— saben en Marte o en Saturno, ¡eso es exactamente lo que sé! —espeta furioso.

Al periodista le parece una respuesta muy normal.

—Gracias, padre —dice, y cuando ya se iba añade—: Por cierto, espero que haya dormido usted bien.

139. LA VIUDA

No la ha reconocido. «Siempre he tenido un miedo absurdo a que muera sin que esté yo presente», había escrito ella. Pues bien, estuvo presente, pero él no. Durante una hora, estuvo escrutando su rostro demacrado por la enfermedad, estirado por el sufrimiento, mientras buscaba un asomo de sonrisa, una sombra de inteligencia. Miraba hacia la pared, luego clavaba en ella sus ojos para, un instante después, mirar a la pared de nuevo, atento a algo que ella no podía captar, como durante toda su vida. En el último minuto, ella se acercó, hundiendo su mirada en la de él,

pidiéndole, suplicándole que la reconociera una vez más. Murió como había vivido: ausente.

Todos se han arrodillado. A continuación, los hombres se han retirado y ella se ha quedado con sus hijas. Juntas, han amortajado el cadáver: ropa limpia, pantalón gris, blusón ruso, zapatillas. Desde su huida de Yásnaia Poliana, es la primera vez que ella toca a su marido.

Una vez que han terminado, las hijas han salido de la habitación. Ella se queda sola con él. No llora, ningún sonido sale de su boca. No tiene ya nada más que decirle, ni nada más que escucharle y, dentro de muy poco, tampoco podrá tocarlo nunca más.

Diez minutos más tarde, se ha ido sola de la casita roja, se ha dirigido hacia el andén a paso lento pero seguro, ha vacilado al subir las escaleras y luego ha seguido su camino con decisión. Todas las miradas estaban centradas en ella, pero ella no se fijó en nadie. Con la cabeza alta, la viuda de Tolstói subió a su vagón.

140. LITERATURA

Para *La Palabra*:

> Acabo de entrar en donde se ha representado el último acto de la gran vida de un titán, en donde, durante cinco días, el elemento mortal ha luchado por salvar la vida de este ser inmortal, y en donde hace tres horas su existencia se ha extinguido.
>
> Cuántas veces, durante estos últimos días, mi imaginación me ha hecho ver esta habitación a través de la doble ventana por la que el mundo entero miraba furtivamente con ansiedad y pavor... Ahora estoy en ella; me encuentro delante de la cama en la que, sobre dos pequeñas almohadas, descansa la cabeza de Tolstói, esa cabeza que ha concebido tantos nobles y bellos pensamientos para beneficio de la humanidad y del universo entero. Cuando la condesa, sentada a su cabecera, ha levantado la sábana y he podido ver los amados rasgos que la muerte ha fijado en su noble belleza suavizando la severidad, me he quedado largo rato sin poder distinguir nada por culpa de las lágrimas; quería caer de rodillas, sollozar, como solloza un niño cuando muere su padre o su amigo más querido, como solloza un discípulo cuando muere su más excelso maestro.
>
> Había visto a Lev Nikoláyevich hace un año, durante su

estancia en Moscú. Ahora está absolutamente igual; nada ha cambiado en su rostro, que es lo más característico de su aspecto exterior; tan solo la pañoleta que le sostiene el mentón revela dolorosamente que no está en un dulce sueño, sino en brazos de la muerte, y el corazón se encoge de tristeza. Las manos que han escrito *Guerra y paz* y *Confesión* están cruzadas sobre el pecho. También estas son las mismas, aunque ahora se han azulado. La frente, la boca siguen siendo lo más llamativo de su rostro; no han cambiado, parecen vivas aún.

Sofía Andréyevna mantiene su mano sobre la frente del difunto; acaricia y alisa los blancos cabellos repitiendo una y otra vez:

—Ahora me toca a mí. ¿Qué soy yo sin él? ¿Acaso puedo vivir así?

Es imposible dominarse. Jamás olvidaré estos momentos, los llevaré en mi memoria durante toda mi vida.

Van llegando otras personas, se oyen pasos, un murmullo. Son sonidos que parecen violar sacrílegamente el silencio sagrado. Hacen que el alma sufra todavía más.

Adiós, titán, adiós, tú que fuiste durante decenios la conciencia viva de Rusia y del universo. El pueblo ruso posee ahora una reliquia sacra más. Nunca crecerá la hierba por el famoso sendero que conduce hasta esta casita roja, rodeada de plátanos y de sauces. Y en cuanto a esta habitación en la que ha muerto Lev Tolstói, Rusia, compra esta casa con una suscripción nacional y consérvala como un objeto sagrado. Es tu primer deber entre todos los que te incumben para con el mejor de tus hijos. EL EXTRANJERO

Para *El Pensamiento de Kiev*:

Son las once. Lev Nikoláyevich ya no está en Astapovo. No se entiende por qué sigue habiendo tanta gente en la estación. Antes, cada detalle parecía importante, formaba parte de un gran todo. Ahora la mano de la muerte ha roto ese todo en mil pedazos. Nos encontramos con esos fragmentos y no sabemos qué hacer.

Durante estos días, Astapovo había dejado de ser una estación carente de importancia; se había convertido en el lugar en que un sabio se estaba despidiendo de la vida que tan magníficamente él había comprendido. La casita roja del jefe de estación había pasado a ser para nosotros un campo de batalla entre la vida y la muerte, y el propio jefe de estación, un mensajero que traía de ese combate noticias que a veces eran alegres y a veces, desesperadas. Nos parecía extraño ver llegar trenes con pasajeros que viajaban por asuntos vulgares y corrientes; se nos hacía imposible que el jefe de

estación volviera a sus ocupaciones cotidianas, en lugar de atender al escritor conmovedoramente.

Ahora la atmósfera que rodeaba todas las cosas en Astapovo se ha disipado. La casita roja ha perdido su encanto, su interés. Es cierto que aún alberga en su interior los restos de Tolstói, pero en comparación con el Tolstói vivo es insignificantemente poco.

Sin embargo, no hay muerte donde hay amor. Creo de verdad que la casa abandonada resucitará a una vida nueva. En la habitación resonarán las últimas palabras del largo sermón de amor dirigido a millones de mártires, que se iluminará con una voluntad renovada. La primera amargura de la pérdida, el rencor, el dolor pasarán. Sentiremos que Tolstói, muerto en Astapovo, está vivo en Rusia entera, en el mundo entero. No se dará cita en Astapovo la oleada de la tristeza del pueblo, tampoco lo hará la de su alegría.

Regocijémonos, entreguémonos al júbilo de pensar cuán inagotable es el espíritu humano creador, qué impotente es la muerte a la hora de envenenar con su dardo la inmortalidad del genio. Pues ¿no está la casita roja destinada a convertirse en un lugar de orgullo nacional?

Por favor, ruego encarecidamente corrijan las asperezas estilísticas. Estoy escribiendo en unas condiciones extremadamente penosas.

141. ¿PARA QUÉ QUEDARSE?

Chertkov recoge sus cosas. No tiene nada más que hacer en Astapovo. El cadáver pertenece a la familia. A él le basta con llevarse su espíritu.

Entra en la oficina del telégrafo y envía un despacho a su hijo:

> Hoy a las 6 de la mañana, Lev Nikoláyevich se ha extinguido apaciblemente, sin sufrimiento. Dejo su cuerpo aquí, pero él permanece en nosotros. Partimos esta mañana con Sasha y Varia vía Gorbachovo. Te beso con cariño. Sé fuerte como él siempre lo ha sido.

Alexandra Lvovna está a su lado. Le da tiempo a escribir unas palabras:

> Papá ha fallecido hoy en paz a las 6 de la mañana. SASHA.

Ya está lista. Se van los que habían acompañado a Tolstói en su última huida.

Tatiana Lvovna también se va. Avisa a su marido:

> Funerales en Yásnaia. Regresaré el 8 por Yelets. Envía los caballos. TANIA.

Irá a Yásnaia Poliana para preparar allí lo necesario.

Los amigos se preparan a su vez. Consultan los horarios, piden cabalgaduras, avisan a sus familias.

> Fallecido. Llegaré por la noche. Enviad al cochero. BOULANGER.

Los médicos se van. No les queda nada por hacer.

> Lev Nikoláyevich ha fallecido a las 6.05 de la mañana. Llego hoy. SEMENOVSKI.

Tan solo Makovický se queda en la casita roja. No llora. Tampoco habla.

142. EL POPE

Es domingo. El padre Nikolái Gratsianski, pope de Astapovo, se dirige a la iglesia. Desde hace una semana, evita la estación y a quienes están en ella. No se atreve ni a mirar hacia la casa del jefe de estación. El superior del monasterio de Óptina había ido a verlo el día de su llegada. El padre Nikolái había balbucido algunas explicaciones para finalmente excusarse. Desde entonces, se ha obligado a olvidar. La vida continúa: los parroquianos vienen a confesarse, las campanas suenan mañana y tarde, el diácono desentona en los mismos pasajes.

El pope se percata de la presencia de un extranjero y acelera el paso. Pero el otro lo alcanza y lo para.

—Padre, ¿dirá algo hoy al respecto, en la iglesia?

El extranjero no añade nada más, pero el padre Nikolái comprende de lo que habla.

—¿Es que ha... muerto? —pregunta asustado.

—Sí, esta mañana.

El pope hace una rápida señal de la cruz. Siente un vacío en

su interior. Es consciente de que, desde hace una semana, no ha pensado en otra cosa, pero articula a duras penas:

—No, no diré nada.

143. SE FORMA UN TREN

De Matreninski, director de la Compañía Ferroviaria, a Ossipov, controlador de la vía:

> Mande, a solicitud de Ilia Tolstói, el siguiente pedido: un ataúd de roble barnizado de 2 *arshines* y 9 *vershoks*, con una caja de zinc. Ruego la máxima urgencia y que se expida en el tren número 6. Telegrafíe inmediatamente. No enganchen ningún otro vagón al tren número 6. Coloquen a cola del tren un furgón de equipajes en el que pongan el ataúd, así como el resto de los objetos. Dé instrucciones para que en ese vagón se monte un modesto catafalco.

Del director de la Riazán-Ural al director de la Moscú-Kursk:

> Un tren especial, formado por el vagón mortuorio que transporta los restos de Lev Nikoláyevich y por un vagón de primera clase para los miembros de la familia, saldrá de Astapovo mañana 8 de noviembre y llegará a Gorbachovo a medianoche. Por favor, hagan que el convoy continúe hasta Zasseka en el tren número 8.

Del director de la Compañía al jefe del servicio de circulación:

> Recibirá usted de Naumov indicaciones acerca del destino del tren especial que comprende el vagón fúnebre del difunto Lev Nikoláyevich y el transporte de las personas que lo acompañan.

Del ingeniero Gorin al director de la Compañía:

> El furgón de equipajes está listo. Se ha elevado el suelo para colocar el ataúd y se han fijado en las puertas unas cruces adornadas con pasamanería. Pido instrucciones para engancharlo al tren número 37.

Telegrama de servicio al jefe de estación de Volovo:

> Tren número 11 doble tracción; convoy de 18 unidades. Prepare la locomotora para reemplazar la de Astapovo.

Del subjefe del servicio de mantenimiento a los jefes del servicio de circulación:

> Si hubiera necesidad de aumentar el número de vagones del tren especial en la salida de Astapovo, envíen urgentemente, una vez reciban una petición en este sentido, la cantidad de vagones necesarios provenientes de las cocheras de Kozlov.

Del director de la Compañía al jefe del servicio de mantenimiento:

> Infórmese en la dirección de la Compañía Moscú-Kursk si se han dado instrucciones para enganchar al tren de pasajeros de la noche del 9 de noviembre un vagón con los restos de Tolstói y otro para los miembros de su familia. Prevea que el coche fúnebre tenga cuatro ejes, lo mismo que el vagón de primera clase. Si por alguna razón fuera imposible enganchar el convoy al tren número 8, engánchelo al número 12. Si no hubiera más remedio, podríamos llevar el convoy más temprano, a la salida del número 4. Responda.

Del director de la Compañía al jefe del servicio de circulación:

> Vaya personalmente a Astapovo o envíe a un controlador para acompañar el tren especial.

Del mismo al jefe de personal:

> Informe al controlador Dútov, que va en el tren número 5, de que debe bajarse en Troyekúrovo para unirse a una locomotora que se dirige a Astapovo.

Del jefe del servicio de circulación al controlador de la vía:

> En conformidad con las instrucciones del director de la Compañía, tome inmediatamente el primer tren con destino a Astapovo para acompañar al convoy funerario. Me es imposible ir yo mismo.

Telegrama de servicio al jefe de estación de Troyekúrovo:

> El vagón de equipajes con el ataúd del conde Tolstói ha sido enganchado al tren número 6. Por favor, desengánchenlo.

Un tren acaba de nacer.

144. VUELTA ATRÁS

Todo el mundo se lo esperaba. La gran desgracia se veía venir como una amenaza obstinada, y los arranques de esperanza no eran sino un espejismo casi voluntario. Apiñados en un pequeño espacio alrededor de la casita roja del jefe de estación, todos vivían con una sola idea dolorosa; Rusia entera, el mundo entero vivían al unísono con ellos. Sin embargo, cuando el hecho sucedió, cuando las palabras que tanto temíamos pronunciar resonaron por el tragaluz, rompiendo los débiles hilos de esperanza y atravesando el corazón de los que allí estábamos —en una mañana brumosa, sombría, húmeda, en medio de los silbidos estridentes de las locomotoras, del estrépito de las ruedas, del crujido de las ramas heladas—, todos los que se encontraban en la estación de Astapovo y sus alrededores, todos sin excepción, fueron sacudidos por un golpe inesperado. Reinó entonces una terrible confusión.

El principio del desenlace puede situarse en torno a la segunda crisis cardiaca producida después de la una de la madrugada. Una hora antes, llegaban de la casa noticias que hablaban de un sueño apacible, de una relativa calma. Tranquilidad engañosa. Justamente una hora más tarde, el autor de estas líneas, buscando alguna información nueva con el deseo de transmitirla de inmediato a su periódico antes de que la imprenta se pusiera en marcha y así tranquilizar una vez más a los lectores, se encontró con Berkenheim.

Pálido, lloroso, el médico iba en busca de la condesa. Sin detenerse, dijo con una voz muy angustiada: «Ha surgido una nueva crisis en su débil corazón». Más aún que sus palabras, su tono, sus ojos, su cara auguraban el duro momento por venir.

Alguien fue corriendo a buscar a los hijos. La condesa ya estaba a los pies de la escalera de entrada. Los amigos íntimos llegaron entonces: Gorbunov, Boulanger, Goldenweiser. Luego, la desesperación pareció atenuarse. Úsov aconsejó a la condesa y a otros miembros de la familia que se fueran a dormir. Sofía Andréyevna se retiró.

Sin embargo, los médicos solo albergaban una débil esperanza: como mucho, le quedaban unas pocas horas de vida. El pulso no dejaba de debilitarse; costaba encontrárselo.

Úsov se dirigió al vagón de los Tolstói y dijo que quería avisar a la condesa para que acudiese junto al lecho de Lev Nikoláyevich. Esta dio un brinco, se precipitó, entró, acarició dulcemente el rostro del moribundo, besó sus manos y se retiró enseguida a la habitación de al lado.

Tolstói gemía mucho, pero se mantenía consciente, aguantaba las inyecciones, esbozaba algún gesto para que le dieran la vuelta,

se esforzaba en indicar lo que necesitaba.

Cuando su mujer entró en la habitación, él no reaccionó de ninguna manera. Quién sabe si la reconoció.

El corazón seguía debilitándose. Se intentó de todo: oxígeno, alcanfor, digitalina. Hasta el momento, durante el tiempo que estuvo enfermo le habían estado poniendo inyecciones ininterrumpidamente. Ninguna servía de nada, la vida se escapaba lenta pero inexorablemente; el pulso se hacía imperceptible; apenas si podían sentirse los latidos del corazón.

La condesa volvió de nuevo, seguida de todos cuantos estaban en las habitaciones contiguas. El final era inminente. Churovski calculaba entre cuatro y seis minutos.

Tolstói suspiró como si se durmiera. Uno de los médicos escuchó el corazón y lo que se oyó en la habitación fue: «Se ha ido».

El gran Tolstói había muerto; se había extinguido con toda serenidad, sin sufrir.

Quien esto escribe recabó los testimonios de cuantos allí estaban: Gorbunov, Boulanger, Goldenweiser, los hijos (de estos, en conversaciones dispersas en medio de la consternación y la confusión generales).

Los médicos pasaron a la habitación de al lado para redactar el texto del último parte; por eso las personas que rodeaban la casa supieron con cierto retraso que Rusia había perdido a su mejor hijo. Los periodistas transmitieron por telégrafo la triste noticia de que ya no estaba entre nosotros. La condesa se fue para volver más tarde. Un poco antes de las siete, todos se retiraron, dejándola sola con el cadáver tan querido. Permaneció diez minutos en aquel cuarto.

Hoy dicen que Tolstói era claramente consciente de que se acercaba su final en esta tierra, que lo presentía y que había hablado de ello unos días antes.

Los que pasaron a su lado el día de ayer dicen que sus últimas palabras plenamente conscientes fueron: «Os ruego que no olvidéis que hay muchos hombres en el mundo y que ahora tan solo estáis alrededor de uno llamado Lev». Fue lo que les dijo a Alexandra y a Tatiana. Luego, pronunció algunas palabras inconexas y no volvió a decir nada hasta caer la noche. Las palabras que ha dicho estos días fueron anotadas por Chertkov y por Makovický; confiamos en que se publiquen algún día. Es un deber que incumbe a quienes recogieron los últimos discursos de un gran hombre y de todo un sabio.

Una vez que la muerte hace su trabajo, forzoso es volver a las obligaciones de la vida cotidiana. Hubo que pensar en el entierro, sobre cuya naturaleza ya se había pronunciado de antemano el titán fallecido; su voluntad estaba en sintonía con lo que había sido su

vida entera. Respetando los deseos del difunto, la familia renuncia a una tumba ostentosa. Se harán los funerales sin ninguna ceremonia, serán los más sencillos posibles, tal como Tolstói siempre había deseado.

Continuará próximamente.

145. OTRO GENERAL

Los informes del capitán Savitski llegaron a Moscú hacia las ocho de la mañana. El general Lvov tuvo conocimiento de ellos mientras desayunaba. Savitski cumplía bien con su trabajo, pero nada más. No se podía dejar tan solo en sus manos una responsabilidad semejante. Era verdad que Jarlámov estaba allí, pero la policía y la gendarmería no son lo mismo.

El general ha descolgado el teléfono. Durante diez minutos, ha estado inclinado, pendiente del auricular, mientras recibía instrucciones. Luego, se ha enderezado y se ha pasado dos minutos dando órdenes.

Enganchen hoy mismo un vagón al tren número 8. Voy a Astapovo, ida y vuelta. GENERAL-MAYOR LVOV.

146. L. T.

La habitación no es grande y el techo es bajo. La cama ocupa la pared derecha. No hay otros muebles. Una cama de hierro. Dos almohadas: la pequeña encima de la grande, para que la cabeza del muerto repose en alto.

Las manos, enjutas y oscuras, están cruzadas sobre el vientre, una sobre otra, con los dedos extendidos. Una sábana le cubre hasta la cintura.

El rostro ha adelgazado. Las cuencas de los ojos, bajo los párpados cerrados, están más profundamente hundidas que cuando estaba vivo: en la penumbra parecen dos huecos negros. La nariz, su carnosa nariz de campesino, ha menguado. En los pómulos, tan salientes, la piel ha adquirido un color apergaminado.

La frente, atravesada en su parte inferior por dos profundas arrugas, es amplia y arqueada. Los labios están apretados.

La expresión es severa, pero la barba argentada con reflejos amarillentos que se expande sobre el blusón negro le da una especie de bonhomía.

Han puesto sobre las sábanas unas ramitas de abeto retorcidas que dejan ver las rayas rojas del colchón.

147. UN BILLETE DE IDA

Habían previsto hasta los menores detalles. El padre Varsónofi había llegado a Astapovo el 5 por la tarde. Le habían dado todo el día 6 para llevar a cabo su cometido. Su eminencia Parfeni, obispo de Tula y de Bélev, debía llegar el 7 por la mañana y, como prelado de la diócesis a la que pertenecía Astapovo, bendecir al pecador arrepentido. Los ministerios, la gendarmería, la policía estaban avisados y se habían dado las instrucciones pertinentes para enganchar el vagón especial del obispo al tren número 4 hasta Krémlevo y, desde allí, al tren número 8 hasta Astapovo.

Todo se desarrolló según lo previsto. El obispo Parfeni llegó a Astapovo el 7 de noviembre en el tren de las nueve de la mañana. Inmediatamente hizo venir a su compartimento al capitán de la gendarmería. Por él se enteró de que Tolstói había expirado tres horas antes.

Las ilusiones que el prelado había acariciado en su mente durante el viaje se derrumbaron de golpe. Ya no había pecador al que bendecir. Ni pensar, pues, en poder hacer ningún funeral.

Parfeni se entrevistó largo rato con el oficial, preguntándole sobre las circunstancias de la muerte y sobre el estado de ánimo de los allegados. Al final de su charla mandó llamar al padre Varsónofi.

El monje estaba sombrío y poco locuaz. Los dos servidores de la Iglesia intercambiaron unas breves palabras.

—¿Ha muerto sin confesión? ¿No se pudo hacer nada?

—Absolutamente nada.

Varsónofi añadió con gesto cansado:

—Lo intenté todo.

—Por tanto, imposible levantar la excomunión —dijo el

obispo pensativo—. ¿Y qué hará usted con el entierro?

—Eso es lo que me atormenta. Va a dar una impresión espantosa.

—Habría quizá un medio... Si la familia aceptara...

—No lo creo. Pero se puede intentar.

—¿La condesa?

—No ahora. Mejor uno de los hijos. En el fondo, estoy convencido de que preferirían un entierro religioso.

Un poco más tarde, Andréi Lvovich subió al compartimento del obispo. Este le dio su bendición, dijo unas palabras de consuelo, guardó por unos instantes un discreto silencio y luego pasó al ataque.

—Verá, conde, he venido aquí únicamente para informarme de si su difunto padre, en vida, había manifestado el deseo de un entierro religioso.

Andréi Lvovich, incómodo, encogió los hombros.

—No creo. No dijo nada al respecto. Ya sabe usted que mi padre...

El obispo le corta la palabra:

—Lo sé, lo sé. Pero Dios, en su infinita misericordia... Con que hubiera asentido una sola vez nos bastaría. ¿No cree usted que en el trascurso de esta pasada noche...?

Andréi Lvovich duda.

—Estaba inconsciente —dice.

—Parecía inconsciente —replica el prelado—. ¿Pondría usted la mano en el fuego afirmando que, en esos instantes supremos, su padre no llegó a murmurar palabras de paz y de reconciliación? No pensamos en esas cosas porque estamos muy seguros de que la muerte no nos sorprenderá, pero entonces...

Andréi Lvovich se levantó con un gesto de fatiga y dio unos pasos hacia la puerta:

—Lo siento —dice en voz baja—, excúseme.

Al llegar al umbral, se vuelve:

—Esas palabras que usted dice, padre, no las pronunció.

Después de una nueva entrevista con el capitán de la gendarmería, el obispo decidió marcharse. A través de la

portezuela de su compartimento, del que no había salido desde que llegó, vio alejarse la estación, el andén atestado de gente y a un gendarme apostado debajo del reloj.

El tren aceleraba. El obispo llamó a su secretario. Había que ocuparse de ciertas formalidades: estaba tan seguro de su éxito que tan solo había sacado un billete de ida.

148. RESUMEN PARA UN PERIÓDICO DE PROVINCIAS

> Recibido vuestro telegrama diciendo que vais a publicarlo ahora por primera vez. A partir de la 1.30 horas situación se hizo claramente desesperada. Médicos hablaban de esperanza sin creer en ella. Uno de ellos me había dicho en ese momento: «Morirá en unas tres horas». Pulso en rápido descenso, apenas perceptible. Se reunió a miembros familia, luego se los convenció de ir a descansar. Muy poco después médicos decidieron llamar a la familia de nuevo; condesa admitida junto a Tolstói, ha besado rostro y manos del moribundo, él no la ha reconocido; sin embargo, se mantenía consciente, se negaba a las inyecciones, rechazaba la luz de la vela y gemía. Se han utilizado todos los medios: oxígeno, alcanfor; en vano. Pulso bajaba precipitadamente. Condesa pasó a la habitación contigua, pero enseguida fue avisada de nuevo y todos entraron; él parecía dormido, Churovski se inclinó, escuchó corazón y dijo: «Se ha ido». Todos se quedaron paralizados. Goldenweiser dijo por el tragaluz que da al patio: «Muerto». A las seis horas y cinco minutos Rusia perdido gran hombre.

149. EL LUGAR DONDE JUGABA

Poco tiempo antes de su muerte, se le preguntó a Tolstói dónde querría ser enterrado. Él contestó:

—En Yásnaia Poliana. Detrás del jardín. Por el camino que lleva a las casetas de baño. Hay allí un montículo donde me gustaba estar cuando era niño.

150. LOS PERIODISTAS

Los periodistas, que están allí desde el principio, que llevan tres noches sin dormir, cual centinelas a quienes se ha olvidado relevar,

que van de un lado a otro para obtener la información, que son tratados con dureza y escriben de pie, empiezan a odiar a sus redacciones porque les exigen siempre algo nuevo y a detestar a sus departamentos administrativos que les envían el dinero a última hora (y siempre el mínimo). Los periodistas también son personas y querrían poder llorar en paz, llorar y dormir, ya no pueden más.

A *La Palabra Rusa*:

> Estoy desfallecido después de dos días horribles, sin dormir. Suplico encarguen el relato de los funerales a otros, reservándome en última instancia un papel secundario. Pararemos mucho rato en Gorbachovo la noche del martes; en mi opinión, hay que enviar a un hombre allí y a otro a Yásnaia Poliana. Informen a qué hora van a publicar la edición especial.

A *El Rumor de la Capital*:

> La llegada de Iablónev me ha dado un respiro, pero no quiere quedarse. Carezco de dinero, los quinientos rublos enviados son ridículos.

A *El Alba*:

> Ruego transmitan a Kazetski que es indispensable enviarme hoy al menos doscientos rublos. Mañana debo acompañar los restos hasta Yásnaia Poliana. Envíen el dinero hoy a nombre del jefe de estación Ozolin para mí; si no, estoy perdido. Los gastos telegráficos son enormes.

A *La Gaceta Rusa*:

> Hoy mismo os enviaré informaciones completas. Acompañaré al cuerpo. Ruego se me libere en Yásnaia Poliana, estoy extremadamente agotado, no me sostengo en pie y puedo aportar tan solo impresiones muy generales.

A *La Palabra*:

> Un cansancio extremo me obliga a pediros que enviéis a Yásnaia Poliana a otro.

A *La Mañana de Rusia*:

> He recibido doscientos rublos y ya casi los he gastado todos. La cantidad no me alcanzará para ir a Yásnaia. Si no han mandado aún el dinero en el tren, ruego lo hagan mañana por la mañana sin falta.

A Efros, en Moscú:

> Querida, manda buscar a casa de Úsov el paquete y envíamelo mañana por un propio a *La Palabra*. Mañana voy con los demás a Yásnaia Poliana, pero no voy a trabajar, me he negado. Estoy demasiado cansado. Besa a la pequeña. Tuyo, KOLIA.

151. LO QUE EL SÍNODO HA ATADO SOLO LO DEBE DESATAR EL SÍNODO

Surgido de no se sabe dónde, se extiende el rumor de que, en breve, el pope convertirá la misa en un oficio de difuntos por el alma de Tolstói. El rumor se extiende por la estación. Periodistas, amigos, público, todos se precipitan hacia la iglesia, que dista apenas unos cien metros de la casita roja.

El gobernador ya está allí, en un puesto de honor. El director de la Riazán-Ural permanece un poco apartado. Al fondo se percibe la sinuosa silueta del padre Varsónofi.

La iglesia está hasta los topes y la misa acaba de empezar cuando aparece la condesa. Avanza con paso lento y se apoya en el brazo de Serguéi Lvovich. Sus labios están entreabiertos; una arruga profunda parte de su nariz, rodea la boca y se funde con la papada. Sofía Andréyevna está muy inquieta y cada vez que alza la cabeza es para posar su mirada en el pope que está oficiando.

Casi de inmediato, se desmaya. La sacan al atrio de la entrada.

—¿Falta mucho? —pregunta, recobrando el conocimiento.

Quieren llevársela de allí, pero ella se resiste. Serguéi Lvovich va a hablar con el director de la Compañía. Luego Matreninski se aleja y se le ve abordando al padre Varsónofi.

Al cabo de unos instantes, el director vuelve.

—Condesa —dice—, he transmitido su inquietud. Comparto

su dolor. El padre Varsónofi acaba de decirme que ha sometido la pregunta al sínodo. Lo que el sínodo ha atado, dice él, solo lo debe desatar el sínodo. Por ahora, no ha recibido respuesta.

—¿Entonces? —dice Sofía Andréyevna en un susurro.

Matreninski hace un movimiento negativo con la cabeza.

La condesa lo mira, esforzándose en comprender. Un poco de sangre colorea sus pálidas mejillas.

—Venga conmigo —dice ella.

Sostenida por sus hijos, abandona la iglesia. De nuevo, es la viuda de Tolstói.

EN TORNO A UNA EXCOMUNIÓN

«El 24 de febrero de 1901, el sínodo publicó una decisión según la cual Tolstói estaba excomulgado de la Iglesia.»

V. JDANOV, *El amor en la vida de Lev Tolstói*

«[En 1902, L. N. está enfermo.] Mientras que la familia y los allegados pasaban por los más dolorosos momentos, el último gesto de Pobedonostsev fue ordenar al clérigo local que, una vez L. N. muriera, hiciera entrar a un pope en la casa en la que estaba el cadáver de Tolstói y, como si saliera de allí, anunciara a las personas que estaban esperando en la puerta que el conde Tolstói se había arrepentido antes de morir, había vuelto al seno de la Iglesia, se había confesado y había comulgado con los santos sacramentos, y que el clérigo y la Iglesia se regocijaban por el regreso del hijo pródigo.»

P. A. BOULANGER, *Recuerdos*, CITADO POR
P. BIRUKOV EN *Biografía de L. N. Tolstói*, IV

«El 15 de febrero, por la tarde, leí una carta de Antoni, el metropolita de Petersburgo, que me exhortaba a que L. N. decidiera volver al seno de la Iglesia, se reconciliara con ella y muriera cristianamente. Le hablé a Liovochka de esa carta y me dijo que le escribiera a Antoni que, por ahora, ese era un asunto entre él y Dios: "Escríbele que mi última oración es la siguiente: 'De Ti vengo, Señor, a Ti voy, hágase en mí Tu voluntad'". Y cuando le dije que, si Dios le enviaba la muerte, había que irse de

este mundo reconciliado con todo lo de este mundo, entre otras cosas, con la Iglesia, L. N. me replicó: "No se trata de una reconciliación. Muero sin ninguna hostilidad ni resentimiento. Y además, ¿qué es la Iglesia? ¿Cómo se puede uno reconciliar con un objeto tan indefinido?".»

S. A. Tolstaya, Anotación citada por P. Birukov en *Biografía de L. N. Tolstói*

«Que no vengan a inventarse cosas para hacer creer a la gente que me he "arrepentido" antes de morir. También declaro, y creo recordar que ya lo he dicho en otras ocasiones, *que me es imposible volver a la Iglesia y comulgar antes de morir, como me es imposible, en el momento de expirar, pronunciar palabras obscenas o mirar imágenes pornográficas, y, por consiguiente, todo lo que se diga a propósito de mi arrepentimiento y de mi comunión antes de morir será pura mentira*. Repito nuevamente que deseo ser enterrado sin lo que llaman una ceremonia religiosa y quiero que depositen mi cuerpo en la tierra para que no apeste.»

L. Tolstói, Diario íntimo, 22-I-1909

EL DRAMA

Fin

152. INFORME DE LA POLICÍA

Al general Kurlov, subsecretario del Ministerio del Interior, Petersburgo. Copia para el director del departamento de policía:

> La misión de su eminencia Parfeni no ha logrado su objetivo: ningún miembro de la familia ha sido capaz de certificar que el muerto hubiera expresado el menor deseo de volver a la Iglesia. La familia no desea ningún entierro religioso. Su eminencia se ha marchado. Aquí reina una calma absoluta. Confío en salir para Tula a lo largo de la tarde. JARLÁMOV.

153. LOS FERROVIARIOS

Desde las ocho y media de la mañana, el velatorio se ha abierto al público. En ese momento, casi todos los ferroviarios de Astapovo se han agolpado delante de la escalera de entrada de la casita roja. No están solos: durante toda la mañana, los trenes no han dejado de traer de los pueblos de alrededor a una muchedumbre de hombres y mujeres que venían en busca de noticias.

Tímidamente, van hasta la habitación, se paran en la puerta y no se atreven a entrar. En un silencio general, tan solo se oye la respiración de la condesa, sentada a la cabecera del muerto. Así transcurren unos segundos.

Un viejo ferroviario por fin se decide. Atraviesa la habitación a paso lento, se detiene delante de la cama y se inclina para besar la mano todavía tibia de Tolstói. Entonces, como si le hubieran dado una señal, la muchedumbre se arrodilla y las mujeres rompen

a llorar.

154. INFORME DE LA GENDARMERÍA

Al general Lvov, Moscú:

> Al fracasar la misión que le fue confiada, el obispo de Tula ha regresado a su casa. El traslado del cadáver hasta Yásnaia Poliana tendrá lugar mañana, hacia las 11 de la mañana, en un tren especial en el que se acomodará a una parte de la familia y a los periodistas. Aquí, con autorización del gobernador de Riazán, se podrán depositar coronas fúnebres, pero sin inscripciones provocadoras ni demostraciones de algún tipo de exhibición. Las coronas estarán expuestas.
>
> Los empleados del ferrocarril y la población de los alrededores han solicitado la autorización del obispo para que oficie un funeral. Por mi parte, no he detectado ningún indicio de que se quiera aprovechar el acontecimiento en un sentido inconveniente. Hemos aumentado el número de brigadieres. El orden público está asegurado. Han sido tomadas todas las medidas con el fin de agilizar el transporte y evitar la acumulación de curiosos.

El capitán Savitski relee su telegrama y lo firma. Luego, por si acaso, manda otro a su subordinado adjunto Novikov:

> Envíe inmediatamente a Astapovo a dos hombres de Yelets y de Chalimovo.

El orden público, en efecto, está asegurado.

155. LOS NIÑOS

Todo Astapovo ha desfilado por la casita roja. Luego es el turno de los campesinos de los alrededores. Vienen a pie o en sus carretas, suben los tres peldaños de la escalinata, entran y se descubren.

En el lugar del velatorio no hay ni un solo icono, tampoco hay ningún crucifijo sobre el pecho del difunto. Le han quitado la pañoleta que sujetaba la mandíbula. Nada disturba la sensación ilusoria de estar dormido.

El gobernador de Riazán atraviesa rápidamente la estancia. El

capitán Savitski también se acerca; echa un vistazo a la cama, otro vistazo más persistente a los visitantes. Los campesinos permanecen callados. De vez en cuando, uno de ellos se arrodilla y besa la mano del muerto.

Un cúmulo de pasos cortos invade la casa. Centenas de escolares, de pequeños campesinos vestidos con la ropa antigua de sus padres, se santiguan con aplicación sin apartar los ojos de la barba plateada. Este abuelo tenía una inmensa familia.

156. «NECESITO IRME LO MÁS LEJOS DE AQUÍ ENSEGUIDA»

Me he entrevistado con el doctor Semenovski, quien cuidó al enfermo una de las últimas noches y mantuvo una interesante conversación con Tolstói. Este se había despertado avanzada la noche y empezó a hacerle preguntas al médico: quién era, de dónde venía, dónde había estudiado y si sabía vacunar contra la rabia. Tolstói se entretuvo un buen rato en este último punto, bombardeando al médico a preguntas; quería demostrar lo nocivo de la vivisección y de la vacuna preparada con el cerebro de los conejos.

—Es cruel —dijo Lev Nikoláyevich—. No se debería sanar al hombre, criatura de Dios, a costa del sufrimiento de otras criaturas de Dios.

A continuación, Tolstói se explayó sobre la ciencia en general y empezó a alterarse, con lo que el médico se vio obligado a interrumpir la conversación.

Al cabo de un silencio, Lev Nikoláyevich comenzó a evocar los alrededores de Astapovo y los nombres de los pueblos donde él había combatido la hambruna.

Más tarde, cerca ya del alba, Tolstói preguntó:

—¿Podría continuar mi viaje dentro de un par de días?

—Hay que esperar tres semanas —replicó el doctor.

El enfermo pareció apenado, meneó la cabeza y dijo:

—Necesito irme lo más lejos de aquí enseguida.

Se durmió pronunciando estas palabras.

157. LOS PEREGRINOS

La cama se cubre de flores. El maestro, el agrónomo, el farmacéutico —la élite intelectual de Astapovo— aportan la primera corona: hojas de abeto y crisantemos. En la cinta puede

leerse: «Al apóstol del amor».

Un tren entra en la estación. Desde la locomotora hasta el furgón de cola, se vacía por todas sus rendijas. Su abigarrado pasaje se expande por el andén y un gran revuelo lo lleva hasta la casita roja.

Apostado delante de la ventanilla del telégrafo, un periodista anota los detalles:

> Viejos, jóvenes, unos con alpargatas y otros con lujosos gabanes, intelectuales y campesinos van a rendir honores al cadáver del gran maestro. Sentada a la cabecera, pálida, encorvada, Sofía Andréyevna llora y besa al difunto. Él, con el rostro minado por la enfermedad, reposa sobre el lecho pegado a la pared, bajo una colcha blanca. Todos lo contemplan con veneración y le rinden el supremo tributo con un saludo, un beso o unas lágrimas sinceras. Su mano aún está templada, sus ojos cerrados. Tres mil personas han pasado por aquí a lo largo de la mañana.

158. LA CASITA ROJA

Desde por la mañana, corre el rumor de que la familia y los amigos del difunto habrían decidido comprar la casita roja del jefe de estación para hacer de ella un lugar de peregrinación. Algunos proponen organizar una suscripción nacional. Ozolin, interrogado al respecto, dice que no es una decisión suya, la casa pertenece a la Compañía. Por su parte, en espera de una solución definitiva, velará por que el lugar permanezca en el mismo estado en que ha quedado tras la muerte de Tolstói.

Los periodistas corren a preguntarle al director de la Compañía.

—La casa será sellada inmediatamente —dice—, nadie más debe vivir en estas habitaciones ya históricas. Hay que hacer un monumento digno de la memoria de tan gran hombre.

Matreninski se aclara la garganta y prosigue:

—No obstante, el problema es complicado, ya que la casa está situada en una concesión del ferrocarril. La Compañía tan solo posee el terreno temporalmente. De lo que se trata es de fijar las bases jurídicas de este noble proyecto.

Hace una pausa para dejar que los periodistas tomen notas.

—Pondremos provisionalmente una placa que indique la importancia de este lugar para nuestro país, pero por ahora, lo lamento mucho, no puedo decirles nada más concreto. En cualquier caso, no les quepa duda de que mi simpatía, así como la de la Compañía que represento, están comprometidas con esta empresa, que contará con nuestra más calurosa colaboración.

De nuevo, un silencio, antes de concluir:

—La casita de Astapovo se ha vuelto tan valiosa como la de Schiller en Weimar.

159. SEMPITERNA MEMORIA

Ni rastro del padre Varsónofi ni del padre Nikolái. El clérigo ha desaparecido. El oficio de difuntos no tendrá lugar.

En la estación y en las calles de la aldea, la policía es más numerosa y más visible. Hay tres gendarmes situados a los pies de la escalinata de la casita roja. Pasean su mirada tranquila por la multitud que llena el jardincillo.

El brigadier se inclina hacia sus colegas y les murmura unas palabras para indicarles discretamente la carretera principal de la aldea. Unos veinte hombres se dirigen a la estación. No son campesinos. De lejos pueden verse sus gorras y, a medida que se acercan, se hacen más evidentes sus caras maquilladas de hollín y de grasa. Casi todos llevan poblados mostachos, salvo dos, todavía imberbes.

Un viejo con pelo grisáceo y narices enormes es el primero en subir los peldaños de la escalinata. Se descubre y a continuación sus compañeros hacen lo mismo.

—Es el cabecilla —musita el brigadier.

Ya es mediodía y a los recién llegados les apena entrar en el velatorio, donde la gente está cada vez más apiñada. El «cabecilla» echa un vistazo alrededor; se percata de la presencia del capitán de la gendarmería y su expresión se endurece. Pero enseguida sus rasgos se distienden: él solo viene a ver a Tolstói.

—He aquí a Lev Nikoláyevich —les dice a sus camaradas, con

una voz demasiado ruda, y los dos más jóvenes se ponen de puntillas.

Depositan unas flores sobre el cuerpo yacente y mezclan unas ramas de enebro con las de abeto.

—¿Cantamos? —pregunta el «cabecilla», entre interrogando y afirmando.

Echa una ojeada rápida al oficial que se le ha acercado y su mostacho esboza una sonrisa apenas perceptible.

—¿Estáis listos, muchachos?

El capitán va a hacer un gesto, pero en ese momento empiezan a cantar.

—*Sempiterna memoria...*

La canción fúnebre que la Iglesia se ha negado a cantar suena en la habitación. El techo bajo amortigua las voces discordantes de los obreros.

—*Sempiterna memoria...*

Una mujer se arrodilla. El canto sale por las ventanas, invade el jardincillo.

—*Sempiterna memoria...*

Todas las miradas están puestas sobre el muerto. Tan solo el capitán mira a los obreros del depósito ferroviario.

160. LAS ÚLTIMAS VOLUNTADES DEL PADRE

He oído decir a los hijos de Tolstói que, pese a ser todos creyentes y ortodoxos, consideran sagrada la voluntad de su padre, por tanto el entierro se llevará a cabo sin ritos religiosos. En su deseo de cumplir piadosamente con las últimas voluntades del muerto, tampoco harán ningún tipo de celebración. Lev Nikoláyevich siempre había considerado necesario enterrar a los muertos lo más rápidamente posible; por consiguiente, los funerales tendrán lugar el martes. La familia quería al principio enviar una esquela a los periódicos, pero, al recordar que el difunto no aprobaba esta costumbre, ha decidido renunciar a ello. Aunque Lev Nikoláyevich no hubo expresado su voluntad con respecto a las coronas, la familia cree conveniente que su actitud sobre este asunto no podía dejar ninguna duda: se abstendrá, por tanto, de depositar flores, en la confianza de que todo el mundo lo entenderá, pero no se opondrá a que los demás lo hagan.

161. LOS SOLDADOS

Los trenes locales llegan repletos y se van vacíos. Hombres y mujeres pululan por el apeadero.

—Aquí fue donde él se bajó del tren.

—Por ahí fue por donde entró.

—Mira, esa es la vivienda de Ozolin.

Las carretas se adelantan unas a otras por los caminos que conducen a Astapovo.

La muchedumbre se vuelve cada vez más densa. La oleada humana arroja en el cuarto del difunto montones de visitantes.

De nuevo, se canta *Sempiterna memoria*. Esta vez, por un grupo de soldados reservistas que en breve partirán en el tren de las cinco hacia una lejana guarnición.

162. ASTAPOVO, A VUELO DE PÁJARO

El silencio que reinaba cuando todos estaban pendientes de los latidos del corazón de Tolstói ha acabado. La agitación se ha apoderado de la estación. La gente corre, grita, da órdenes. En la sala de espera de la tercera clase, un viejo reza delante de los iconos. El jefe del distrito postal envía telegramas; el director de la Compañía supervisa las salidas de los trenes. Savitski llega corriendo a la oficina del telégrafo: agita en su mano, para que se seque la tinta, un despacho cifrado para Stolipin, presidente del Consejo. Los empleados de la estación hacen una colecta para comprar una corona; uno de ellos ha ido hasta la vecina ciudad de Dankov, donde ya no quedaban flores, ni naturales ni artificiales. La condesa no se aparta ni un momento de la cabecera del difunto; sus hijos se encargan de los preparativos de la partida. En la iglesia, tan cercana, las campanas tocan a vísperas.

163. EN NOMBRE DEL PUEBLO RUSO...

El capitán ha vuelto al velatorio. Es el único lugar donde no puede apostar a ningún gendarme.

Un bosque de espaldas curvadas y nucas inclinadas se alza ante Savitski. El oficial se pone de puntillas, examina las nuevas coronas que se acumulan a los pies de la cama. Lee algunas inscripciones: «Al gran Tolstói. El personal de la Compañía Riazán-Ural»; «Al glorioso abuelo, de sus pequeños admiradores».

Un joven se destaca de uno de los grupos. Savitski lo examina de una ojeada: es un maestro de escuela. El docente manosea nerviosamente la gorra; su rostro enrojece; abre la boca como si le faltara el aire. Habla. Tiene una voz cálida, gruesa, que sube irresistiblemente hasta tropezar con un obstáculo invisible. Las frases se solapan. En esos pocos instantes, querría decir las palabras más bellas, las más originales jamás leídas en los libros o inventadas por él durante veladas de insomnio.

—Yo, hijo del pueblo, te saludo con veneración en nombre del pueblo ruso. Eres completamente nuestro, aunque varias de tus obras, publicadas en el extranjero, tan solo nos han llegado de manera fragmentaria. Justamente por eso eres nuestro. Te habría hecho feliz saber que morirías aquí, entre los campesinos que te aman y que, pronto, aprenderán a amarte todavía más.

La condesa entra en la habitación y se apoya en el marco.

—Sofía Andréyevna —dice el maestro—, ¿podemos cantar *Sempiterna memoria*?

Ella asiente en silencio.

La multitud arrodillada canta. El capitán Savitski se mantiene en guardia, con gesto irritado por esos hombres que besan la mano del difunto y lloran.

164. EL MUNDO ENTERO COMPARTE EL DOLOR…

A la condesa S. A. Tolstaya, Astapovo:

> La redacción del diario *La Palabra Rusa*, conmovida en lo más hondo de su alma por la noticia de la enorme pérdida que el mundo civilizado ha sufrido, comparte su tristeza, amiga fiel y compañera de vida del gran Tolstói.

A la condesa Tolstói, Astapovo:

Los alumnos y alumnas de Enfermería están profundamente apenados por la desgracia que ha sacudido Rusia entera y se inclinan ante los restos del gran escritor y del gran hombre.

A Sofía Andréyevna Tolstói, Astapovo:

La redacción de *El Mensajero de Riazán*, hondamente apenada por la pérdida irreparable que la humanidad por entero ha sufrido en la persona de Lev Nikoláyevich, luchador por la verdad que se ha mostrado firme hasta el último instante de su existencia, le envía a usted, a su familia y a todos los que se encuentran junto al querido difunto su más sincero pésame.

A la familia Tolstói, Astapovo:

Expresamos nuestra condolencia ante la pérdida de quien fue para ustedes un padre y un marido amado y para nosotros, un gran pensador reconocido en el mundo entero y un defensor de los intereses del pueblo. COOPERATIVA DE CONSUMIDORES LA SOLIDARIDAD.

Los telegramas son tan numerosos que es imposible clasificarlos. Llegan de todos los rincones, de ciudades, de pueblos, de países y, dentro de poco, de continentes.

Los periodistas los ojean rápidamente, toman nota de los nombres conocidos y, al cabo de veinte telegramas, se inventan el veintiuno. Dos horas más tarde, el redactor jefe de un periódico de Sarátov o de Kiev leerá:

... el Fondo Literario se compadece, Murátov, el gobernador de Tambov, se suma a su dolor.

165. LOS CAMPESINOS

A una jornada de lluvia y niebla ha sucedido una tarde llena de luz. La multitud, que no ha dejado de crecer, ahora es menos ruidosa.

En la cámara mortuoria, la penumbra se adensa. Una lámpara de petróleo arde con una llama rojiza y tenue. Poniendo cuidadosamente sobre el piso sus pies calzados con abarcas de esparto, algunos campesinos traspasan el marco de la puerta. Se

santiguan enseguida y se estrechan los unos con los otros temerosamente.

—No tengáis miedo —dice una voz—. Él os amaba mucho.

El pueblo avanza, besa al muerto y enjuga sus lágrimas.

166. LA ESQUELA MORTUORIA

Al redactor jefe de *La Palabra Rusa*, Moscú:

> Se ruega inserten si es posible mañana lunes en primera página: «Los restos de Lev Nikoláyevich Tolstói llegarán a la estación de Zasseka la mañana del martes 9 de noviembre, para ser inhumados en Yásnaia Poliana el mismo día». FAMILIA TOLSTÓI.

El nombre del difunto no va precedido de su título de conde.

167. LAS MUJERES

Por la tarde, los trenes descargan nuevos viajeros. El *Sempiterna memoria* suena otra vez en la casa. Con un lapicero, un joven traza sobre la pared la sombra proyectada por el perfil de Tolstói. Es interrumpido constantemente por la llegada de más mujeres, en mayor número que antes, sobre todo campesinas. Han venido con sus hijos. Las madres los alzan un poco del suelo para que puedan ver la cara del hombre barbudo y dicen:

—Besa al abuelo.

Y también dicen:

—¡Míralo bien, que no se te olvide!

Y también dicen:

—Recuérdalo, ha vivido para nosotros.

Los pequeños contemplan dócilmente al hombre dormido, las flores y las ramas, la lámpara que ahúma, a los mayores tan callados y, al oír a sus madres llorar, lloran también con ellas.

168. LA VIUDA

Ha tomado posesión de esta habitación donde ya no molesta a

nadie. Inclinada hacia delante sobre su silla, a la cabecera del difunto, no aparta la mirada de su frente. Le habla.

Se queja ante los niños y los campesinos:

—No me dejaron que estuviera aquí junto a él, y eso que nos hemos amado el uno al otro durante cuarenta y ocho años.

Besa al difunto, levanta la cabeza, luego se domina:

—Los que lo deseen pueden saludar a Lev Nikoláyevich.

E inmediatamente después añade:

—Os lo suplico, dejadme sola con él.

Solloza en silencio.

—Alma mía, vida mía —dice, acariciando la cara del muerto con la mano izquierda y enjugándose los ojos con un pañuelo con la derecha.

Los rostros se suceden delante de la cama. Los hay de viejos y de jóvenes, unos delicados, otros rudos, unos con pobladas barbas, otros afeitados. No hay ninguno indiferente.

—Si el pecado se redime con el sufrimiento —piensa ella—, no puede haber sufrimiento más grande...

Lev Nikoláyevich recibe con gravedad a los visitantes. Sus penetrantes ojos desaparecen bajo la sombra de unas cejas espesas.

—Tal vez aún esté vivo —se pregunta ella—, tal vez todavía oiga.

Encienden una lámpara junto a la cabecera. Alguien coge a Sofía Andréyevna de la mano, le habla, la ayuda a levantarse, se la lleva de ahí. Ella se deja llevar mansamente hasta el andén. Cuando el brazo que la sostenía se retira, vuelve sobre sus pasos, sube los tres peldaños de la escalinata y recupera su sitio en la estancia con la precisión de la aguja de una brújula.

La habitación se ha vaciado. Los médicos se ocupan en su quehacer alrededor de la cama. Un olor a formol flota en el ambiente.

—Aguarden un momento —dice Sofía Andréyevna—, quizá todavía esté vivo.

Y también:

—No tengan prisa, tal vez reviva.

La multitud vuelve a desfilar.

—Alma mía —exclama.
Y luego:
—Amigo mío.
Y luego:
—Amor mío.
Y luego:
—Vida mía.

169. LO QUE VE LA LUNA

Poco a poco todo ha quedado en calma; la habitación se ha vaciado de voz y de luz. El cadáver reposa entre las ramas que la noche ennegrece. Abatida en una silla, Sofía Andréyevna apoya su cabeza en los barrotes de la cama.

La luna brilla sobre un andén desierto, sobre una estación abandonada. Envuelve con su halo los árboles desnudos, les da a los colores un tinte impuro, aplasta las paredes y los tejados y se va a lo largo de los raíles. A lo lejos, una locomotora se ejercita en imitar el grito del búho.

170. LO QUE VE EL PERIODISTA

El peregrinaje ante los restos ha durado hasta avanzada la noche. Paulatinamente, todo se ha calmado; la habitación se ha vaciado por completo; una lámpara ardía débilmente sobre el velador. Rodeado de vegetación, Lev Nikoláyevich descansa, cerrados ya para siempre sus labios de profeta; en un rincón, junto a la cabecera, símbolo de la tristeza y de la inmovilidad, Sofía Andréyevna permanece petrificada. Reina un profundo silencio; a veces se oye el silbido lejano de una locomotora que recuerda la vida. En la cabecera suenan entrecortados unos sollozos seniles e impotentes, a los que sucede la tortura callada de un corazón femenino que se ha quedado huérfano. Así transcurre una larga noche: de vez en cuando, llega un hijo, un familiar, se queda unos instantes y se retira, para dejar a Sofía Andréyevna sola con su dolor y con el gran compañero de su vida. Despunta el amanecer; todo sigue en calma. La mujer abandonada se inclina silenciosamente, acaricia con su mano decrépita la frente inmóvil, contempla con ternura el rostro, como si rezara. La vida se despierta, el sol otoñal brilla a través de las ventanas. La familia, los

amigos, los extraños, todos llegan. Una jornada de emoción y de ajetreo acaba de comenzar.

171. TOLSTOV

La mañana es soleada, el cielo azul, el aire fresco. La multitud invade Astapovo. Los viajeros ya no se reprimen, corren hacia la casita roja como si temieran llegar demasiado tarde. Un hombre ya mayor se arrastra de rodillas desde lo alto de la escalinata hasta el lecho del difunto; a nadie le parece extraño que ese hombre calvo, barrigudo, llore mientras cubre de besos las manos y la frente de Tolstói. Los niños son aún más numerosos que la víspera; se les ruega, se les exige que guarden toda su vida el recuerdo de esa frente despejada y de esa gran barba blanca.

En la cantina, todas las conversaciones giran alrededor de Tolstói. Varios lugareños lo llaman *Tolstov*, pero todos lo conocen. Un mujik delgado y alto, ataviado con una pelliza desgastada, cuenta a media voz:

—Dicen en el pueblo que el viejo no ha muerto. Que ha abandonado las injusticias terrenales, ha renunciado a todo y se ha dormido. Pronto se despertará e irá a enseñar a los mujiks la vida justa.

Han barrido el patio de la casa y el camino que lleva hasta la estación, luego han echado arena fina y lo han cubierto de ramitas. Han quitado una parte de la cerca para facilitar el paso.

A cada trecho hay un gendarme o un policía.

A la cabecera del muerto, los ferroviarios montan una guardia de honor.

172. UNA VISITA DEL PADRE VARSÓNOFI

El padre Varsónofi no se ha marchado. No pierde la esperanza. Va a ver a Sofía Andréyevna. Para consolarla, según dice. Y añade:

—Tal vez no ignore, condesa, que el difunto se presentó cierto día en la entrada del convento de Óptina. Caía ya la noche y el conde estuvo mucho tiempo golpeando la puerta, pero en vano,

nadie oyó sus golpes y tuvo que marcharse. Siempre me pesará eso. Estoy seguro de que si la puerta del convento se hubiera abierto, el conde no nos habría dejado sin haberse reconciliado antes con la Iglesia.

El monje envuelve a Sofía Andréyevna con una mirada más expresiva que sus palabras.

—El conde había dado el primer paso —sugiere él.

—Sí, padre —dice la condesa.

—La Iglesia está siempre dispuesta a acoger en su seno a quien, después de un largo extravío, vuelve a ella por su propia iniciativa.

—Sí, padre.

El padre superior se da cuenta de que la condesa no lo escucha. En realidad, ni siquiera lo ve marcharse.

Telegrafía al obispo Veniamin:

> Pongo respetuosamente en su conocimiento, como complemento de mis telegramas anteriores, que, según la propia voluntad del conde, su cuerpo será transportado a Yásnaia Poliana y enterrado en el jardín sin ningún rito religioso. La condesa está apenada por ello; me he esforzado en consolarla. Redacto un informe detallado y regreso mañana. HUMILDE MONJE VARSÓNOFI.

173. EL HOMBRE PROPONE, LA POLICÍA DISPONE

Serguéi Golev y Alexandre Jumilin, de profesión comerciantes, Mitrofán Drozdov, inspector de hacienda, Alexéi Golev, Vladimir Vlassov y Mijaíl Ivanov, concejales, los seis ciudadanos de Dankov, que han llegado juntos a Astapovo y que no se deciden a marcharse, se dirigen en banda hacia la oficina del telégrafo y, tras de una larga discusión, redactan un telegrama a Nikolái Lebedev, presidente del Consejo municipal.

> Los abajo firmantes le ruegan encarecidamente que tome la iniciativa de depositar sobre el ataúd de L. N. Tolstói una corona de flores de parte de la ciudad de Dankov cuando pase el cuerpo del difunto.

Alinean sus seis firmas con sus nombres y apellidos.

El tiempo pasa y la respuesta no llega. Entonces, Alexéi Golev decide actuar por su cuenta.

> Responda: ¿ha enviado la ciudad una corona a la estación de Astapovo a nombre de Golev?

Transcurren dos horas. Por fin, Lebedev contesta:

> La corona será depositada. Telegrafíe cuándo llega el tren a Dankov.

El inspector de hacienda, los dos comerciantes y los tres concejales se pavonean en el andén, orgullosos del deber cumplido. Confían en Lebedev la elección de las flores y del texto de la inscripción. No saben todavía que la policía de Dankov prohibirá al alcalde depositar la corona.

174. UN BALANCE

El corresponsal de *Tiempo Nuevo*, excelente periodista, hombre respetuoso con el poder establecido y mente metódica, está convencido de que ha llegado el momento de resumir la situación, ya que la partida se ha fijado para mediodía. Quién sabe si el telégrafo funcionará tan bien en las otras estaciones como en Astapovo.

> Hoy a mediodía, el tren fúnebre con los restos de Tolstói dejará Astapovo. Irán en él los miembros de la familia del difunto, los amigos y conocidos y los periodistas llegados de distintas ciudades. El tren se dirige a Gorbachovo, por la red Moscú-Kursk, y de allí a la estación de Zasseka. De Zasseka se llevará el ataúd de Tolstói hasta Yásnaia Poliana. El trayecto a pie no es largo, cerca de tres verstas.
>
> Todas las personas que se hallan en Astapovo han podido dormir un poco por primera vez durante la noche del 8 de noviembre. Se dice que la condesa Sofía Andréyevna, quien suscita la compasión general, sigue sin encontrar la paz. Llora sin cesar, cada dos por tres llama por su nombre a tan querido muerto y le pide perdón por las faltas que ella le ha podido provocar. El dolor de la condesa es profundo y causa una penosa impresión. Está

afectada sobre todo por el hecho de que Lev Nikoláyevich no la reconociera antes de morir.

El tren llevará los restos a Zasseka la mañana del 9 de noviembre. El entierro tendrá lugar ese mismo día. Habrá coronas. En vida, Tolstói no era partidario de este tipo de conmemoración con los difuntos; sin embargo, la familia Tolstói no puede impedir que quienes lo deseen expresen de ese modo su simpatía hacia el gran escritor. En Astapovo ya lo dan por hecho. Hay flores y coronas. La pared junto a la que reposa el difunto está decorada con ramas tiernas de abeto.

Al dejar la estación de Astapovo, que ha servido de último asilo de Tolstói en vida, se impone mencionar una vez más con reconocimiento la solicitud y el celo del que ha dado muestras todo el personal de la estación, así como los empleados superiores de la red Riazán-Ural y del distrito postal de Tambov: los generales Matreninski e Ivanov, el jefe de estación Ozolin, el telegrafista jefe de Astapovo Vlassov y todos los demás empleados de las PTT que, noche y día, han efectuado el arduo trabajo de transmisión de despachos y acondicionamiento del telégrafo para un rendimiento más productivo, y han llevado a cabo su tarea concienzuda y exitosamente. También hay que agradecer su contribución al inspector del telégrafo ferroviario Vrotchinski y a su ayudante Polianski. Todas estas personas han demostrado un profundo cariño hacia Tolstói y honran su memoria de una manera conmovedora yendo a depositar varias coronas de flores.

175. SIN CRUZ NI ORNAMENTOS

A las cinco de la mañana se ha desenganchado del expreso de Moscú un furgón de equipajes. El gentío, aún poco numeroso, se arracima en el andén. Un ferroviario abre la puerta corredera y en la penumbra del furgón se percibe una caja alargada.

El ataúd, de un amarillo oscuro, está tallado en roble. Los periodistas lo observan por todos lados y no ven ni cruz ni ornamentos. Es simplemente una caja de madera en cuyo interior hay una caja de zinc.

176. DUDAS

El personal de la dirección de la Compañía desea enviar el siguiente telegrama a la condesa Sofía Andréyevna Tolstaya en Yásnaia Poliana:

«Uniéndose a su profundo dolor y al de la humanidad entera, los empleados de la dirección del ferrocarril Riazán-Ural la acompañan en el sentimiento y le expresan su pesar por la pérdida sufrida en la persona de Lev Nikoláyevich, gran creador de imágenes artísticas y pensador universal. Que la convicción de que el mundo entero llora a Lev Nikoláyevich pueda servirle a usted de consuelo».

Le rogamos nos autorice a reunir las firmas de los empleados y sumarlas a la suya.

El director Matreninski relee el telegrama que acaban de pasarle. Ciertamente, le parece impensable no enviar un despacho así a la condesa. Desde Astapovo, la cosa se diría totalmente natural. Pero Astapovo ya ha quedado atrás. Además, el capitán Savitski ha insistido mucho para que el tren funerario haga el menor número posible de paradas.

Sofía Andréyevna está aquí, le he expresado de viva voz nuestro pésame. Creo innecesario ahora enviar el telegrama redactado por el personal de la Compañía.

Es un asunto que tan solo concierne a la condesa. Se descarta, pues, poner a la prensa al corriente.

177. PAPÁ, BORIA

El miembro de la Academia de Bellas Artes llegó en el tren de las nueve. Vino con su hijo. Lo primero que hizo fue telegrafiar a su esposa en Moscú:

Llegados bien. PAPÁ, BORIA.

A ella siempre le dan angustia esos viajes.

El académico había retratado a Tolstói en más de una ocasión; no lo había vuelto a ver desde hacía un año. Lo encuentra cambiado: delgado y al mismo tiempo marcado por la pesantez. Piensa que el escritor debe de haber sufrido mucho.

El pintor se instala a la cabecera del muerto. Es interrumpido constantemente por la gente. Imposible trabajar en esas condiciones. Decide hacer un boceto.

Su hijo permanece junto a él. Con unos ojos que no tienen aún ese brillo aturdido y algo lunático que adquirirán después, contempla los detalles de la muerte. En esa época escribía sus primeros versos y nadie podía imaginar que el hijo del académico Pasternak —Boria, Boris— llegaría a ser el primer poeta ruso de su tiempo.

178. OCHO MIL PALABRAS

Al director de la Compañía, Astapovo:

> Le ruego transmita a la familia del difunto conde Lev Nikoláyevich nuestra más profunda condolencia. Autorizamos poner a su disposición un tren especial y ofrecer la tarifa reducida a cuenta de la empresa. EL PRESIDENTE DEL CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN.

A la condesa S. A. Tolstaya, Astapovo:

> Los alumnos de la Facultad Politécnica de Odessa expresan su más sincero pésame con motivo de la desgracia que ha golpeado a la familia del gran escritor y pensador de la tierra rusa, Lev Nikoláyevich, cuya muerte es una pérdida enorme no solo para Rusia, sino para el mundo entero.

A la condesa S. A. Tolstaya, Astapovo:

> La dirección y la compañía de la Ópera de Odessa lloran amargamente al titánico anciano. El sol de la humanidad se ha puesto; la voz de la verdad universal se ha callado. El recuerdo de Lev Nikoláyevich es eterno y luminoso.

Hasta ese momento, el telégrafo ha transmitido ocho mil palabras de pésame.

Pero ¿qué es ese mar de palabras en comparación con el irreprimible impulso, los escrúpulos, las dudas, la repentina decisión de dos desconocidos que, carentes de todo, determinan ir hasta Yásnaia Poliana y, desde una aldea perdida en una lejana provincia, suplican a un amigo que les envíe por telégrafo doce rublos para hacer el viaje?

179. PREPARATIVOS DE PARTIDA: LA POLICÍA

Del general Lvov al capitán Savitski:

> Acompañará usted el cuerpo hasta Gorbachovo.

Del general Lvov al capitán Bakin:

> Le encargo el mantenimiento del orden en Gorbachovo. Después de la partida del tren que transporta los restos del conde Tolstói, reenvíe a los brigadieres a sus casas y regrese usted a Bélev.

180. PREPARATIVOS DE PARTIDA: EL TELÉGRAFO

De Tula a Astapovo:

> Ruego informen del itinerario del tren funerario y de su destino exacto: ¿Shchókino o Zasseka? Se necesitan inmediatamente informaciones precisas para organizar el servicio telegráfico.

De Astapovo a Tula:

> El cuerpo pasará por Gorbachovo y Zasseka.

De Bélev a Moscú:

> Siguiendo las instrucciones del director de la Riazán-Ural, le informo de que, a partir del 8 de noviembre, con motivo de la llegada desde Gorbachovo del tren con los restos del conde Tolstói, se espera una afluencia considerable de telegramas de prensa urgentes.

De Moscú a Astapovo:

> He dado las instrucciones necesarias.

181. PREPARATIVOS DE PARTIDA: LA IGLESIA

El padre Varsónofi fue en busca del pope de Astapovo. Le contó la historia de cuando Tolstói estuvo llamando una noche a las puertas del monasterio de Óptina Pústyn. El monje alzaba la voz para que

oyera bien el diácono. Cuando regresó a la estación, los periodistas estaban comunicando ya la noticia a sus redacciones.

El padre superior no se dejó ver mucho ese día. A veces se le podía atisbar en un rincón, conversando con algún viajero o con algún fotógrafo. Pronto corrió el rumor de que la familia del difunto había enviado un mensaje al sínodo. Unos decían que ella suplicaba que se levantara la excomunión, otros afirmaban que la condesa solicitaba un entierro religioso. Un poco más tarde, se repetía por doquier que se esperaba la respuesta del sínodo de un momento a otro.

El monje se mantuvo al margen de esa agitación. Fue hasta la iglesia en busca del cáliz que había traído consigo. De camino, con aire contrito, repetía a quien quería oírlo:

—Un alma ha perecido.

182. «¡CIRCULEN!»

El féretro fue depositado en mitad de la habitación, sobre un modesto catafalco. Los amigos quisieron meter enseguida el cuerpo en el ataúd, pero la condesa se opuso. La ceremonia se retrasó y Tolstói estuvo hasta el último momento encima de la cama de hierro.

Durante una hora, la habitación estuvo cerrada al público. Un escultor, venido desde Moscú, sacó un molde de la máscara mortuoria y de la mano derecha. Cuando la puerta de la casita roja se volvió a abrir, la gente se precipitó dentro.

En el centro de la habitación, sobre el catafalco negro, Tolstói reposa en el ataúd. Ha cambiado mucho desde la víspera: un tinte azulado invade ya su frente.

Los habitantes de Astapovo y los campesinos de los alrededores pasan por delante uno por uno. Ancianos y mujeres que se arrodillan, besan las manos del muerto y el ataúd y el catafalco, alzan con sus brazos a los niños. Muchos lloran, algunos esbozan la señal de la cruz.

Plantado ante la puerta, el capitán Savitski dirige el servicio de orden. Con voz monótona en la que se percibe una contenida

irritación, repite una y otra vez:

—¡Circulen, circulen! Ya lo has visto, es suficiente. No te quedes ahí, abuela. ¡Circula!

A la salida, un gendarme empuja a cada uno por la espalda.

En algunos momentos, asustados por los uniformes, los campesinos avanzan muy rápidamente, sin detenerse ante el ataúd. De pronto, alguien se arrodilla y entonces la multitud, quieta, imita el ejemplo.

Llevan al patio la cama de hierro donde reposaba Tolstói. La gente se arremolina alrededor, arrancando, con muchas precauciones, las ramas de vegetación que hay en ella. Se las llevan de recuerdo. El capitán se impacienta. Aunque la estación está llena de gendarmes, él no está del todo tranquilo y constantemente espera que surja un incidente. Por mucho que escrute los rostros, estos no expresan más que pesar y, sin embargo, el ambiente está cargado de hostilidad.

183. EL TREN ENTRA EN LA ESTACIÓN

El tren se desliza lentamente a lo largo del andén. Está integrado por cuatro vagones y un furgón de equipajes de color marrón. Unas ramas de enebro y unas matas de paja adornan los mamparos del coche mortuorio. Se ha puesto un estrado en el centro del vagón, tapizado de una gruesa tela negra.

Fuera, la multitud sigue creciendo. Invade el andén, inunda la estación. Por encima de un silencio generalizado solo están los jadeos espaciados de la locomotora.

A la una, los hijos de Tolstói aparecen por la puerta de la casita roja portando el féretro. La canción *Sempiterna memoria* se impone sobre la voz de la locomotora. Todos están ahí, los ferroviarios que han dado acogida al enfermo, los médicos que lo han cuidado, los empleados del telégrafo que han trabajado sin cesar, los periodistas que han transcrito como podían la lucha contra la muerte y su derrota, los monjes y los policías, sus amigos (salvo Chertkov), sus hijos (salvo Sasha), su mujer. Y también campesinos, obreros, estudiantes, comerciantes, intelectuales, todo

Astapovo, toda la región..., toda Rusia.

El ataúd va como navegando entre la casita y la estación y es introducido en el tren.

184. EL DESIERTO DE ASTAPOVO

A la redacción de *La Palabra Rusa*:

> El féretro está instalado en el vagón. Partimos en un instante. Luego enviaré los detalles. Es la una de la tarde.

A la redacción de *La Mañana de Rusia*:

> El tren con los restos se ha puesto en marcha.

De un desconocido a una desconocida:

> He asistido a la salida del tren mortuorio.

Del gobernador de Riazán al ministro del Interior:

> Los restos del conde han salido. Estaban presentes en la estación las familias del personal del apeadero, los periodistas y el público, llegado este en pequeños grupos. Veinte personas, aparte de los parientes, han tomado asiento en el tren. Las coronas han sido depositadas tan solo por los empleados de la Compañía. No ha habido ningún discurso.

185. ¿TOLSTÓI VIVE TODAVÍA?

Ozolin vuelve solo a Astapovo. Otra vez la rutina de los gráficos, las órdenes del servicio, la familia, el tren de la mañana, el tren de la tarde. El entierro ha tenido lugar hoy.

—Iván Ivánovich, un telegrama para usted —grita el empleado del telégrafo.

¿Quién puede telegrafiar todavía? ¿Para qué? El jefe de estación lo abre:

> Beso sus manos por lo que ha hecho usted por Tolstói. TIESENHAUSEN.

Ozolin no conoce a quien lo firma. Maquinalmente, guarda el trozo de papel en su bolsillo, se dirige hacia la casita roja, sube la escalinata, pero no se atreve a entrar. Vuelve a ver la habitación con la cama de hierro, el velador repleto de frascos y de medicinas, la pañoleta que le pusieron al cadáver, la caja con el papel que él mismo cortó para escribir y *El Círculo de Lectura* que le han leído durante los últimos días.

Le sobresalta la voz del telegrafista:

—Iván Ivánovich, otro telegrama más para usted.

—¿Qué?

Ozolin parece no comprender.

—¡Que hay otro telegrama para usted!

«Astapovo. Jefe de estación.» Está claro que es para él. Lo abre y lee:

> ¿Tolstói vive todavía?

Está firmado «DOCTOR BOLTUNOVA» y viene de Buzuluk.

Ozolin no cree que pueda aguantar mucho tiempo. Querría esconderse en cualquier parte.

—Iván Ivánovich —grita el telegrafista—, ¿no va a responder?

—¿Cómo?

—¿Es que no se ha fijado? La respuesta está pagada. Cinco palabras.

—¡Ah! Muy bien —dice dócilmente el jefe de estación.

Se dirige a su despacho, coge una pluma, la moja en la tinta y escribe:

> Buzuluk. Doctor Boltunova.

El telegrafista ha dicho que cinco palabras. Ya lleva tres. Cuenta con los dedos. En efecto. Tiene derecho a dos palabras más. Entonces escribe:

> Tolstói muerto.

Notas

1. La primera edición de este libro data de 1935.

2. *La muerte de Tolstói según documentos inéditos*. Introducción de V. I. Nevski. Edición de la Biblioteca Lenin, Moscú, URSS, 1929.

1. Las Centurias Negras fueron un movimiento ultranacionalista y monárquico de extrema derecha que surgió en el Imperio ruso a raíz del fallido intento de revolución de 1905. *(N. del t.)*

1. Las cifras entre corchetes indican el número de palabras suprimidas, dado su carácter íntimo, por el editor del diario íntimo de S. A. T.

Tolstói ha muerto
Vladimir Pozner

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Tolstoï est mort*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Heritage / Alamy / ACI
© de las ilustraciones del interior, © Artokoloro / Alamy / ACI, © Sputnik / Album y ® Photo Scala, Florence / BPK, Bildagentur fuer Kunst, Kultur und Geschichte, Berlin

© Christian Bourgois Éditeur, 2010

© de la traducción y el prólogo, Adolfo García Ortega, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2022

ISBN: 978-84-322-4134-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!